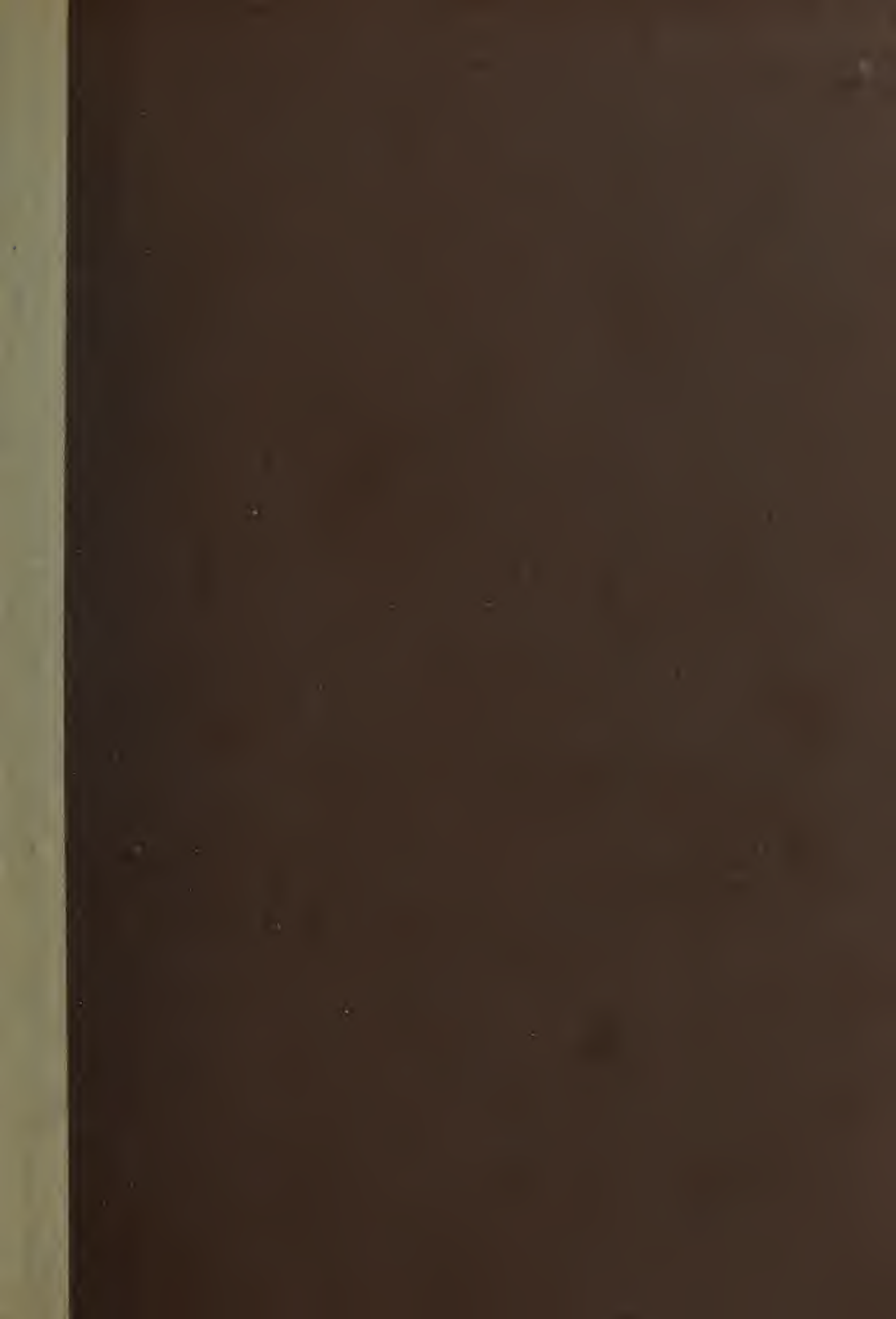
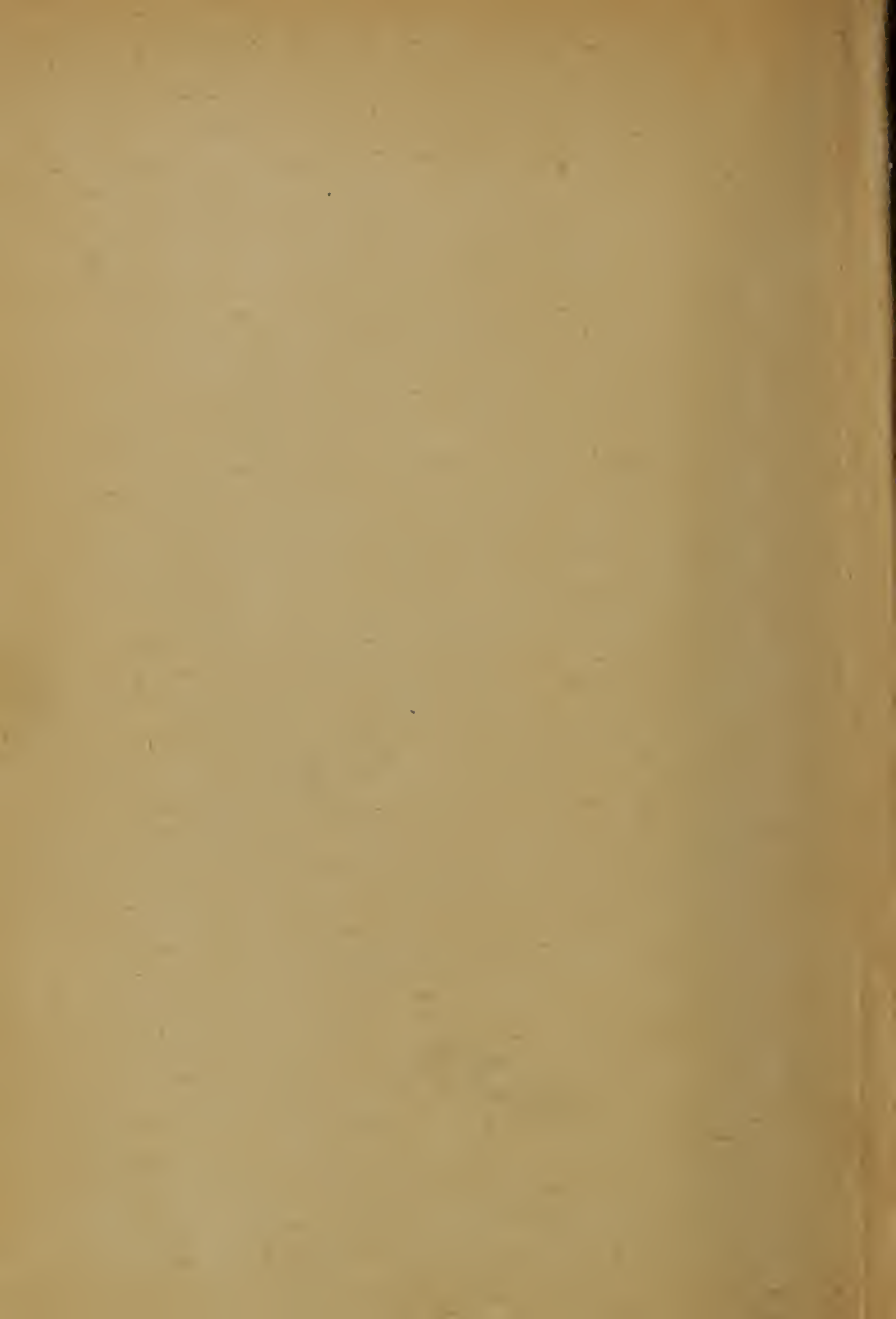
El Regionalismo y los Juegos Florales

1897







EL REGIONALISMO

Y LOS

JUEGOS FLORALES

VÍCTOR BALAGUER

EL REGIONALISMO Y LOS JUEGOS FLORALES





PROEMIO

El Instituto Biblioteca-Museo-Balaguer, de Villanueva y Geltrú, publicó en Julio de este año un libro en honor de Zaragoza, con motivo de las fiestas y solemnidades literarias que se celebraron en aquella Siempre Heroica Ciudad, para honrar á nuestro fundador, Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer.

Con igual motivo publica hoy este nuevo libro, en honor de la muy ínclita ciudad de Calatayud, ya que

esta población insigne ha celebrado fiestas también durante el mes de Septiembre, en obsequio y loa de nuestro digno fundador, á quien ha distinguido y ensalzado, honrándole con la presidencia de los Juegos Florales, con el título de hijo adoptivo de Calatayud y con la joya de una VIOLETA DE ORO, *que en acto público y sesión solemne del Ayuntamiento constitucional, le fué entregada por el M. I. Sr. Alcalde D. Félix S. de Larrea, mereciendo la aclamación y el aplauso de la numerosa y selecta concurrencia que asistió á la ceremonia.*

La Junta de la Biblioteca-Museo-Balaguer, y con ella de seguro todo el pueblo de Villanueva y Geltrú, al

publicar este libro de honor, saludan á la insigne Calatayud, á la siempre heroica Zaragoza y al noble pueblo aragonés, que tan hidalgamente han enaltecido al fundador de este Instituto, agradeciendo en el alma los obsequios que se le han tributado.

Villanueva y Geltrú, en el Salón de Juntas de la Biblioteca-Museo-Balaguer, *á 20 de Noviembre de 1896. — Los Vicepresidentes*, José A. Benach. José Pollés. — *El Secretario*, Luis G. Espoy.



Biblioteca-Museo-Balaguer.





Juegos Florales de Calatayud

En 1896



NÚMERO EXTRAORDINARIO

QUE EL PERIÓDICO DE CALATAYUD

LA JUSTICIA

publicó el domingo 13 de Septiembre de 1896
en celebración de los Juegos Florales
y en honor de su Presidente.



Victor Balaguer

CALATAYUD

Ciudad de sangre mora, —blasón de excelsitud,
deciros hoy me place — lo que es Calatayud:

En su esplendente historia,
de España honor y prez,
un muro y un alcázar
del pueblo aragonés;
En la extensión purísima
de la región azul,
un cielo de arreboles
con nubes de oro y tul;
En la enriscada peña
del ibero mural,
la Bílbilis antigua,
la cuna de Marcial;

En la ciudad moderna,
señora del Jalón,
el templo de las Cortes,
la gloria de Aragón;
En los amenos campos
que forman su verjel,
la gala de la vega,
los huertos de Campiel;
Y en medio de torrentes
de luz y de esplendor,
la Virgen de la Peña,
amor de todo amor.

Víctor Balaguer.

4 de Septiembre 1896.

¡Bien llegado sea el Sr. Balaguer á tierras de Calatayud, donde su venida ha sido tan deseada! Viene á presidir nuestros Juegos Florales. Nadie puede hacerlo con mejores títulos, porque él, no sólo ha contribuído en primer término á que haya asentado su real, con su histórica divisa, en varias provincias españolas, la institución, que ayudó á llevar á Cataluña, sino porque en mil fiestas de la índole de la que aquí va á celebrarse, ha luchado y vencido. Como autor de prosas y poesías en castellano, ha ascendido, en la milicia de las letras, á alta dignidad, ganada á fuerza de servicios prestados á la patria cultura desde las bibliotecas y los archivos. Como vate catalán, lleva bastón de borlas de oro,

recibido en los campos de batalla, donde las insignias de los grados que se conquistan son la flor natural, la caléndula ó el jazmín de plata y el título de *maestro en Gay Saber*. ¡Bien llegado sea, pues, el Sr. Balaguer á tierras de Calatayud, en las que su presencia ha sido tan deseada!

Calatayud admira al insigne historiador; al poeta bilingüe laureado; al hábil retratador de los reyes que *con la cola de sus corceles asustaban al moro* y grabaron las barras rojas sobre las escamas argenteas de los peces del Mediterráneo; al que, á maravilla, ha descrito los prodigios de Piedra y de las grutas de Montserrat, el cenobio de Ripoll y el de Poblet, sembrado de góticas tumbas; al hombre que ha soñado cien veces á la vista de las cascadas de San Miguel del Fay, de las nieves del Monseny y de los árboles seculares, entre los que baja el misteriosísimo Gualba, turbando con la voz de sus aguas el silencio de la triste soledad del *Gorch negre,* poetizado por legendarias cruces; al peregrino de la

religión del arte, que ha recogido las ideas vivas que destilan los monumentos de Italia, ha paseado por las orillas del Ródano, ha oído en Tolosa el concierto original y alegre con que saludan las campanas de la ciudad el Mediodía; ha resucitado con su péñola de marfil y oro la Provenza que fué un florido lauredal, interrumpido á cada paso por un castillo ó un monasterio, y ha meditado en las playas mejor doradas del mar greco latino, del mar de la *Odísea* y la *Encina,* que inspiró á Apeles su *Venus Anadiomena* y á Teócrito la égloga *de los pescadores*. Calatayud le quiere, porque el Sr. Balaguer ama mucho á su tierra natal, como órgano de ese todo sublime que llámase España. La ama tanto, que así considerándolo, es siempre la musa de su estro y le ha dado en vida todo su caudal, transformado en un Museo, joya de Villanueva y Geltrú, patria adoptiva del cantor de la *morenita,* que miriadas de marinos han saludado desde el Mediterráneo con los dulces epítetos *áncora de salvación* y *estrella del*

amanecer, y miriadas de romeros con los expresivos *rosa placentera, joya de amor santo, topacio castísimo* y *claridad de sombra* de célebre *birolay*, á la luz de las lámparas, que en Montserrat alumbran piedras siempre calientes, pues las rodillas dobladas sobre las mismas, sin cesar en las mismas se suceden, produciendo una plegaria continua, eterna, cual la mística escala que une el cielo con el valle de los desterrados.

Tiene, pues, nuestro huésped esclarecido una cualidad, que no falta á bilbilitano alguno. El hijo de Calatayud se añora cuando no ve la torre de Santa María y respira á distancias desde las que no oye el *Reloj Tonto*. El hijo de Calatayud, aunque le sonrían todas las venturas lejos de su ciudad nativa, vuelve á su hogar, parecido en esto á las aves sagradas, nacidas en nido de barro, en el campanario de las iglesias. El hijo de Calatayud, sin dejar de ser español, es sobre todo bilbilitano. Esta característica es en él hereditaria. La tuvo ya Marcial, quien en sus au-

sencias jamás olvidó las orillas de su Jalón querido, ni la fresca Fuente de las Canales.

Siendo así, tiene que querer, en verdad que le quiere, á quien está á su imagen y semejanza hecho.

Los días que entre nosotros viva el ilustre huésped, toda Calatayud será su hogar; porque deseando por igual todas las casas de ella el hospedarle, no es de justicia que sea una sola la afortunada.

FAUSTINO SANCHO Y GIL. (1)

---

(1) El ilustre aragonés D. Faustino Sancho y Gil murió á los dos ó tres días después de haber escrito este artículo y quince antes de celebrarse los Juegos Florales de Calatayud. Este trabajo, dedicado al Sr. Balaguer, es de seguro el último que brotó de su gallarda pluma.

La redacción de *La Justicia,* al insertarlo en este número de honor para el cual fué escrito, ofrece con estas líneas un tributo á la memoria del varón insigne y del orador elocuente que deja un nombre y una gloria en los fastos del pueblo aragonés.

SALUDO Á CALATAYUD

Como ciudadano de Aviñón, saludo en Calatayud la patria del enérgico Pedro de Luna, que mantuvo hasta su último suspiro los derechos que mi ciudad tenía á ser la capital del mundo cristiano.

Como nieto de los trovadores provenzales, saludo también á una de aquellas ciudades de Aragón que fueron las más hospitalarias para mis abuelos.

Y, trovador yo mismo, quiero consignar mi admiración por las altas cualidades de este país, que las vicisitudes de la vida de los pueblos no han extinguido ni extinguirán jamás: la nobleza y el carácter de los hombres, la gracia y la dulzura de las mujeres de la antigua Bílbilis.

MARIUS ANDRÉ.

EL ALMA DE LOS PUEBLOS

Aun los pueblos más ávidos de conquistar el porvenir gustan de volver los ojos á lo pasado, porque la distancia y el tiempo todo lo embellecen é idealizan.

Confundiendo los siglos todos de la Edad Media, en un menosprecio común, como si el XIII no brillase con resplandores incomparables en medio de la historia del mundo cristiano, se cometió una enorme injusticia marcando con el sello de la barbarie hasta las delicadezas de la cultura.

Más imparciales y serenos los hombres que asistimos al ocaso del siglo XIX, no tan sólo reconocemos lo bueno de las cosas que pasaron, sino que lo reproducimos con el filial

amor con que el buen hijo reproduce en el lienzo la fisonomía de su padre.

Los Juegos Florales no ofrecen hoy el espectáculo de los trovadores con birreta de terciopelo, espada al cinto y mandolina pendiente del hombro; pero el ingenio y la hermosura brillan como entonces, y son los pueblos, en vez de los reyes y señores, los que tributan su aplauso y otorgan sus mercedes á los victoriosos en las lides del «Gay Saber».

Con esta gallarda restauración de las cosas pasadas, las generaciones se unen á través de los siglos y se fortifica el amor de los pueblos á sus costumbres é instituciones, y éstos se mantienen vivos y fuertes, persuadidos de que ellos tienen también, á semejanza de los individuos, algo que los informa, que los alienta y que los inmortaliza; esto es, su alma.

Valentín Gómez.

No sé qué escribir para complacer á *La Justicia:*

Si mi idolatrado Don Víctor fuese un Piquer ó un Letamendi, quizás tuviese ingenio para tributarle un homenaje; pero es poeta... Guiado por mis instintos estéticos, sólo sé admirarle. Y aun admiro en él, más que al hombre de superior ingenio, al hombre moral, pues la virtud vale más que el talento. Todo lo que heredó de sus padres y ha ahorrado durante su accidentada vida, el Sr. Balaguer lo ha donado á Villanueva y Geltrú. Cuando la posteridad juzgue á esta generación de egoístas, entre la cual aun vive aquél, para alegría de los que le queremos, dirá:—Ese hombre parece que no ha existido.

JUAN E. IRANZO.

¡Dolorosos contrastes de la vida! Ensombrecen las alegrías amargas penas, soldándolas el destino con mano implacable y dura, así como la ley natural suelda las radiantes excelsitudes del día y las soledades misteriosas de la noche.

De propio modo, hoy, Calatayud engalanada con la espléndida joya del más culto de los Certámenes y enorgullecida de dar hospitalario albergue al inspirado trovador que canta las glorias regionales y las puras bellezas del arte en medio del alborotado oleaje de una sociedad escéptica, lleva en su blanco traje de fiesta, crespón ceñido al brazo, nublamiento de tristeza en los ojos, lloro en el corazón viudo de uno de los que entonaron á

su legendaria historia himnos de los más hermosos que produjeron lenguas aragonesas.

Mientras los amadores de la gentileza y los caballeros del resplandeciente torno de los Juegos Florales rinden pleitesía á las letras en comunión augusta, lejos duerme en el reposo eterno aquel que, llamándose Sancho y Gil, fué aurora de nuestro renacimiento literario regional y devoto enamorado que supo engarzar á la diadema de Calatayud, con dos discursos presidenciales de Juegos nacidos en Barcelona, dos perlas en cuyos orientes quedó sellado su talento singular y su elocuencia ciceroniana.

Al rendir homenajes debidos al bardo de las tradiciones españolas dediquemos elegía nacida del alma al tribuno que supo robar á las Musas sus castos favores para abrillantar la prosa de este poeta que Aragón no debe olvidar nunca.

JUAN GUALBERTO BALLESTERO.

Meritissimus vir

Balaguer literato y poeta, me encantaba cuando niño. En mis mocedades, érame muy simpático el periodista liberal. No hace muchos años admiraba yo al honradísimo ministro é integérrimo hombre de gobierno. Hoy venero y reverencio cordialmente al fundador de la «Biblioteca-Museo» que en Villanueva y Geltrú lleva el nombre del insigne trovador que preside los «Juegos Florales» de la gran Calatayud.

Siempre que visito aquella ciudad, modelo de cultura, hospitalidad y labor inteligente, siento la misma impresión que me hirió la primera vez que en ella puse los pies...

En la playa, bandadas de chicuelos descal-

zos correteando por la orilla del mar y disputando al Mediterráneo sus dominios con montoncitos de menuda arena que las olas—un poco más allá ingentes y amenazadoras—besaban suavemente sin derrocarlos. En los amplios salones de la «Biblioteca», gran número de absortos y recogidos lectores—obreros en su mayor parte—que robaban al descanso ó al material recreo una hora para refrescar el alma con las brisas de la instrucción. Cierto día—¡no lo olvidaré nunca!—mi curiosidad sorprendió á un gitano cotejando unos tomos de la Historia de España; á un tallista estudiando á Coll y Vehí; á un cerrajero con la Geometría de Cardín; á un pintor con la Psicología de Monlau; á un albañil leyendo el Quijote, y á un «payés» (1) hojeando un tomo de poesías.

Y, si no recuerdo mal, invitado después á firmar en el valiosísimo álbum que constituye la más preciosa joya de aquella «Sala de

(1) Trabajador del campo.

juntas», hube de escribir en él, poco más ó menos, lo que al hablar de D. Víctor Balaguer y de Villanueva y Geltrú, jamás me cansaré de repetir:

«A cuatro pasos de esta Biblioteca, la omnipotencia de Dios contiene las desenfrenadas y turbulentas aguas con cinta de arena, tan dócil y frágil que cede á la caprichosa arquitectura infantil. ¡Cuántas malas pasiones, cuántos apetitos desenfrenados, cuántas tempestades del alma no habrán sosegado las débiles hojas de papel aquí ordenadas por la constancia, amor patrio y desinterés de Don Víctor!»

Y... ¡cuánta luz!

CLEMENTE HERRANZ Y LAIN.

El compromiso de decir en una cuartilla algo sobre Calatayud y sus Juegos Florales, sería grave para quien pretendiera encerrar en una frase lo que á la evocación de aquellas ideas se piensa, como que precisaría, para lograrlo, poseer la concisión admirable de Marcial, y saber aplicarla al elogio merecido como aquél la aplicaba al epigrama.

Para mí, es tarea sensible, por lo mismo que ni un momento he pensado que supiera hacer lo que se me ha pedido.

No lo hago, pues, porque no sé; no porque no desee hacerlo. Pero ¿se trata de sumar un voto á lo que cuantos con interés seguimos el movimiento literario de Aragón, pensamos? Con gusto emito el mío — humildísimo pero

seguro de ir en muy buena compañía—para recordar que Calatayud restauró en Aragón los Juegos Florales y para afirmar que, si la hermosísima fiesta se conserva y propaga como merece ser propagada y conservada, podrá llamarse esa ciudad la *Muy Culta,* por haber colocado un jalón de memorable recuerdo en la regeneración de nuestra literatura regional.

Para lograrlo bastará que nos inspiremos todos en lo que sentía y deseaba y con tan primorosa elocuencia decía el ilustre aragonés que presidió esos Juegos el segundo y tercer año de su instauración, cuya reciente muerte prematura ha sido desgracia inmensa para las letras aragonesas.

GALO PONTE.

¿Unas líneas para el oportuno homenaje de *La Justicia?*

Removida aún la tierra que cubre piadosamente el cuerpo de Sancho y Gil, y apercibidos los labios de Balaguer á entonar emocional oración fúnebre en honor de aquel espíritu que tanta luz derramó sobre los Juegos Florales de Calatayud, dejemos que el gran poeta catalán rece.—Nosotros oigamos con recogimiento...

Y que allí, en lo alto del estrado, el sitio que hubiese de ocupar en la fiesta el gran orador aragonés, sea cubierto con los crespones del luto de las letras regionales.

Darío Pérez.

DON VÍCTOR BALAGUER

Aparte sus prestigios políticos, que son muchos; aparte su hombría de bien, cualidad predilecta siempre, y singularmente en estos tiempos, en que la degradación moral es el nimbo de la glorificación y la concupiscencia el pedestal de muchas reputaciones, se distingue D. Víctor Balaguer porque su personalidad eminente encarna de una manera maravillosa el amor y la idolatría por la región.

Miradle en su juventud: centelleante el cerebro, electrizada el alma y anegando el espíritu en los oleajes de una aristocracia naciente, pero siempre, siempre con la nostalgia del provenzalismo, evocando aquellas

glorias y aquellas virtudes que nos hicieron fuertes y temibles.

Apóstol eterno de la «Coronilla de Aragón», escribe magistralmente la Historia de Cataluña, y del polvo y de los restos de ruinas y monasterios levanta monumento á la patria regional, y con energías de iluminado inicia y resucita estos torneos del *Gay Saber*.

Vedle en el ocaso de la vida: el viejo trovador con la aureola de las canas; con la popularidad de su nombre ilustrado en la política, en las letras y en los combates de la vida, viene al viejo Calatayud, lamido por el Jalón, arrullado por el Jiloca, coronado por viejos castillos; henchido de tradiciones, manchado y blanqueado por el polvo de las luchas, á presidir los Juegos Florales, fiesta donde la hermosura y el talento tienen su trono.

Ella os evocará aquellas glorias y aquellas costumbres que tenían por religión el honor; por norma de conducta la hidalguía, y por ambiente de existencia el sentimiento gallardo de la patria.

Que no debe, no, olvidarse el caído castillo feudal á cuyo puente levadizo se acercaba el trovador; ni el rayo de luna que plateaba la gótica ventana; ni la dama enamorada que empujaba al guerrero á las hazañas cercanas de la epopeya.

Porque de aquella era romántica, creyente y gloriosa, toda ideales, surgió el gran siglo XVI, en que la nacionalidad española se desbordó, impuso su ley al viejo mundo, conquistó el nuevo, y pareció por un momento que iba á lograr la meta del poderío universal unificándolo todo, ambición suprema de todos los césares. «Una corona, una creencia y una espada.»

Bien venido, pues, á la noble tierra de Calatayud el eximio D. Víctor Balaguer, trovador de leyendas regionales, poeta inspirado de amores románticos, vate de la patria aragonesa, político esclarecido y hombre honrado por excelencia.

José M.ª Catalán de Ocón.

La Redacción de *La Justicia* envía al ilustre poeta D. Víctor Balaguer, en este día memorable, un saludo y la expresión de eterna gratitud por la honrosa deferencia, que inmerecidamente guardóle, de colaborar en estas columnas; agradece profundamente su concurso y les testimonia sus respetos á los buenos aragoneses, esclarecidos en la república de las letras, que han cooperado á un deseo por nosotros perseguido mucho tiempo con afán y hoy por fortuna satisfecho; y recuerda de nuevo su pesar por aquel amigo entrañable que se llamó Sancho y Gil y lleno de entusiasmo remitíale pocos días antes de su tristísimo fin el original que hoy figura en este número, quizá el último, ó por lo menos

de los últimos, que brotara de su pluma vigorosa.

Y ahora, para terminar, demos un consejo á Calatayud: salude cariñosa al cantor excelso de sus tradiciones, escúchelo con legítimo orgullo, y adivine en sus palabras el amanecer de un porvenir risueño.

Con actos como el que esta tarde va á realizar D. Víctor Balaguer, se abren á los pueblos las puertas de la inmortalidad.

La Redacción de LA JUSTICIA.

ACTA DE LA FIESTA



ACTA DE LA FIESTA

Á las tres en punto de la tarde hace su entrada solemne en el salón, precedida de los maceros de la ciudad, la Comitiva oficial, que la forman la Comisión organizadora del Certamen, el Cuerpo de mantenedores, el Muy Ilustre Ayuntamiento, y la cual cierra el Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, rodeado de las primeras Autoridades locales. Todos pasan á ocupar el escenario del teatro. En éste aparecen: el trono para la Reina de la fiesta, en el centro del foro; á la derecha de dicho trono, sobre una grada, la mesa presidencial con tres puestos; el del centro es ocupado por el Alcalde, Sr. Sanz de Larrea; el de la derecha, por el Sr. Balaguer; y el de la izquierda,

cubierto de crespones, queda vacío en recuerdo del ilustre y malogrado literato aragonés D. Faustino Sancho y Gil, poco há fallecido. Á continuación de dicha mesa presidencial aparece una tribuna para el Secretario de la Junta organizadora, y á la izquierda del trono siéntanse el M. I. Ayuntamiento en Corporación, el respetable Cuerpo de mantenedores, en el que están representados S. A. R. la Serenísima Señora Infanta Doña María Isabel Francisca, Excmos. Sres. Ministros de Ultramar y Fomento, Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza, Excmo. Sr. Capitán general de Aragón, Ilmo. Sr. Obispo de Tarazona, Excelentísimo Sr. Gobernador civil de la provincia, M. I. Universidad Literaria de Zaragoza, M. I. Sr. Vicario y Párrocos de la localidad, Excma. Señora Marquesa de Linares, Marqueses de Ayerbe y Casa-Jiménez, Excmo. Señor D. Segismundo Moret, Casa constructora del ferrocarril central de Aragón, D. Faustino Sancho y Gil, Excmo. Sr. D. Tomás Higuera, Diputado D. Luis Guedea, Excmo. Sr. Don

Eduardo Barriobero, Casinos, Sociedades y Prensa locales, sentándose también junto á las expresadas representaciones la Comisión organizadora del Certamen.

En dicho lado izquierdo aparece otra tribuna para la lectura de los discursos y trabajos premiados.

Abre la sesión el Sr. Alcalde, Presidente, concediendo la palabra al Secretario de la Junta organizadora del festival D. Ángel Alcalde, quien da minuciosa cuenta en la Memoria de ritual de las gestiones practicadas por la Comisión para el mejor éxito de su importante cometido.

Seguidamente levantóse el Alcalde, señor Sanz de Larrea, y dirige al Sr. Balaguer cariñoso saludo y merecidísimos elogios, dedicando muy oportuno recuerdo á los plausibles y laudatorios trabajos del eximio vate catalán para la restauración de la fiesta del gay saber, de la belleza y de la poesía en nuestra patria. Otro recuerdo muy sentido al Sr. Sancho y Gil puso término á las felices palabras

del Sr. Sanz de Larrea, que acabó ofreciendo su puesto en nombre de Calatayud al señor Balaguer, que fué ocupado inmediatamente por el poeta insigne con el aplauso general.

Procedióse en seguida por mandato presidencial á la apertura de la *plica* del premio de honor, resultando laureado el teniente de artillería D. Manuel Lassa y Nuño, quien, presentándose en el escenario, recogió de manos del Sr. Balaguer la flor natural y fué á ofrecerla á la hermosa y distinguida señorita Doña Pilar Ballestero, que con lucido séquito, formado de Comisiones del Ayuntamiento, Cuerpo de mantenedores, Junta organizadora y maceros de la ciudad, pasó, conducida de la mano por el vate galardonado, á ocupar el precioso trono de terciopelo granate guarnecido de flores, y sobre cuyo fondo destacábase el escudo municipal.

Rendido por todos á la bella soberana homenaje de respetuosa cortesía, pasa á ocupar la tribuna D. Víctor Balaguer, y comienza su importante discurso, joya que fuera preciso

transcribir íntegra para no mermar en nada su transcendencia histórica y literaria; mas imposible aquello, y doblemente temerario intentar cualquier extracto, pálido, confuso é involucrado siempre, réstanos sólo consignar que todo el tiempo empleado en la lectura del discurso reinó el mismo interés, traducido cada instante en sinceros y resonantes aplausos de la selecta concurrencia.

Lo mismo en la hermosa salutación dirigida al pueblo de Calatayud, á las autoridades, á las damas presentes y á los poetas, que al referir su emigración á la Provenza, que al trazar la historia de la sucesora de Bílbilis evocando sus glorias y tradiciones, ciñéndole diadema de recuerdos con erudición pasmosa, y aureola inmortal con esplendores de musa privilegiada; igual interpretando el regionalismo, sintiendo sus efectos y su alcance en forma novísima, ya que introduce novedad indiscutible en la manera de apreciar tan capital y asendereada cuestión, que al entonar himno sublime de alabanzas salido con acen-

tos de amor de un corazón sano y de un alma patriota, escuchó el ilustre disertante la franca ovación del entusiasmo, del cariño y del respeto.

Pasóse á leer las respectivas actas de los Jurados, comenzando por la concerniente á los temas de carácter literario.

Véase el resultado de premios y accesits:

Premio de honor. Accésit al lema: *Clemencia Isaura;* autor, D. Juan Moneva Puyol.

Tema núm. 1.—Pequeño poema. Accésit al lema: *Nihil novum sub sole;* autor, D. Federico Canalejas.

Tema núm. 2.—Composición en verso libre. Accésit al lema: *A todas y á ninguna;* autor, D. Juan Moneva Puyol.

Tema núm. 3.—El arte (composición lírica). Accésit al lema: *Refulgens;* autor, D. Ricardo Pieltain.

Temas números 4, 5 y 6.—Desiertos por falta de trabajos.

Al tema núm. 7 no se concedió premio ni accésit.

Tema núm. 8. — Progresos de la electroquímica é importancia científica é industrial de sus modernos productos. Premio al lema: *Labor prima virtus;* autor, D. Pedro Pella.

Tema núm. 9. — Excursiones escolares: su importancia en la educación de la juventud. Premio al lema: *Mens sana in corpore sano;* autor, D. Ezequiel Solana.

Tema núm. 10. — Estudio acerca del Venerable bilbilitano Fray Domingo de Jesús María Ruzola. Premio al lema: *Laudemus viros glorioso;* autor, D. Vicente de la Fuente.

Tema núm. 11. — Una leyenda histórica aragonesa en verso. Premio al lema: *Non plus ultra;* autor, D. Juan Moneva Puyol. — Accésit al lema: *Spiritus intus;* autor, D. Ricardo Pieltain.

Tema núm. 12. — Sin premio ni accésit.

Tema núm. 13. — Una dolora. Accésit al lema: *Porque acompañó su ruego;* autor, D. José María Victoria.

Tema núm. 14. — Participación que Calatayud y su comarca tuvieron en la crisis

acaecida á la muerte de D. Martín el Humano. — Accésit al lema: ..... *y Aragón decidió, no por el derecho de la fuerza, sino por la fuerza del derecho;* autor, D. Jacinto del Pueyo.

Tema núm. 15. — Propiedad, precisión y laconismo en el lenguaje. Sus ventajas y relación con el carácter y las costumbres. Premio al lema: ..... *que hay quien tiene la hinchazón por mérito;* autor, D. Juan Moneva Puyol.

Tema núm. 16. — Biografía del médico bilbilitano D. Juan Bautista Calmarza, y crítica de sus publicaciones. Premio al lema: *Duerme, necia profusión;* autor, D. Domingo Monreal.

Tema núm. 17. — Sin premio ni accésit.

Tema núm. 18. — Monografía de las diatomáceas aragonesas. Premio al lema: *Navícula;* autor, D. José A. Dosset.

Tema núm. 19. — La libertad de testar en Aragón. Premio al lema: *Judex in expensis virtude;* autor, D. José María Herrero. — Accé-

sit al lema: *En varios órdenes de conocimientos;* autor, D. Lorenzo Lausin.

Tema núm. 20. — Ocho cantares aragoneses. Premio al lema: *Ahí van ocho cantarcicos baturros;* autor, D. Angel Ballestero. — Accésit al lema: *Cantares para Aragón;* autor, don Enrique Aranza.

Tema núm. 21.— Seis epigramas. Accésit al lema: *El arte que ocasiona sonrojos, no es arte;* autor, D. Manuel Ossorio Bernard.

Tema núm. 22. — Composición festiva. Premio al lema: *Al agua, patos;* autor, D. Federico Castellón Codorníu.

Tema núm. 23. — La cerámica en Bílbilis. Premio al lema: *Arietina nimis, ne spernes, etc.;* autor, D. José María López Landa.

Presentáronse bastantes autores á recoger el premio, y cuantos de aquéllos lo eran de composiciones poéticas, leyéronlas por sí mismos. Terminada dicha lectura, quemáronse las *plicas* de los pliegos que no obtuvieron premio.

El Sr. Blas (D. Juan), en nombre de Mr. Ma-

rius André, distinguido poeta provenzal, presente en el acto, leyó un magnífico discurso dedicado á los escritores aragoneses, en el cual se recordaban los antiguos lazos de unión que existieron entre la Provenza y nuestra España, trasuntos de glorias pasadas y siempre vivas en el recuerdo de aragoneses, catalanes y provenzales, para encanto y fuente de inspiración de sus poetas y ejemplo de sus gobernantes.

Muchos aplausos mereció este precioso discurso. Una vez terminado, el Sr. Alcalde, tras breves palabras de gracias, levantó la sesión, verificándose el desfile de Reina de la fiesta, Presidencia y Comisiones, con el mismo ceremonial solemne que al comienzo del certamen.

Y á fin de que en todo tiempo téngase exacto conocimiento del importantísimo acto descrito, testimoniamos su resultado con nuestras firmas en la presente acta, los infrascritos de la Junta organizadora de los Juegos Florales y Certamen literario del año de la fecha.

Calatayud 13 de Septiembre de 1896. — El Presidente, *Iñigo Lorente*. — Vocales: *Benito Vicioso.—Valentín Marco.—Alberto García.—Juan Blas.—José Domínguez.—José Vicente.—Sixto Celorrio.—Ángel Alcalde,* Secretario.



ACTA DE LA SESIÓN

CELEBRADA POR EL

AYUNTAMIENTO DE CALATAYUD



COPIA DEL ACTA

LEVANTADA

CON MOTIVO DE LA VISITA HECHA AL AYUNTAMIENTO POR EL EXCMO. SR. D. VÍCTOR BALAGUER EL DÍA 14 DE SEPTIEMBRE DE 1896

Sesión extraordinaria del día 14 de Septiembre de 1896.

En el Consistorio de la ciudad de Calatayud, á catorce de Septiembre de mil ochocientos noventa y seis; reunidos, previa y especial convocatoria al efecto, bajo la presidencia del Sr. Alcalde, D. Félix Sanz de Larrea y Larraga, los Sres. Concejales que al margen se expresan, S. S. manifestó que el objeto de la sesión lo era para rendir un tributo de homenaje al insigne vate, gloria de las letras patrias, D. Víctor Balaguer, quien había expresado vivo interés de dar el saludo de des-

pedida á la Corporación aquí reunida. Acto seguido apareció en el salón el Sr. Balaguer, acompañado de una Comisión municipal, y precedido de los maceros; y haciendo uso de la palabra el Sr. Presidente, dijo:

«Lo sabe bien V. E., y lo ha narrado en afiligranada página. Un día de luto amaneció en el siglo XIII, en Provenza, quedando abandonados los castillos que habían sido centro de gentileza y de cultura, el trovador se expatrió, y la poesía y las letras fueron desterradas de esa bella comarca.

»Estos acontecimientos no destruyeron del todo del Mediodía de Francia la tradición poética, y es notorio que, en la alborada del siglo XIV, los últimos trovadores de Tolosa se reunieron en secreto en un apartado jardín de su ciudad, y recitando allí los unos á los otros los cantos de sus mejores días, al pie de un laurel, echaron la semilla de los Juegos Florales, que con sensibles interrupciones han llegado hasta nosotros, y en los que ayer fué la violeta de oro, es hoy la flor natural, como

trofeo de victoria al vencedor en estas justas de la inteligencia. Alguna vez se dejó de conceder la flor de oro á la mejor poesía presentada al certamen para enviarla á un gran poeta contemporáneo, que la recibió siempre como el honor más alto que pudiera serle otorgado.

»El recuerdo de esta costumbre ha inspirado á Calatayud el de entregaros, Excmo Sr., una violeta de oro, puesto que merecéis este agasajo como vate esclarecido, como profundo historiador. Os entrego esta flor, que no va acompañada de una corona, porque ni una de pedrería, ni una de flores sustituiría con ventaja á la augusta de canas que, rodeando vuestra frente venerable, nos dice que esos cabellos han sido calcinados por el fuego de un pensamiento, que ha iluminado páginas que vivirán mientras vivan la buena prosa y la poesía.

Señor Balaguer: En nombre de esta ciudad, tengo la honra de entregaros la flor que ella os dedica como testimonio de la admira-

ción que os profesa por el mérito indiscutible, y por nadie discutido, de vuestros trabajos literarios. La gratitud que os debe por el honor que le habéis dispensado, ocupando la presidencia de los Juegos Florales; Calatayud, por mi conducto, os da las gracias, y me manda que os tribute el testimonio de su más reconocido respeto.»

Visiblemente emocionado contesta el señor Balaguer, expresando en sentidos y elocuentes períodos su agradecimiento profundo hacia Calatayud, por el inmerecido honor que se le dispensa en los actuales momentos. Dice que eternamente guardará el recuerdo de este día, como el más grato de su larga existencia; recuerda que para él envuelve la simpatía y cariño del honrado pueblo de Calatayud, para el que desea todo género de prosperidades. Saluda cordialmente al Ayuntamiento, y en elocuentes períodos ofrece sus servicios, sea cual fuere su situación, para cuanto tienda al mejoramiento de los intereses morales y materiales de esta ciudad.

«Dispensadme—dice el Sr. Alcalde—que antes de dar por terminado este solemne acto, pronuncie dos frases. La prensa aragonesa ha dicho con insistencia que el discurso del Sr. Balaguer en los Juegos Florales de Calatayud era su testamento literario, y yo ruego al Sr. Balaguer que, tomando por base los fueros de esta tierra, si esa versión es cierta, haga un codicilo, revocando aquél, para tener la satisfacción de recoger el sazonado fruto de su inspirada lira.»

El Sr. Balaguer reitera su gratitud y ofrecimientos, levantándose la sesión, que firmaron todos los señores concurrentes con S. S., de que certifico. —*Félix S. de Larrea.* —*Iñigo Lorente.* —*Juan M. Floria.* —*Iñigo Lozano.*—*Angel Celorrio.*—*Antonio Larripa.* —*José Vicente.* — *José Lafuente.* — *José María de la Fuente.*—*Mariano La Hoz.*—*José María Oroz.*—*Juan Velasco.* —*Hilario Berdejo.* — *José Domínguez.* — *Celestino Zaera.*—*Justo Álvarez.* —*Leandro Morales.* — *Hipólito Sánchez.* — *León Alcalde,* Secretario.



DISCURSO

LEÍDO POR EL SR. BALAGUER

EN LA SOLEMNIDAD DE LOS

JUEGOS FLORALES DE CALATAYUD

el domingo 13 de Septiembre de 1896



Señores:

Al presentarme á ocupar esta sede de honor, en la que me precedieron varones tan ilustres como Felíu y Codina, timbre de Cataluña, y Sancho y Gil, honor de Aragón, cumplo con el primero y más ineludible de mis deberes: el de saludar al noble pueblo de Calatayud, aquí hoy tan dignamente representado y aquí reunido para asistir á una de esas fiestas literarias que, siendo punto de reposo para preocupaciones de la vida y esparcimiento del ánimo, son torneo de cortesía, emulación

de ingenios, canon de doctrina literaria y fuente de vida y de salud para glorias patrias.

Mi saludo cordial y mis respetos al ilustre Sr. Alcalde Presidente y al honorable Municipio que representa al pueblo varonil y honrado de Calatayud; á la Comisión y Junta organizadora de los Juegos Florales; á la digna y selecta representación que aquí tienen las Autoridades, las Corporaciones, el Clero, la Milicia, la Justicia, las Artes, las Ciencias, las Letras y la Política, y mi saludo también y mi homenaje á las hermosas y elegantes damas que aquí vinieron con todo el esplendor de sus galas y bellezas, como en los certámenes antiguos, á ser ornamento principal de esta fiesta y de estas justas, donde el vencedor tiene el envidiable y

disputado privilegio de elegir entre ellas á la que ha de sentarse en ese trono, sitial de la belleza, la dama que en nombre de todas debe dispensar las gracias y los honores, distribuyendo premios á quienes vinieron á certar y á obtenerlos en lucha abierta de ingenio y cortesía.

Mi homenaje, el primero, á la gentil doncella, hija de un patricio benemérito, que acaba de ocupar esta sede. Yo saludo en ella á la ilustre familia con quien me unieron, en vida de sus abuelos, estrechos lazos de amistad y cariño. Saludo en ella á las familias todas y á todas las damas de Calatayud.

Recuerdo glorioso es este de aquellos tiempos de honor, de fe y de cortesía en que la mujer era luz, encanto y vida de la sociedad; cuando por ella,

sólo por ella, por obtener una de sus miradas, se bajaba al palenque ó se disputaba el premio del certamen; cuando por alcanzar de ella un lazo, una flor ó una banda, se acometían atrevidas empresas aventurando la vida y el honor, que es más que la vida; cuando, en fin, por gozar de sus amores se llevaban á cabo portentosos hechos de heroísmo y hasta de extravagancia, ó por curarse de sus desdenes se iba á buscar el asilo y la sepultura de un claustro, donde se hundía en vida el amante desafortunado.

¡Honor á la mujer, que es reina de la fiesta que hoy celebramos; honor y gloria á la mujer, que, como decían los antiguos poetas provenzales, es joya de amor, alegría del alma, espíritu de gracia, flor de gentileza, ángel en la

tierra, luz en el cielo, claridad en la sombra, miel del paraíso, regocijo, amor y encanto de la vida!

Pagado ya este tributo, no puedo ni debo aún comenzar mi discurso, sin dirigir también un cariñoso saludo al joven representante de los poetas y felibres provenzales que, encontrándose por ventura en España, quiso asistir á esta fiesta, deseoso de saludar al pueblo de Aragón y á los descendientes de aquellos esforzados aragoneses que un día fueron con el Rey D. Pedro II á pelear y á sucumbir en los campos de Muret por la causa de la hermosa Provenza.

Bien venido sea á esta fiesta y bien hallado entre nosotros el Sr. Mario André, autor peritísimo de la fantástica novela *Montserrat* y del delicioso poema

Esclarmunda. Saludo en él á todos esos poetas ilustres del mediodía de Francia que forman una cohorte literaria, hueste sagrada de la literatura provenzal, que con su talento, su unión, su arranque, su espíritu libre de toda intransigencia, puesta su fe en una causa y un ideal de amor y de paz, depurada el alma de toda pasión de odios y rencores, comprendiendo el siglo y lo que él demanda, han ido en son de conquista pacífica á París, y á París han llevado su representación de la Provenza, sentándose y apareciendo entre los inmortales de la Academia, en los escaños de las Cortes, en la cátedra del profesor, en el sillón del ministro, en la tribuna de la prensa.

Saludo en él á Federico Mistral, el maestro y gran poeta; Mistral, mi com-

pañero, mi amigo y mi hermano, cuando, en mi dolorosa emigración política, perseguido por el crimen de amar la libertad de España, me vi precisado á refugiarme en Provenza, donde hallé brazos y amores que jamás olvidé y que todas mis obras demuestran que no he olvidado; Mistral, representación y encarnación de la Provenza literaria, que me dispensó el altísimo honor de dedicarme aquella su admirable poesía *La coupo,* que es hoy la pacífica marsellesa de los felibres provenzales.

Saludo en él, el recuerdo, para mí sagrado, de aquellos otros felibres que fueron entonces mis compañeros constantes, y que han partido ya para los Campos Elíseos de la leyenda: el viejo Roumanille, que duerme su sueño de muerte en el cementerio de Saint-Remy,

donde su lápida sepulcral dice lo que fué: *hombre de bien que vivió en cristiano y se presentó tranquilo ante Dios;* Teodoro Aubanel, el de *La Venus de Arlés* y *La miougrano entreduberto*, el que trajo á la literatura provenzal las corrientes y tendencias del helenismo; el dulcísimo Mathieu, el alborozado Roumieux, y el que aun hoy vive para gloria de su patria, Félix Gras, el *Capoulié* de los felibres.

Y al llegar aquí, al pasear la mirada por ese ilustre concurso, encuentro á faltar también uno de los míos, otro de los vuestros: hallo un sitio vacío, veo un sillón enlutado, y el alma se arroja á mis labios para demandaros un recuerdo.

¡Triste y luctuoso recuerdo, ciertamente!

Aquí falta uno, uno que con vosotros estaba hace apenas doce días, el que nos había dado cita á todos para que aquí pudiéramos reunirnos, aquel quizá que con más fe y más entusiasmo había contribuído á la preparación de esta fiesta.

Faustino Sancho y Gil — los sollozos ahogan la voz al pronunciar este nombre, — Faustino Sancho y Gil, que aquí tiene aún su puesto de honor, que aquí debía estar con nosotros, que debía aquí tomar la palabra — su palabra de oro, siempre en Aragón oída con respeto y con aplauso, — Faustino Sancho y Gil nos ha dejado para ir á morar en la región de los justos.

¡Ah! La muerte no tiene entrañas. La muerte es implacable y cruel. Hombres como Sancho y Gil no debieran

morir nunca..., como no sea que en ellos, en esos cerebros superiores y privilegiados que vencen y dominan, como no sea, digo, que en ellos el nacer sea el morir, según sucede á esas flores maravillosas de esplendor y de belleza que viven sólo para brillar y brillan para fenecer.

¡Faustino Sancho y Gil! ¿Quién le ganó nunca en nobleza de alma, en generosidad de sentimientos, en alteza de miras?

Era en Aragón conocido de todos, y de todos amado; era el elegido y el predilecto de todos esos dioses y diosas que vuelan invisibles por los espacios luminosos de las ciencias y las artes. Quizá por esto terminó su vida más prontamente, ya que los amados de los dioses mueren jóvenes.

Era Sancho y Gil un varón de talento singular y de bondad suma.

Acostumbraba yo á decir de él algo que creo que el gran maestro Víctor Hugo dijo de alguien:

—Cuando pase un hombre de talento, saludadle; cuando pase un hombre bueno, arrodillaos.

Pues bien, yo me inclino y me arrodillo ante la memoria de Sancho y Gil, que llegó en talento á lo que en bondad llegaba.

Algún día cumpliré con él y con su memoria, como debo.

Hoy, en este momento solemne, invocando el nombre y el recuerdo del que fué honor de Aragón y hoy es su gloria, del que por ser de los demás nunca fué suyo, del que tanto amaba á esta ciudad de Calatayud por él glo-

rificada, yo os pido á todos un recuerdo, una oración y un tributo á su memoria.

Ya que hoy aquí no ha de sonar su voz, que suene, y repercuta, y sea para siempre ensalzado, y aclamado, y glorificado su nombre.

¡Honor, honor y gloria á Faustino Sancho y Gil!

Y ahora ya, después de haber cumplido con estos deberes, como la tarea es larga y hay mucho que decir y mucho que leer, entro de rondón en materia manifestando que mi discurso, para el que demando benevolencia, tendrá dos partes: la primera en honor y tributo á la insigne Calatayud, que hoy acoge en su seno maternal la institución de los Juegos Florales, y la segunda de estudio sobre lo que es y lo

que considero yo que debe ser el regionalismo, y lo que son y deben ser los Juegos Florales, lo que representan, lo que significan y á lo que deben tender y tienden.

*

Noble y gloriosa ciudad ésta de Calatayud, y pláceme, siquier sea de pasada, evocar sus últimos recuerdos.

Tiene el mismo origen que Zaragoza, comparte con ella el lauro de haber sido conquistada por Alfonso el *Batallador*, mereciendo que éste le concediera fueros como mejores, ni más libres, ni más democráticos los tuvo población alguna. El tan decantado fuero de Vizcaya no tiene los alcances del de Calatayud, villa que llegó á

constituir entonces, en aquellos primeros tiempos de nuestra edad moderna, un pequeño estado, algo en forma de cantón, conforme diríamos ahora.

Por mucho tiempo fué Calatayud adelantamiento, frontera ó extremadura, según era entonces costumbre llamar al punto extremo y adelantado de la región que servía de frontera. Sus pobladores tenían muchas veces que soltar la azada y el arado para empuñar la pica y la espada, defendiendo el terreno contra los rebatos árabes, tanto más violentos cuanto mayor era el deseo que de reconquistar la ciudad abrigaban aquellos aguerridos muslimes, extrañados de ella por las armas vencedoras del batallador Alfonso.

Aun no ha perdido Calatayud, y Dios se la conserve, la fisonomía histó-

rica de sus primeros tiempos. Aun se armoniza aquí el espíritu político con el sentido práctico; aun guarda lo que hoy llamamos sentido gubernamental; aun existe en ella el genio de la raza, y sus hijos, chapados á la antigua, viven tranquilamente en las serenidades de su hogar honrado y de su liberal independencia, á orillas de ese *patrio Jalón cuyas aguas endurecen el hierro*. Todavía el hijo de Calatayud es el antiguo jinete celtibérico con lanza alzada, libre, suelto, independiente, que se ve en sus antiguas medallas y en sus escudos de armas.

Es Calatayud una ciudad especial y característica: conserva la memoria de sus gestas y los recuerdos de sus grandezas; guarda, con la tradición de sus virtudes antiguas, el carácter propio de

altivez, de orden, de patriotismo y de amor á la ley y al pueblo, reminiscencia de sus fueros y de sus costumbres patriarcalmente democráticas, en el verdadero y buen sentido que alcanzaban cuando aún vivían aquellos viejos varones de Aragón, cumplidores fieles de su deber, siempre atentos á la ley y prontos siempre al sacrificio.

El bilbilitano, de costumbres sencillas, experto y práctico en la gran virtud del trabajo, no es el hombre decadente de nuestros días. Es el hombre de Marcial, el aragonés histórico. Distínguese por el amor á su ciudad nativa, para quien conserva la religión del orgullo filial. Siente añoranza cuando no ve la gallarda torre mudéjar de Santa María, ni oye el reloj *tonto* que ayer daba la señal del alarma y del rebato.

y hoy sólo suena en los plácidos días de sus fiestas populares.

¡Qué hermosa, ¿no es cierto?, qué hermosa es esta ciudad con sus recuerdos de la Bílbilis antigua, la Bílbilis celtibérica, la de Marcial, la del municipio romano, heredada y sustituída por la Calatayud árabe del siglo IX, la Calatayud foral é independiente del XII, la de la corona de Aragón del XV, la de la Nación española de nuestros días!

¡La Bílbilis antigua! ¡Qué hermosa se nos aparece también y con qué primores de hierática belleza á través de las fuliginosidades de los tiempos y de las celistias de la historia!

Situada estaba ahí cerca, sobre un cerro vecino que la gente del país llama Bámbola, verdadero pedestal de la ciudad celtíbera, Bílbilis la enriscada, *ciu-*

dad alta, como la llamó Marcial por su encumbrada situación; *villa colgante de erizados riscos,* según frase de San Paulino al describir las poblaciones importantes que visitó en su viaje.

Desde allí dominaba toda la extensión de la vega por la cual discurre y serpentea el revoltoso Jalón, ese Jalón que, después de abrirse aventurero paso en Alhama por la angostura de dos peñas — donde asoman, según la leyenda y la fantasía, los cuerpos y cabezas de un moro y una mora, allí petrificados, — viene alborozado á recibir en sus brazos el Jiloca, al pie de Calatayud; corre luego atropelladamente á estrellarse contra el peirón del Bámbola, y allí, obligado á torcer su curso, parte en busca del Ebro, brazo secular de Aragón, el Ebro aquel que dió

nombre á la Península ibérica, majestad aragonesa que se dirige pomposamente al Mediterráneo con todas las soberbias, todos los fueros, todas las resonancias y todas las grandezas de las majestades de la tierra.

Es el Jalón un río que nace en Castilla, donde no hace más que nacer. Huye en seguida. Por esto Guerra y Orbe, el académico, con celo verdaderamente temerario le llamó un día *río traidor*, aun cuando ya antes el Padre Argáiz, poco amigo de Aragón, por cierto, y menos de Calatayud, le había apostrofado diciéndole : *Pícaro Jalón, naces en Castilla y riegas Aragón,* á lo cual el sabio historiador bilbilitano don Vicente Lafuente contestó que el río lleva muy poca agua mientras pasa por Castilla, recogiéndola abundante cuan-

do penetra en Aragón. «Con la que recoge desde Ariza hasta Épila, dice, le bastaría para su caudal y fama, pudiendo contestar al Padre Argáiz que

con el agua de Aragón
le basta y sobra al Jalón.»

Bílbilis la enriscada era el final, el punto avanzado, frontera y extremadura de la región ibérica apellidada Celtiberia, ciudad murada, especie de alcázar ó fortaleza, cuyo origen remontaba á los celtas y á los iberos, nuestros genitores, como dijo el poeta bilbilitano en su epigrama á Lucio. *(Nos genitos et ex Iberis.)*

Esta es la ciudad que tanta importancia tuvo con los romanos y á tan alto llegó con ellos, después de haber

sido su comarca teatro de sangrientas batallas y núcleo principal de resistencia contra los romanos en los dos siglos que duraron las famosas guerras celtibéricas.

También, en tiempo ya de Roma, los campos de Bílbilis fueron palenque de la cruda batalla de Sertorio el rebelde y Metelo el Cónsul. Favoreció la suerte al primero, y tan rudo golpe sufrió Metelo y tamaño destrozo sus cohortes, que, al entrar Sertorio vencedor en Bílbilis, los augures pudieron con plena conciencia vaticinarle que iban á trocarse los destinos del mundo, en el cual, y en adelante, ya no imperaría Roma, sino España. Y así hubiera indudablemente sucedido, á no interponerse el puñal del asesino que acabó con la vida y la gloria de Sertorio.

Bílbilis fué la mimada de Roma, que la colmó de favores, ansiosa de más atraerla cuanto más agria y esquiva se había mostrado en las guerras pasadas.

Roma hizo á Bílbilis municipio, colonia, *urbs augusta;* concedió á sus vecinos el privilegio de *jus italicum,* ó sea derecho de ciudadanía, por lo que desde entonces pudo grabar en sus medallas los nombres de *Itálica* y *Augusta;* dióle vías para comunicarse con todas las ciudades del mundo; la autorizó para acuñar monedas y medallas imperiales; protegió sus ferrerías y la fabricación de armas, que eran superiores, pues se dice que sus espadas tenían un temple no alcanzado por las fábricas de mayor y más alta nombradía, ya que ninguna llegó jamás á la espadería bil-

bilitana; alentó sus artes y sus industrias por todos los medios á su progreso favorables, y en ella levantó teatros, circos, baños, acueductos, templos, monumentos y estatuas.

En Bílbilis moraban también, formando un grupo regionalista, según ahora diríamos, varios escritores y literatos célebres en el mundo romano: Liciniano, jurisconsulto y poeta, honra de Celtiberia, gloria y prez de España, como se le llama en sabrosos versos latinos; Lucio Licino, el duunviro, el más sabio de los doctores de su tiempo; Manio Liberato, á quien las letras dieron nombre y fama; Marco Unico y un su hermano, que rivalizaron en poesía con Ovidio y Catulo, y, finalmente, apareciendo y encumbrándose por entre todos, aquel Marcial tan renombrado,

bilbilitano ilustre que pasó su juventud en Roma, donde se hizo temible por los agudos epigramas con que flagelaba desapiadadamente los vicios y malezas de aquella sociedad corrompida, epigramas escritos algunos con tal libertad de pensamiento y licencia de palabra, pero con arte tan atildado, lenguaje tan puro y maestría tanta, que bien pudiera llamársele, como á Petronio, el autor purísimo de las impurezas.

Pasados ya muchos años, *mudada la color de sus cabellos,* Marcial retornó á Bílbilis, su patria; Bílbilis, de quien no obstante sus glorias y grandezas, nadie se acordara ya si no hubiese sido cuna de Marcial, y allí volvió con su esposa Marcela Clodia, apartándose de las borrascas políticas y de los tumultos cortesanos en busca de lo que con él debía

anhelar más tarde otro poeta español, al decir:

> Un ángulo me basta entre mis lares,
> un libro y un amigo.

Así volvió Marcial á Bílbilis, bajo la pesadumbre de sus desencantos á la par que de sus laureles, y aquí, buscando reposo en las comarcas del aurífero Tajo y del patrio Jalón,

auriferumque Tagus sitiam, patriumque Jalonem,

es donde escribió aquellos versos inmortales, que se leen en nuestras excerptas, pintando y describiendo la *vida municipal,* nuestra vida del hogar y del campo, inalardeada y modesta, y aquí donde tuvo la fiereza de encararse con sus compatriotas para dirigirles en vi-

brante verso aquel apóstrofe célebre de que voy á daros la traducción.

Es de advertir, primero, que ya era entonces el Marcial aquel, ibero de genio y de raza, que se había dibujado de cuerpo entero en sus poesías, con todas las cualidades que constituían su manera de ser, altezas y defectos, primores y soberbias, arriscos y gallardías.

Era ya aquel Marcial que se apellidaba, para que un día pudiera escribirse al frente de sus memorias: *Soy español, nací en Bílbilis, ciudad de España, bajo el reinado de Tiberio, me llamo Marco Valerio Marcial y soy el poeta favorito de los romanos.*

Era el Marcial que había ya escrito y lanzado á todos los vientos: *La gloria que alcanzo yo en vida, pocos poetas la*

obtienen después de su muerte. (RARI POST CINERES HABENT POETÆ.)

Era ya el que decía, dirigiéndose á Liciniano: *Bílbilis, donde entrambos nacimos, citará un día tu nombre con orgullo, y no se callará el mío.* (NEC ME TACEBIT BILBILIS.)

Era el que, escribiendo á Manio, había dicho: *Allí donde estemos tú y yo, allí está Roma.* (IN QUOCUMQUE LOCO ROMA, DUOBUS ERIT.)

Era el que, apostrofando al libro que iba á publicar, comenzaba de este modo: *¿Para qué necesitas título ni nombre, libro mío? En cuanto se lean sólo dos ó tres versos, todo el mundo dirá: libro, tú eres de Marcial.* (CLAMABUNT OMNES TE, LIBER, ESSE MEUM.)

Y éste, este fué el Marcial que, al partir de Roma, para regresar á Bílbi-

lis, escribía á sus compatriotas aquel gallardo epigrama á que antes hice referencia, epigrama que parece un desenfado y desplante de cualquier aragonés de nuestros días.

Dirigiéndose Marcial á sus compatriotas, así les decía para que se lo tuviesen por dicho, adelantándose á futuras injusticias de la ingratitud:

Decidme, oh vosotros, compatricios míos, vosotros á quienes la villa imperial de Bílbilis, que ciñen las aguas del rápido Jalón, vió nacer en su escarpado monte, decidme: ¿estáis satisfechos con la gloria de vuestro vate? Porque yo soy el honor, el ornamento y la fama de vuestro país. No debe más Verona á Catulo de lo que á mí vosotros, y Verona sentiríase orgullosa de poderme llamar hijo suyo.

Treinta y cuatro años pasaron desde que

sin mí presentáis á Ceres vuestras rústicas ofrendas. Mientras viví en las colinas de la pulquérrima Roma, la estancia de Italia mudó la color de mis cabellos, pero no mi corazón. Si estáis dispuestos á recibirme como cumple, vuelvo á vosotros. Si vuestros corazones me rechazan, parto.

Y los bilbilitanos no debieron rechazarle, pues que aquí se quedó Marcial, y aquí murió á orillas de ese Jalón por él tan admirablemente cantado.

Junto á las ruinas que por tantos siglos quedaron yacentes y abandonadas en la cumbre del que fué desde la época goda solitario Bámbola, cerca de aquellas toscas y ciclópeas murallas del celta, de aquellos hogares del ibero primitivo y de aquellos monumentos del vencedor romano, nació la moderna Calatayud, heredera y sucesora de Bíl-

bilis. Aquí sentaron su real los árabes cuando cayeron sobre esta tierra en furente desate, y á ellos debe esta ciudad su fundación.

Cuenta la crónica, aunque no por todos aceptada, que el emir Ayub, tercer régulo ó dominador de España, acertando á pasar por estos sitios y encontrándolos tan bellos pero despoblados, los mandó colonizar fundando la población en el llano y el castillo en la peña, de donde provino su nombre primitivo de *Calat-Ayub*.

Poco consta de la dominación musulmana en esta región; pero todo induce á creer que fué una época de relativa tranquilidad para la población naciente, pues que llegó á ser centro de artes, de letras y de industria, como lo había sido ya con los romanos, y como

más tarde debía volver á serlo con los aragoneses; que siempre, así en lo antiguo como en lo moderno, fué Calatayud campo de abanderamiento para todo progreso y toda cultura. Bien pregonan su importancia las memorias que se conservan de su agricultura, los vestigios de su orfebrería, los testimonios de su cerámica, las monedas arábigas en ella acuñadas, los restos de sus edificios y monumentos, los recuerdos de sus literatos árabes, fundadores de escuelas, por todo lo cual se puede calcular el alto grado á que llegó Calatayud y su importancia en la era musulmana.

En 1120, Alfonso el *Batallador*, ganada ya Zaragoza y suyas las villas más importantes de Aragón, avanzó con su hueste sobre Calatayud, donde se habían amparado los fugitivos de Zarago-

za, que anhelaban volver á sus hogares, y los más poderosos muslimes de la comarca.

Dura y porfiada fué la resistencia, pero acabó el *Batallador* con ella, y en su poder cayeron villa y castillos el día de San Juan Bautista, á quien los vencedores se apresuraron á levantar un templo en acción de gracias.

Fué entonces cuando Calatayud tomó por armas el jinete celtibero, pero no armado, sino á la jineta, con lanza alzada y no en ristre, llevando en ella una banderola con la cruz de San Jorge, quien, como de costumbre en las grandes batallas de aragoneses contra sarracenos, cuentan que se apareció en la jornada del asalto y presa de la villa.

Reconquistada ésta, tuvo en segui-

da su famosa carta-puebla, y los pobladores el fuero de frontera que les otorgó D. Alfonso con extraordinarias franquicias, comenzando su época de esplendor cristiano y monumental con la erección de suntuosos templos que fueron alzándose sucesivamente, y cuyas fábricas son todavía admiración y gozo de naturales y extranjeros; con el culto á su Virgen de la Peña, tan maravillosamente hallada, luz y gloria, honor y prez, aurora, esperanza y madre del pueblo bilbilitano; con las tradiciones históricas de su municipio, de su concejo, de su comunidad tan renombrada; con el florecimiento de su lenguaje, en que tanto abundan las voces del lemosín literario de los provenzales; con su célebre iglesia de Santa María, de hermosa portada plateresca y de elegan-

te torre, más gallarda en verdad y de mejores y más delicadas labores mudéjares que la un día tan ensalzada Torre Nueva de Zaragoza; con la delicia de su rica vega, que es gozo de quien la disfruta; con la bizarría de su Jalón, que vuelve y revuelve perezoso como si no quisiera abandonar estos lugares; con la placidez de su Campiel ameno, donde viven aquellos frutales que se hicieron célebres; con la donosura de las torres bordadas de sus templos, que admiran por lo primoroso de sus encajes de ladrillos y sus labores orientales; con su Rosario del Alba, que es rasgo típico de costumbres populares y tradiciones religiosas; con su iglesia del Santo Sepulcro, en explanada solitaria, que tanto recuerda á Jerusalén; con sus ferias y mercados, sus fábricas fa-

mosas de cerámica y cordobanes, y con su crecimiento artístico é industrial, aunque tantas veces interrumpido por sus sangrientas y empeñadas luchas con Castilla, de cuyos Reyes hubo de resistir serios embates, viniendo á ser Calatayud, en distintas ocasiones, reparo, baluarte, presidio y salvamento para las demás ciudades, castillos, villas y lugares de Aragón, quien tuvo siempre en Calatayud su muralla, su alcázar y su defensa.

A una de estas memorables luchas con Castilla debió el ser declarada ciudad por los Monarcas aragoneses.

Fué ella, Calatayud, la que amparó á D. Jaime el *Conquistador* en sus mocedades, prestándole apoyo contra su tío y los turbulentos magnates que entonces le combatían.

Fué ella la que un día, en resonantes fiestas, hospedó y honró al famoso Roger de Lauria, almirante supremo y capitán insigne, titán del Mediterráneo, á quien se entregaban los Reyes y á quien obedecían los mares.

Fué en ella donde, al comenzar el siglo XV, el orador elocuentísimo que más tarde debía ser el San Vicente Ferrer de nuestros altares, congregaba y predicaba á las muchedumbres, á las que atraía con la magia de su palabra y el poder de su talento, siendo tantos el fervor y entusiasmo de las gentes por oirle, que hubo de abandonar el templo y salir, primero, á un balcón de la plaza del Mercado; pero no bastando aún la plaza ni las calles afluentes, hubo de subirse á un cerro inmediato á la ciudad, que ha conservado el nombre

de *peirón de San Vicente,* desde donde dirigió su palabra á la muchedumbre. Era entonces cuando San Vicente, propagandista político y tribuno caluroso, heraldo y campeón de uno de los bandos políticos en que andaba dividida la patria, iba por pueblos y ciudades, por valles y por montes, sosteniendo y propagando la candidatura de D. Fernando de Castilla, *el de Antequera*, al trono de la Corona de Aragón, trono que aquel príncipe debió seguramente, más que á su derecho, á la táctica y habilidad de San Vicente en el ruidoso y para siempre memorable Parlamento de Caspe.

Fué en ella donde se celebraron Cortes en 1411 y en 1461, convocadas las primeras para concordar y proveer en lo relativo á la sucesión del reino y elección de Rey por estar vacante á la

sazón el trono; convocadas las otras por D. Juan II, con asistencia de éste, para jurar al Príncipe, niño entonces de diez años, que debía ser más tarde Fernando *el Católico*. Ambas Cortes tuvieron resonancia, y de ellas guarda y guardar debe recuerdo eterno la ciudad de Calatayud, á quien interesa custodiar como monumento sagrado y joya de excelsitud el templo de San Pedro de los Francos, en que aquellas asambleas se celebraron; templo por otra parte digno de todos los respetos, ya que esta iglesia de San Pedro de los Francos, ojival en su fachada y mudéjar en sus ábsides, es casi la única muestra del género gótico que existe en Calatayud, habiendo sido también cuna del Municipio bilbilitano, que allí se juntó en sus comienzos y allí tuvo su

torre almenada, con su campana de aviso y de alarma para convocar á sesión de cabildo popular y llamar al pueblo en días solemnes á los goces de la fiesta y en días de peligro á los rebatos de la guerra. Justo era, pues, que en aquel monumento se celebraran aquellas Cortes famosas del Interregno, preliminares del gran Parlamento de Caspe, en que fué elegido un Rey por acto de soberanía nacional como no tiene semejante en la historia, y aquellas otras Cortes de 1461, las cuales, aunque convocadas para juramento de un Príncipe, tomaron tales acuerdos y tan transcendentales, que en las leyes allí ordenadas encontraban los aragoneses *el mayor fundamento y fuerza de sus libertades,* al decir de Zurita, por lo cual *San Pedro de los Francos debe ser mirado entre*

los primeros monumentos de nuestras antiguas y venerandas libertades, al decir de Vicente Lafuente, autoridad en cosas de esta tierra. Y yo, por mi parte, á lo que dicen Zurita y Lafuente, quiero y debo añadir que ningún aragonés debiera pasar por delante de este templo sin descubrirse con respeto y reverencia en señal y homenaje de amor y pleitesía.

Ella es también, Calatayud, la que debió la fundación de un Estudio general ó Universidad al tan asendereado cardenal Pedro de Luna, á quien eligieron Papa, á la muerte de Clemente VIII, los cardenales residentes en Aviñón, y que tomó el nombre de Benedicto XIII, aquel Pedro de Luna, á quien la Iglesia reconoce sólo por antipapa, hombre verdaderamente supe-

rior, aragonés de temple y de raza como hubo pocos, firme en sus propósitos, con alteza de miras y con voluntad inquebrantable para alcanzarlas, el que terminó su vida, indomado y gran rebelde, en el peñón solitario de Peñíscola, desde cuya torre, batida por las olas del Mediterráneo, abierta á todos los vientos, á todas las tempestades y á todos los efluvios de libertad y de independencia, fuerte en el que creía su derecho, combatía y luchaba á ultranza, sin más cónclave que el único cardenal á quien al morir hizo Papa, contra todos los poderosos de la tierra, contra el Pontífice legítimo, contra la Iglesia entera, contra los Reyes y Emperadores—todos para perseguirle coligados,—contra sedes, concilios, naciones y tronos, él solo, sólo él, el ara-

gonés Pedro de Luna, en lucha abierta con todo el mundo, que sobre él fulminaba sus iras y anatemas por hereje y por cismático.

Ella, Calatayud, la de los bandos memorables de Sayas y Liñanes, á que dió ocasión el rapto de una doncella, y que por largo tiempo fueron yesca de pecado y piedra de escándalo en la tierra.

Ella, la que dió sepulcros suntuosos á Cerbuna, el prelado, y á Calcena, el secretario de los Reyes Católicos, aquel cuyo nombre figura en las capitulaciones hechas con Cristóbal Colón en Granada, aquel Calcena que, asistiendo un día á la conferencia que celebraba con Isabel *la Católica* el general de los claustrales de San Francisco, viendo que éste anduvo descomedido con la Reina,

encarándose con él, le dijo: —«Señor don fraile, si lo que habéis dicho á la Reina en Castilla lo hubiérades dicho en Aragón, os juro que había de ahorcaros allí con el cordón de vuestro hábito».

Ella, Calatayud, en nuestros tiempos, la del mesón de la Dolores y su famosa copla, que ha sido tema de inspiración para revelarnos un gran poeta y un gran autor dramático en Felíu y Codina.

Y ella, por fin, la patria de preclaros varones en todo ramo y manifestación de la cultura y del saber humano, en todos los campos y en todas las glorias, ya que Calatayud dió prelados á la Iglesia, santos á los cielos y poetas al Parnaso, héroes á la crónica y personajes á la leyenda, oradores á la tribuna

y teólogos al claustro, profesores al aula y jurisconsultos al foro.

De sus nombres y de sus méritos van llenas las historias.

No es momento este ni ocasión oportuna para dedicar á todos un recuerdo, que antes nos faltara luz del día que tema para desarrollar; pero sí quiero y debo pagar aquí un tributo de honor á la memoria de uno de los ilustres de esta región, há pocos años fallecido, el Sr. D. Vicente Lafuente, mi noble y querido compañero en la Real Academia de la Historia, el moderno historiador de Calatayud, varón esclarecido que vivió admirado de los sabios y por ellos llorado, autor de obras de mérito y de estudio, á quien me cumple pagar este tributo en los sitios por donde rodó su cuna, hoy que á ellos

vine en son de amor y júbilo para conmemoración de glorias literarias.

Estas son las líneas que escribir me plugo en honra y loa de Calatayud. No son ellas, en realidad, lo que ser debieran, que mucho más, y todo, lo merece esta ciudad insigne, patria de Marcial, altísimo poeta á quien debiera levantarse una estatua, hoy que tantas se levantan, y algunas sin merecerse.

Pobres son estas líneas y escasas, pero no quise traspasar los límites fijados á discursos de certamen, manteniéndome en el tono y terreno de esa que por algunos se ha llamado, con cierto desdén, *literatura de Juegos Florales,* que es, sin embargo, una literatura

que enseña, que vivifica, que levanta el ánimo, que atrae, que tiene por misión sagrada la de postular amores y respetos para la Madre Patria.

Al abandonar la villa de Madrid, donde el tiempo vuela y el corazón enferma, vengo á respirar el aire sano de estos montes de Aragón, suelo clásico de patrias enseñanzas. El ánima, que aquí llega tarazada y careciente de fe, recobra en el acto su vigor perdido, remonta sus vuelos, y al encontrarse aquí ya libre y pura, sin trabas y sin temor á mofas de decadentes y de incrédulos, se arriesga á cantar las libertades catalanas, las libertades aragonesas, sus viejos amores, rindiendo así sus homenajes á Aragón, y hoy, en él, á esa Calatayud prepotente, á quien debo y me place rendir en este mo-

mento todos los tributos de mi gratitud, de mis respetos y de mis amores.

*

Y vamos ya á la segunda parte de esta oración, en la que me propongo tratar del regionalismo y de los Juegos Florales, discurriendo sobre lo que son, lo que representan, y el fin que se proponen, según yo entiendo.

En ningún punto puede alzarse la voz de un alma independiente y libre, defensora de que cada cual evoque las gestas de su tierra y hable el lenguaje que Dios le haya dado ó que con su estudio y nación se haya escogido, en ningún sitio mejor que aquí, en esta tierra de Aragón, célebre por el regionalismo de los Argensola, y célebre también, y famosa, y honrada por Mar-

cial el regionalista, aquel que abandonó las suntuosidades y los tumultos de Roma, con todos sus atractivos y todas sus excelencias, para venir á respirar las brisas natales á orillas del patrio Jalón, donde, *ni envidiado ni envidioso,* pasaba los días en el huerto y en los brazos de su bien amada Marcela, á quien decía en versos inmortales:—*Mi patria natal es mi vida, y tú, Marcela, tú sola, tú, tú eres mi Roma.*

Aquí, pues, en este clásico suelo del regionalismo, en la Bílbilis que se llama cuna de Marcial, junto á la antigua Sálduba, que lo es de los Argensola, y en ocasión de haberme honrado con la presidencia de los Juegos Florales de este año la esclarecida Calatayud, cumple á mi propósito decir algo que estimo pertinente, relativo á la

institución de Juegos Florales, á cuya restauración en Barcelona tuve el honor de contribuir tanto como quien más, y más aún que el que más, por los años de 1859.

Los Juegos Florales, en Barcelona nacidos, se extendieron bien pronto por toda España, y no es ciertamente aventurado reconocer que á ellos se deben, sin duda, esas explosiones de regionalismo que hoy brotan con fuerza y vitalidad en todas partes.

¿Qué son los Juegos Florales y qué es el regionalismo?

El regionalismo, á cuya voz todavía no ha dado hospitalidad en su Léxico nuestra Academia, es, en mi sentir, el amor á la región y á las cosas y regalías de la misma.

En cuanto á los Juegos Florales, no

son sino el romanticismo en una nueva forma, con la misión especial de levantar el espíritu público de la región en todo cuanto tiende á la literatura, al arte, á la conmemoración de glorias pasadas, á la esperanza de las futuras, al esplendor de la *vida municipal,* según la llamaban los romanos, quienes fueron los que mejor entendieron y mejor practicaron la idea de *patria* y la idea de *hogar;* es decir, la *nación* y el *municipio;* es decir, el *pueblo romano* y la *familia municipal,* sin que se tuviese entonces que dividir la patria en *patria grande* y *patria chica,* como tan tristemente se hace ahora.

Los Juegos Florales son, pues, una expresión, una forma del regionalismo, y el regionalismo, es decir, la región, es el hogar, como el munici-

pio es la familia, como la nación es la patria.

¡Ah! Quien primero arrojó á la arena del debate literario esa desdichada frase de *patria chica,* con tan irreflexivo y candoroso entusiasmo admitida, cayó en un gran error y cometió una falta, dicho sea con todos los respetos debidos á la buena fe y á la sana intención que sin duda le alentaban. Como yerran profundamente también y caen en pecado aquellos que, ocupándose de literaturas regionales sin la debida preparación y consiguiente estudio, sólo reconocen por autores de región á los que escriben en la lengua de ésta, proscribiendo á los que se expresan en castellano, siquier sean verdaderos regnícolas y hayan escrito sólo sobre cosas de la región misma, y siquier

hayan sido los primeros y verdaderos despertadores de su regionalismo.

La patria es como la madre. No se discute ni se divide en *chica* y en *grande*. La patria, como la madre, es una, es única, y, por chica que sea, siempre grande.

Así debieron entenderlo los viejos romanos cuando decían:

—¿Nación?... Nación, Roma. ¿Familia?... Familia, el municipio.

Así lo entendió vuestro Marcial, que dió la mejor de las definiciones al decir:

—Mi patria, Roma; mi pueblo, Bílbilis: donde yo estoy, allí está Roma.

Así lo han entendido los provenzales modernos, quienes dicen por labios de su *Capoulié* Félix Gras:

—Quiero á mi pueblo más que á tu pueblo; quiero á mi Provenza más que

á tu provincia; quiero á Francia más que á todo.

Así lo entendemos los catalanes que decimos:

—Mi patria, España. Mi hogar, mi familia, mi pueblo, mi *municipio*, Cataluña.

Así lo entendían los antiguos catalanes cuando apellidaban *Marca de España* á Cataluña, llamando á España *patria* y á Cataluña *tierra*.

Así es como sólo pueden comprenderse y explicarse aquellas palabras de un Monarca aragonés, el gran D. Jaime *el Conquistador*, cuando, después de su acto realizado en el Concilio de Lyon, al que él y todos los soberanos de la Cristiandad habían sido convocados por el Papa, dirigiéndose á los suyos, les dijo, con estas mismas palabras que

transfiere y puntualiza en su crónica:

—Barones, ya podemos marcharnos, que hoy, á lo menos, hemos dejado bien puesto *el honor de toda España.*

Y así, así hubieron de entenderlo también los catalanes modernos en los albores del pasado siglo, cuando Cataluña, sosteniendo casi por sí sola toda la pesadumbre de la guerra de sucesión, por España combatía y para España, deseosa de arraigar en ella la dinastía de Austria, á quien consideraba como garantía y guardadora de públicas libertades.

Cuando Barcelona, sola ya, de todos abandonada, sucumbía bajo las bombas de Felipe V y era invadida por las huestes de aquel Monarca que Francia quiso imponerle, todavía la ciudad invicta, en los momentos de su agonía

suprema, cuatro horas antes de sucumbir, exclamaba por boca de sus defensores en el pregón que se publicó á las tres de la tarde del funesto día 11 de Septiembre de 1714:

«En estos instantes, perdida ya toda esperanza, próximos á ser sepultados en los escombros y ruinas de nuestra ciudad amada, ocupando ya los enemigos del Rey Nuestro Señor y de nuestra libertad y patria todas las trochas, brechas, cortaduras y baluartes, llamamos é invocamos á todos para el último supremo esfuerzo en favor de esta ciudad *en que hoy reside la libertad de todo el Principado y de toda España,* esperando confiadamente que todos los verdaderos hijos de la patria, *amantes de la libertad,* acudirán á los sitios señalados para verter gloriosamente su sangre y

perder su vida *por su Rey, por su honor, por la patria y por la libertad de toda España.*»

Y éste fué el espíritu, éstos el fondo y el símbolo, y éste el verbo de los Juegos Florales, cuando los iniciamos en Barcelona siete hombres de buena voluntad y honrados propósitos.

¡Oh! Sí. ¡Aquellos Juegos Florales de mis mocedades, á los que apliqué toda mi vida y toda mi savia, todo mi ser y toda mi sangre, que son hijos míos, de mi sola voluntad y de mi solo pensamiento! ¡Aquellos Juegos Florales que nacieron al calor de una idea de unión y engrandecimiento de la patria española, y en cuyo seno, lejos de existir miras sediciosas, bullía el pensamiento patriótico de la Unión ibérica! ¡Aquellos Juegos Florales, de quie-

nes por un breve período, inmediatamente después de la revolución de Septiembre, lograron apoderarse los que al principio más los escarnecieron y más de ellos blasfemaron, hasta advertir que podían hacerlos suyos para conducirlos por descaminos de intransigencias egoístas y tendencias sospechosas! ¡Aquellos Juegos Florales, finalmente, que he visto yo nacer, y crecer, y reproducirse, y multiplicarse en toda España, con lo cual se consigna y estatuye que la patria española, de más justificado criterio y mejor sentido práctico que la crítica inconsciente, ha comprendido y aceptado el origen y alcance de aquella institución que considera justa y patriótica!

¡Si precisamente la Nación española, la patria española, la creó Cataluña.

la creó Aragón, la hizo la Corona de Aragón, que no Castilla, pues Castilla no quería! Basta sólo estudiar, escarbar un poco en la corteza de la historia, para reconocer que Castilla, es decir, los poderes de Castilla, la rechazaban, mientras que á ella marchaban decididamente los poderes de la Corona de Aragón.

Y ahora, siguiendo en esto del regionalismo, entremos á discurrir sobre un punto que es de importancia y principalidad.

¿Es que el regionalismo—literariamente hablando—sólo existe en aquellas comarcas que tienen idioma suyo, propio?

¡Qué error, qué craso y profundísimo error!

En él cayeron muchos por no fijar-

se quizá ni detenerse á estudiar lo que es, lo que representa y lo que significa el regionalismo literario en nuestra España y el alcance que tiene.

No parece sino que aquí, como si se obedeciera á una misteriosa conjura, todos se han dado de mano para decir que en España no hay más regionalismos que el catalán, el éuskaro, acaso, acaso el gallego, y algo el asturiano, es decir, el bable, por tener estas regiones idioma propio.

Sólo de ellas hablan los que escriben historias de literaturas regionales, y aun sólo de los autores que en ellas usan como instrumento el idioma natal. De manera que, según esto, no hay más autores regionalistas que los que hablan y escriben el idioma nativo; de lo cual resultaría, si semejante absurdo

prevaleciera, que deben ser expulsados de la patria los cordobeses Séneca y Lucano, Marcial el aragonés y otros muchos por haber escrito únicamente en latín; y de la lista de escritores regionalistas, Feijoo el gallego, el catalán Capmany, y cien otros con ellos, por haber escrito sólo en castellano.

Y esto que Capmany, por ejemplo, y ejemplo no único, ciertamente, ha hecho, escribiendo sólo en castellano, más catalanistas y regionalistas que juntos todos cuantos catalanes hemos escrito en catalán.

Nunca, jamás, fué la lengua, por sí sola, clave y ley de regionalismo.

Escribiendo en latín es como Marcial y sus colegas hicieron regionalismo aragonés, ó ibero, según entonces se llamaba. Escribiendo en latín hicieron

regionalismo andaluz ó español Lucano y los suyos, y el mismo hicieron escribiendo en árabe los califas y poetas de Córdoba.

El regionalismo gallego lo hicieron, escribiendo en castellano, Feijoo con sus libros admirables, con los suyos los demás autores de Galicia, y también Tirso de Molina con su famosa *Mari Hernández la Gallega*.

El moderno regionalismo catalán, el verdadero, el legítimo, hiciéronlo, escribiendo sólo en castellano, muchos autores, casi todos hoy criminalmente olvidados, y de quienes ni siquiera como precursores se ocupan las que yo me atrevo á llamar incipientes ó menguadas historias de literatura regional catalana, hasta ahora publicadas.

Sí, craso error y profundo el de

aquellos que afirman y sientan que sólo existe regionalismo donde únicamente existe lengua propia, distinta de la nacional.

¡Cómo! ¿No hay más regionalismos en España que los de aquellas comarcas, provincias ó regiones que tienen idioma propio?

Pues ¿y el regionalismo aragonés, que vive y florece con toda esa su opulenta pléyade de literatos, de poetas, de artistas, de jurisconsultos, de sabios, de periodistas que son ornato y gala de Aragón?

¿Y el regionalismo andaluz, con esas sus maravillas de ingenio, sus bizarrías de ibero y sus almogaverías de árabe, que encienden sus cantos populares y levantan las obras de sus autores?

¿Y el regionalismo montañés, que

tiene por caudillo al ilustre académico Pereda; el regionalismo montañés, que tantos vuelos tomó y tantos alcanza?

¿Y el regionalismo extremeño, que tanto se agita hoy y tanto bulle con ocasión de sus *Recuerdos* y *añoranzas* del famoso santuario de Guadalupe, regionalismo del que es apóstol y profeta otro académico ilustre, honor de aquella región, D. Vicente Barrantes?

¿Y todos esos otros regionalismos literarios que viven y lucen y gallardean, el asturiano, el navarro, el valentino, el balear; los mismos regionalismos cubano, puertorriqueño y filipino, que hablan todos y se expresan en la lengua de Cervantes y que son pedazos de la patria española?

¡Cuántas cosas, cuántas, y cuántos autores permanecerían ignorados en el

fondo y en la obscuridad de nuestras provincias, á no ser por el regionalismo!

Porque la verdad es—¡triste verdad por cierto!—que en esta nuestra querida España sólo alcanza valor y fama lo que brilla en Madrid, y en Madrid vive y en Madrid muere, ya que sólo de los autores que allí residen, sólo de ellos, salvo muy contadas excepciones, se ocupa la prensa, y sólo de ellos los libros mal llamados de literatura española que se publican.

Sí, el regionalismo existe, y en vano es negarlo.

¿Cómo negarlo, cómo, si se le ve andar y moverse, y tener voz, y aliento, y espíritu, y vida?

¡Oh! ¡El regionalismo! ¡Y el regionalismo en España!

Ardua materia es ésta y escabrosa, según como se mire y se juzgue, sobre todo si juzgarla se pretende fuera del terreno literario y de los intereses materiales, que es el único terreno donde tiene sazón y calor.

Yo no he de profundizar en este asunto, pues que sólo me ocupo del regionalismo literario, que es el que me compete en estos momentos y el que impera en estas festividades. Pero sí he de decir y diré, valga para dicho por siempre, que el regionalismo es bueno y santo cuando no se exagera, cuando no traspasa sus límites. Saliéndose de ellos, se conseguiría sólo hacer aborrecible lo que por tantos y tan sanos sentimientos es y debe sernos atrayente y simpático.

Iba á decir, pues, y digo, que no

conoce á España el que desconoce en ella el regionalismo.

Precisamente porque no lo desconocen, sinó que lo proclaman, es porque los Juegos Florales son fiestas esencialmente españolas, con elevada y patriótica misión que cumplir, fiestas llenas de sol y de luz, de color, de impresión, de gozo, de esplendores, de entusiasmos, de animación y de vida.

Parece que tienen algo de pueril; pero esto es debido á lo que tienen de popular. Son como otra cualquier fiesta del pueblo: apariencias de levedad y honduras de entereza. Nada más inocente ni pueril que el pueblo; nada tampoco más serio y soberano.

A muchos no les place esta fiesta por lo que tiene de arcaico en eso de la

proclamación de la reina de amor, con sus pajes, sus maceros, sus heraldos y su corte.

Esto es una forma cualquiera, con la circunstancia de ser una forma bella y grácil.

Se conserva así, porque es hermosa y responde á sentimientos dulces y á ideas caballerescas y nobles, que profesamos los adoradores de la mujer, los hijos de aquellos que bajaban al palenque á justar por la dama de sus pensamientos, los que abrigamos la creencia, hoy realmente poco acreditada, de que no hay premio como el de una flor natural para regalar á una dama.

Se conserva así, como se conservan tantas otras cosas respetables, que son eco de un pasado honroso y de un pensamiento elevado.

Se conserva así, porque es eco de tradición y de gloria, resistero de patriotismo, voz y clamor de esperanzas y desesperanzas á un tiempo, clarín de combate en luchas de ingenio, cartel de reto en torneo de cortesía, apellido de guerra en batallas de gentileza, palenque de honor en arrestos literarios, y se conserva así, también, como tributo y homenaje á la bella Provenza, que tanto influyó sobre Cataluña, sobre Galicia, y por Galicia sobre Castilla, con la opulencia de sus escuelas literarias y los primores de su rima.

Tampoco agrada á otros porque, espíritus recelosos y deficientes, creen ó aparentan ver en el carácter y color regionales de estas festividades, una protesta de la región contra su nacionalidad.

Por ventura es todo lo contrario.

Estos actos y fiestas son, al revés, una protesta viva de las regiones contra los infidentes que niegan á la nacionalidad su virtud y sus vigores.

Lo que hacen los Juegos Florales es alzar á España sobre el pavés, sostenido, no por una región, no por una provincia, sino por todas juntas. Con el culto que cada una profesa y ostenta por medio de estos actos á la literatura y á la historia regionales, lo que se hace es levantar el nivel de la cultura nacional.

Son los Juegos Florales una nota de color en la literatura española; son una manifestación esplendorosa de la literatura regional; responden á una necesidad, inspiran un sentimiento, robustecen y levantan el alma y, siendo eco del pasado, son nuncio y aurora de

porvenir, por lo que tienen de vida, de aspiración y de esperanza en aquel su afortunado lema, que induce á cantar los goces purísimos del amor, las celsitudes de la fe y las altezas de la patria.

Y digo que són nuncio y aurora de porvenir, porque son expresión latente y manifestación palmaria de un sentimiento nacional, que brota á un tiempo en el clásico Aragón; en Cataluña la catalana; en las tierras éuskaras; en la hechizadora Galicia, que atrae y cautiva; en la apicarada Andalucía, que es tierra amada del sol y del arte; en la amorosa Valencia, que es huerto de flores y jardín de amores; en la robusta Asturias, que es pregón de épicas grandezas; en las florígeras Baleares. que surgen del seno de las aguas; en to-

das partes: sentimiento vivo que toma voz en esas respectivas manifestaciones literarias y artísticas que reclaman, por medio de esta literatura de Juegos Florales, tan desdeñada por algunos, un puesto de honor en los ágapes y cenáculos fraternales de la Península ibérica, porque es hora ya, ya es hora de que no sea sólo en Madrid donde se repartan y distribuyan patentes de nombradía, no todas, por cierto, bien justificadas.

Y tienen á este puesto indiscutible derecho, porque son la flor, la esencia de la tradición, jamás borrada en España, donde el centro no fué nunca el corazón, donde, en sus literaturas, Andalucía recuerda los cantares del árabe, Castilla los romanticismos de la Edad Media, Cataluña y Galicia las rítmicas esparsas de la musa lemosina, Valen-

cia las elegancias del heleno y Aragón la estética maestría del latino.

Por esta causa, para los aragoneses, el corazón de España es Aragón; para los asturianos, es Asturias; como para los catalanes es Cataluña, y para los mismos castellanos Castilla, formando todas las provincias reunidas la gran patria española, y, en momentos dados, siendo todas para cada una y cada una para todas.

En las grandes conmociones y epopeyas nacionales vióse siempre así. Ninguna región rechaza su puesto de honor y de peligro en el combate. Cuando llegan momentos supremos; cuando aparecen las sangrientas luchas de la guerra de la Independencia, Aragón no es Aragón, Cataluña no es Cataluña, Castilla no es Castilla; son España, y el es-

pañolismo se llama entonces en Aragón, Zaragoza; en Cataluña, Bruch y Gerona; en Castilla, Madrid y el Dos de Mayo.

Con eso de los Juegos Florales y de los regionalismos y de las literaturas regionales, sobre que tanto se habla y se escribe, y muchos sin comprenderlo, ocurre lo que con el metal de Corinto, después del voraz incendio que acabó con aquella ciudad potente.

Se formó un metal indestructible y desconocido, superior á todos los metales, con condiciones que ninguno tenía ni ha tenido jamás otro alguno. El oro, el plomo, la plata, el bronce, el hierro, el cobre, todo formó una masa común, superior, inmejorable; pero no desaparecieron ni el oro, ni la plata, ni el plomo, ni los demás metales, conservando cada uno, en el puesto en que el

fuego le colocó, su calidad respectiva, y contribuyendo cada metal al brillo y al esplendor del otro, y, juntos, al esplendor de todos.

Esta es la literatura española, que por algo se llama así por la Academia, y no castellana. La literatura española es el famoso metal de Corinto; es, por decirlo así, una confederación de literaturas regionales, inclusa la castellana, que es tan literatura regional como cualquiera otra de la Península, y aun más caracterizadamente regionalista que otra alguna.

A esta confederación literaria debiéramos añadir la portuguesa, que es ibérica como cualquiera otra y tiene á Camoens y á Melo, que fueron modelos en lengua castellana; pero desde luego hemos de añadir las siguientes: la de la

España romana, porque los Lucano, los Marcial, los Séneca y Quintiliano de tal manera dejaron estampada su alma ibérica en sus escritos, que éstos formaban una literatura hispano-romana; la arábiga española, porque en el desarrollo de la cultura árabe influyeron, por una parte el pueblo vencido y por otra el influjo bienhechor de nuestro clima y nuestro cielo; la hebraica española por causas idénticas, y la aljamiada, que es entre nosotros una peregrina y singular rareza, como lo es en el terreno del arte la arquitectura mudéjar.

¿Qué quieren, pues, y qué significan, y por qué tanto aliento han llegado á tener y tanto empuje los Juegos Florales?

Porque cada uno de estos certámenes continúa, en su región respectiva,

la historia de la misma; porque conservan nuestro carácter, que es múltiple y vario, aunque subordinado á una unidad, salvadora mientras no sea uniforme, unidad que afirmamos, sostenemos y defendemos; porque esto da valor y vida á las provincias, sobre todo á las que fueron nación, para sostener su derecho á ser oídas en el concierto universal de la patria común; porque, finalmente, garantizan la ley de la divisibilidad del trabajo, que tantas maravillas nos ha hecho ejecutar, y para la obediencia á la que Dios nos dió condiciones singulares al dotar de diversos climas y antecedentes históricos á los hijos de la Península.

No conviene, no, por ejemplo, que el aragonés se castellanice, porque, conservándose grave, austero, sobrio, re-

flexivo, meditabundo, fiel al principio de autoridad y apegado á la tradición de su tierra, desempeñará la función salvadora que cumplió en los días de Marcial y Argensola, siempre que necesario fuere.

No conviene que se castellanice el andaluz, porque los Herrera son necesarios para ensanchar los dominios del arte, que necesita orientalismo y espacios, y luz y colores.

No conviene que se castellanice el catalán, ni todas aquellas regiones levantinas que bebieron el agua de Castalia en las fuentes de los helenos, de los latinos y de los trovadores provenzales, pues no sobran, ciertamente, los Boscan, que dan nueva forma al metro, ni aquellos valentinos, padres del teatro, qüe hallaron los orígenes de éste

en las tradiciones literarias de los provenzales y prepararon el terreno para el gran Lope de Vega y todos aquellos ilustres de nuestro siglo de oro.

No, no conviene que nadie se castellanice; pero importa, sí, y conviene, y es necesario, que se españolicen todos.

Para esto es preciso abandonar por entero aquella antigua malhadada política castellana de querer, más que patria *una*, patria uniforme; para esto es preciso que no se escriban historias que se llaman de literatura nacional, cuando no son más que de literatura madrileña y de sólo los que en Madrid figuran, ni historias apellidadas regionales para hablar sólo de los autores de la región que escriben el idioma propio de la misma; como si los otros fueran bastardos.

Hay que reconocer regionalismo en todas aquellas comarcas que lo tienen claro, evidente y propio, sea la suya la lengua castellana ú otra cualquiera: pero es necesario que sea un regionalismo verdad, puro, de buena ley, sin tacha ni mácula, regionalismo de España por España y para España: porque de no ser así, entonces el regionalismo toma otro nombre y es otra cosa. es dolo, traición, despropósito y locura.

El verdadero regionalismo no ofrece temor alguno.

Conservar el regionalismo puro y sano, el que no se injerta, el que nace de la misma tierra, el que brota de las tradiciones y de los reflejos de la historia, es conservar nuestro ser formado al calor de los varios influjos que dieron por resultado el que en el macizo de

nuestra literatura española se vean distintas capas, y de que siendo úna nuestra literatura y úna nuestra pintura, estén sin embargo divididas en escuelas.

Conservar el regionalismo es conservar los dos principios que existen en toda sociedad y que son la unidad y la variedad. No se empeñe la unidad en destruir la variedad. Roma misma, con todo su poder inmenso, no pudo conseguirlo, y hubo de adoptar la forma política del municipio reconociendo el derecho á la región. Nunca, mientras exista el mundo, nunca Lucano dejará de ser cordobés, nunca Marcial de Bílbilis, nunca Cervantes de Castilla, nunca Zurita de Aragón, nunca Ausías March de Valencia.

Por esto, para cumplir con esa ley de la naturaleza, al desaparecer las na-

cionalidades de la Reconquista, y al formarse la España moderna, Castilla fué elegida como centro y como cabeza (grave error político entonces, pues que en aquellas circunstancias debiera haber sido la Corona de Aragón); pero no absorbió á todas, que Castilla no es España. Formó con todas una conjunción, y esto, sí, es España.

Sí, ésto es España, ésto la nacionalidad española con todos los elementos que entraron á constituirla y que, al constituirla, no desaparecieron, se transformaron sólo.

De todos juntos se forma hoy nuestra querida, nuestra idolatrada España, á quien nos debemos, cuyo espíritu nos alienta y cuyo amor y nombre tatuados llevamos en el pecho, como también todos estos elementos, es de-

cir, todos esos regionalismos, son los afluentes que contribuyen al caudal de la literatura española, río poderoso y magno que recorre toda la Península. que cruza incólume los mares, y que va de un mundo al otro para llevar á aquellas nuestras añoradas regiones de allende las aguas, la patria recordanza de la madre Iberia y de la santa España y los efluvios amorosos de las que son, sin mengua de la italiana, las tres más armoniosas y más literarias lenguas de la época moderna: el castellano de Cervantes, el portugués de Camoens, y el lemosín de los trovadores provenzales y de los reyes de la Corona de Aragón.

HE DICHO.

COMENTARIOS

Y AMPLIACIONES AL DISCURSO

CON REMUSGOS Y MINUCIAS DE AUTOBIOGRAFÍA



I.°

LA BATALLA DE MURET

Aquellos esforzados aragoneses que un dia fueron con D. Pedro II á pelear y á sucumbir en los campos de Muret.....

Durante mi emigración en Francia por causas políticas, hube de fijarme en Provenza, donde recibí cariñosa acogida de los poetas provenzales. Procuré estudiar su lengua; llegué á dominarla lo suficiente para escribir en ella, y compuse un volumen de poesías provenzales bajo el título de *Liuen de ma terro* (Lejos de mi tierra), del cual formaban parte varias poesías rimadas y

otras en romance, género de poesía éste totalmente desconocido en Francia.

Esto hizo que un autor francés ilustre me dispensara el honor de decir en uno de sus libros que se me debía la introducción del romance español en la literatura de Provenza.

De mi obra formaba parte el siguiente romance en lengua provenzal, dedicado á recordar la batalla de Muret y la muerte en ella de nuestro rey de Aragón D. Pedro *el Noble* y *el Católico*.

LA BATAIO DE MURET

Metès en dòu vòsti violo,
O troubaire, e vòsti cant;
Metès en dòu vòsti vièsti
E tambèn vòstis oustau;
Barras li cor à la joio
E lis iue à la clarta,

Qu'es mort aquèu que de glòri
I'an pas couneigu'n rivau!
O bataio malastrado!
O jour de dòu prouvençau!

Ero vengu lou rèi Pèire
'mé la flour di Catalan,
Desplegado la bandiero,
La bandiero à quatre pau,
E sus lou camp de bataio
Rede mort èu es toumba,
La blessaduro à soun pitre,
L'espaso nuso à la man.
O bataio malastrado!
O jour de dòu prouvençau!

Que maudi siegue lou ferre
Que soun cor a trafica!
Subre soun cros li troubaire
Faran resclanti si cant;
La Prouvènço lagremouso
Sa mort long-tèms plourara,
E parlaran lis istòri
Sèmpre d'aquèu jour de sang.
O bataio malastrado!
O jour de dòu prouvençau!

Aro, comte de Toulouso,
Aro dounc de-que faras?
Quau auras pèr toun ajudo,
Quau auras à toun coustat?
Simoun de Mountfort, l'indigne,
Sus ti terro toumbara
Coume un nièu de sautarello
Toumbo sus un champ de blad!
O bataio malastrado!
O jour de dòu prouvençau!

O Muret, dins toun campèstre
Soun mort lou trelus rouman,
Li chivalié li plus noble
E la flour di majourau,
E l'antico independènci,
E la santo liberta,
E lou cor de la patrio
E l'aveni naciounau!
O bataio malastrado!
O jour de dòu prouvençau!

O Muret, perqué's toumbado
En ti champ la liberta,
E qu'au noum dòu Dièu dis ome

S'es versa lou sang crestian,
Que toun sòu counserve sèmpre
Li rougi taco de sang,
Maladicioun de l'Autisme
E marco de l'Infernau!
O bataio malastrado!
O jour de dòu prouvençau!

Que jamai l'auro óudourouso
Vèngue tis èr embauma;
E,—deserto ta campagno,
Deserto coume la Crau,—
Que jamai lou vènt refresque
Li cremour de tis ermas,
Ni jamai vèngue la plueio
Abéura ti gres brulant!
O bataio malastrado!
O jour de dòu prouvençau!

Jamai la douço auceliho
Aqui vèngue s'esgaia!
Jamai vegues li flloureto
S'espandi dins ti relarg!
Que jamai li pèd d'un ome
Vèngon toun sòu cauciga!

E que toun noum rèste sèmpre
Noum d'ourrour e de malan!
O bataio malastrado!
O jour de dòu prouvençau!

TRADUCCIÓN

Enlutad vuestras liras — oh trovadores, y [también] vuestros cantos; — enlutad vuestras vestiduras — y también vuestras moradas; — cerrad el corazón á la alegría — y los ojos á la luz, — que ha muerto aquel que en gloria — nunca conoció rival.

¡Oh batalla desastrada! — ¡Oh día de luto provenzal!

Había venido el rey Pedro — con la flor de los catalanes, — desplegada la bandera, — la bandera de las cuatro barras, — y en el campo de batalla — muerto de repente cayó, — la herida en su pecho, — la espada desnuda en la mano.

¡Oh batalla desastrada! — ¡Oh día de luto provenzal!

¡Que maldito sea el hierro — que su corazón atravesó! — Sobre su tumba los trovadores — harán resonar sus cantos; — la Provenza en llanto — su

muerte por largo tiempo llorará, — y hablarán las historias — siempre de aquel día de sangre.

¡Oh batalla desastrada! — ¡Oh día de luto provenzal!

Y ahora, conde de Tolosa, — ahora, pues, ¿qué vas á hacer? — ¿Á quién llamarás en tu auxilio, — á quién tendrás á tu lado? — Simón de Montfort, el indigno, — sobre tus tierras caerá — como una nube de langostas — cae sobre un campo de trigo!

¡Oh batalla desastrada! — ¡Oh día de luto provenzal!

¡Oh Muret, en tu campo — perecieron el esplendor romano, — los caballeros más nobles, — y la flor de los capitanes, — y la antigua independencia, — y la santa libertad, — y el corazón de la patria, — y el porvenir nacional!

¡Oh batalla desastrada! — ¡Oh día de luto provenzal!

¡Oh Muret, porque ha caído — en tu campo la libertad, — y [porque] en nombre del Dios de los hombres — se ha vertido [en él] sangre cristiana, — que tu suelo conserve siempre — las rojas manchas de sangre, — maldición del Altísimo — y estigma del Infierno!

¡Oh batalla desastrada!—¡Oh día de luto provenzal!

¡Que jamás las auras olorosas — vengan á embalsamar tu ambiente — y, desierta tu campiña,— desierta como la Crau,—que jamás el viento refresque — la quemazón de tus yermos,— ni jamás venga la lluvia — á humedecer tus arenas!

¡Oh batalla desastrada!—¡Oh día de luto provenzal!

¡Jamás las dulces avecillas — vengan aquí á juguetear! — ¡Jamás veas las flores — nacer en tus campos! — ¡Jamás la planta humana — venga tu suelo á hollar!—Y que tu nombre quede siempre— [como] nombre de horror y de espanto!

¡Oh batalla desastrada! — ¡Oh día de luto provenzal!

Nota. — He traducido esta poesía verso por verso y hasta palabra por palabra. según la costumbre, franca y leal, de que se valen los poetas provenzales para traducir las suyas al francés. Es la manera de que pueda apreciarse bien la composición, con todos los defectos ó bellezas que pueda tener, sobre todo por un crítico que desconozca el idioma original, se entiende si el crítico es hábil y justiciero. De otro modo, cuando se hace una traducción, sea en prosa, sea en verso, ó gana, ó pierde. Nunca es la verdadera expresión del autor, y así los críticos que juzgan por ellas, pensamiento aparte, juzgan á los traductores, no á los autores.

El romance que acaban de leer los que me dispensan el honor de prestar su atención á estos comentarios—á los cuales no sepa yo dar quizá todo el interés que deseara, — fué escrito en Aviñón por Julio de 1867, cuando estaba sufriendo la emigración política, de que antes hablé, y apareció en el *Armaná prouvençau,* que editaba Roumanille, única y modesta publicación que para dar á conocer sus obras tenían los pocos poetas provenzales que á la sazón figuraban.

Fué esta la primera composición de este género y de este asunto que se presentó al público. Veinte años después, en 1887, apareció la preciosa poesía de Félix Gras, actual ilustre *capoulié* de los felibres, dedicada al mismo asunto.

Y como de la de éste y de la mía trata el discurso que Mr. Marius André leyó en los Juegos Florales de Calatayud, y se inserta más adelante, me parece que debo publicar aquí ambas composiciones, aunque sea, naturalmente, en mengua de la mía.

Dice así la del insigne poeta Félix Gras:

LA ROUMANSO DÓU RÈI EN PÈIRE

A. F. Mistral.

Lou rèi en Pèire mounto à chivau,
E coume un lamp arribo d'avau.
A chivau,
Emé sa longo espaso
Arribo d'eilavau.

A cuirasso d'argènt, casco d'or,
Blouquiè d'aram que paro la mort.

Casco d'or
E lanço bèn pounchudo,
Noun s'enchau de la mort.

Lou pople brave e fièr d'Aragoun
S'aubouro e lou seguis, l'armo au poung.
D'Aragoun
Tout lou pople s'aubouro
E boundo, l'armo au poung.

Li dono e li troubaire an ploura:
Bessai lou rèi alin mourira!
An ploura,
Li dono tant poulido;
Dison que mourira!

Li Pirenèu menèbre, gigant,
Tremolon davans Pèire lou Grand.
Mount gigant
An saluda l'armado
Dóu rèi Pèire lou Grand.

I porto de Toulouso, un matin,
Picon li cavaucaire latin.

Un matin
Bandiero desplegado,
Arribon li Latin.

Vite li bèlli dono i balcoun
Saludon lou bèu rèi d'Aragoun.
I balcoun,
Moron d'amour li dono
Pèr lou rèi d'Aragoun.

Mai èu, qu'a lou cor tèndre, autant-lèu,
Estaco soun courrèire à l'anèu.
Autant-lèu,
A la plus bello damo
Vai porge soun anèu...

Noun i'a que lis estello qu'an vist
Lou parèu amourous dins lou nis.
Lis an vist
Se douna la becado
Coume d'aucèu au nis...

Lou rèi à la primo aubo èro dre
De-davans li pourtau de Muret;

Èro dre
Coume l'aubre di moure,
E sarraro Muret.

Mount-Fort e si crousaire, subran,
Sorton coume de loup, fan qu'un bram!
Zóu! subran
Li lanço s'entre-croson,
E s'ausis plus qu'un bram!

Pèire a sa lanço routo! n'es rèn!
Sa longo espaso sego, à-de-rèng.
Noun, n'es rèn,
Car soun espaso sego
Douge tèsto à-de-rèng!

Lou sang iè giscIo au poung, cremesin,
E taco soun chivau sarrasin.
Cremesin,
Se mesclo emé l'escumo
Dóu chivau sarrasin.

Ai! quatre lanço au cop fan soun trau!
E Pèire laisso ana sa destrau;

Fan soun trau
Li lanço empouisounado!
E lacho sa destrau!...

Plouras, dono e troubaire! es toumba
Lou rèi que pèr Toulouse se bat!
Es toumba
Subre l'erbo flourido...
E finis lou coumbat!

TRADUCCIÓN

El rey D. Pedro cabalga, y como un rayo llega de allá. A caballo y con su larga espada llega de allá.

Lleva coraza de plata, casco de oro, escudo de hierro que salva de la muerte. Casco de oro y lanza bien aguzada, se burla de la muerte.

El pueblo de Aragón, valiente y bravo, se levanta y le sigue con arma en puño. De Aragón el pueblo se levanta y le sigue, arma en puño.

Las damas y los trovadores se lamentan: tal vez el rey va á morir allí. Las gentiles damas se lamentan; dicen que va á morir allí.

Los Pirineos sombríos, gigantescos, tiemblan ante Pedro el *Grande*. Los montes gigantes han saludado la hueste del rey Pedro el *Grande*.

Á las puertas de Tolosa, una mañana, llaman los cabalgadores latinos. Una mañana, desplegada la bandera, llegan los latinos.

Las hermosas damas se asoman á sus balcones para saludar al buen rey de Aragón. En los balcones languidecen de amor las damas por el rey de Aragón.

Pero él, que tiene sensible el corazón, descabalga y ata su corcel á la anilla. En seguida, á la dama más bella le ofrece su anillo.

Sólo las estrellas han visto á la enamorada pareja en su nido. Ellas son las que les han visto arrullarse como palomas en su nido.....

El rey, al nacer el alba, aparece ante las puertas de Muret. De pie, como el árbol de las montañas, amenaza á Muret.

Monfort y sus cruzados, de repente, salen como lobos. Arrojan sólo un bramido! ¡Zou! De repente se cruzan las lanzas, y no se oye más que un bramido.

Pedro ha roto su lanza. No es nada. Su larga espada siega de un golpe toda la fila. No, no es

nada, porque su espada segó de un golpe doce cabezas en fila.

La sangre se desliza por su puño, roja, y mancha su caballo árabe. Roja, se mezcla con la espuma del caballo árabe.

¡Ay! Cuatro lanzas á un tiempo le han atravesado: Y Pedro deja caer su maza. Le han atravesado las lanzas emponzoñadas! Y Pedro suelta su maza.

Llorad, damas y trovadores! Ha muerto el rey que se batía por Tolosa! Yace sobre la hierba florida..... Y el combate terminó.

2.º

LA POESÍA DE MARCIAL

Y este fué el Marcial que escribió á sus compatriotas el soberbio epigrama.....

De este epigrama, que en el texto de mi discurso traduzco en prosa y casi al pie de la letra, hizo una hermosa traducción libre, en verso, el muy distinguido letrado y literato de Calatayud Sr. D. Juan Blas, cuya modestia hube de vencer para conseguir la copia que aquí traslado.

(Epig. 103.—Lib. II de Marcial)

Á SUS COMPATRICIOS LOS BILBILITANOS

Oh, nobles ciudadanos, que en la colina escueta
Donde se asienta Bilbilis ceñida del Jalón

Oisteis otro tiempo la lira del poeta,
¿Acaso en vuestros pechos aun resuena inquieta
Mi última canción?
Yo soy de vuestra patria la más preciada gloria;
En vano de los siglos el recio vendaval
Aventará sus muros, su nombre y su memoria;
Mientras el mundo exista se llamará en la historia
La patria de Marcial.
No más debe á Catulo su patria, que pregona
Sus triunfos y le ciñe con ramas de laurel.
En tenerme por hijo honrárase Verona.
¿Qué mucho si mi frente os pide esa corona
Que dió su patria á él?
Ya treinta y cuatro veces desde que yo partiera
Las ofrendas de Ceres llevasteis al altar;
Los Hados me tuvieron en Roma la altanera,
La nieve de los años blanqueó mi cabellera,
Y aun no os pude olvidar.
Por fin ¡oh, patria mia! retorno á los hogares
De donde tanto tiempo me tuvo ausente Dios;
Mas, si al pisar el suelo de mis paternos lares
Ingrata has olvidado mi nombre y mis cantares,
¡Adiós, mi patria, adiós!

JUAN BLAS.

3.º

LOS JUEGOS FLORALES DE BARCELONA

LOS PRECURSORES DEL REGIONALISMO CATALÁN

> ..... *muchos autores, de quienes no se ocupan, ni siquiera como precursores, las incipientes historias de literatura regional catalana, hasta ahora publicadas.*

Muchos son los folletos y muchos los artículos, ya en series ó ya sueltos, que aparecieron, relativos á la literatura catalana, interesantes algunos, de consulta y de utilidad suma; pero aquí sólo me interesa hablar de tres libros, muy reciente uno de ellos, que tengo á

la vista y que llevan nombre y carácter de estudio regional literario de Cataluña.

Los tres, en mi concepto, son una profunda equivocación de sus distinguidos autores.

Aun teniendo páginas muy bellas, y reconociendo su bondad y mérito, con apreciaciones sanas y justas, no corresponden á la noble intención que pudo inspirarlos. Flaquean por su base. Es que sus autores no comprenden la literatura regional catalana. Y no la comprenden, porque no la sienten.

De autor francés es una de estas òbras. Escrita en los bullicios de París, con la prisa del editor, ve las cosas desde lejos, las conoce por referencia, las adivina por intuición, y por impresión las juzga.

De literatos españoles, nacidos en tierra de Castilla, son las otras dos. Sus autores conocen evidentemente el idioma catalán; pero ninguno á fondo y como conocerse debe para formar concepto atinado—en sentido crítico se entiende—respecto á toda una región y á toda una literatura. Se ve así, claramente, por las traducciones en castellano que insertan de las poesías ó pasajes que copian. Á juzgar por la ilustración y el criterio que aparece en estos libros, no emitirían de seguro ciertos juicios á ser inspirados directamente por el original, y no, como con evidencia se deduce, por la traducción casi siempre infiel, que hubo de ser indudablemente la primera y única norma del desacordado crítico. Porque es así. La traducción, cuando no es

fidedigna, es un guía traidor y artero que lleva por descaminos.

De todos modos, estas publicaciones merecen elogio por su intento, y más aún lo merecen sus autores por su arriscada empresa en honor de la literatura catalana, que sale, por lo general, discretamente librada de sus manos, y hasta en talle de encelar á sus amigos y compatricios castellanos.

Pero algo hay que notar en estos libros; que no todo es orégano en el monte.

Uno, abierto, generoso y pródigo, lo alaba todo y á todos, con lo cual, excusado es decir que gana en apología lo que pierde en crítica.

En cambio el otro, de más cuido y más intencionado, peca precisamente por lo contrario, ya que, con habilido-

sas apariencias de rectitud, encumbra demasiado á ciertos escritores, apareciendo así rebajados otros. Y aun ésto, si fuese crítica verdadera, y hasta preferencia y simpatía en favor de algún autor, pudiera pasar, como no se viese que obedecía á determinante criterio político: todo ello cuidando mucho el autor de advertir que no lo tiene, con sólo decir lo cual demostraría tenerlo, si ya por ventura no se tropezara á cada paso con fulminantes anatemas al monstruo del liberalismo. ¡Ah! cuando se llega á semejante punto, ya no se critica, se critiquiza; y esto no es lo tácita y honradamente convenido al aceptar el que se llama apostolado de la crítica.

En estos libros, *por supuesto*, no se comentan más obras que las escritas

en catalán, y sólo por ellas se residencia á los autores, quienes brotan en tropel de aquellas páginas hospitalarias donde, sin embargo, ni están todos los que son, ni son todos los que están.

También cuando hay que citar á uno que ha escrito indistintamente obras en catalán y en castellano, de las primeras se habla sólo, que no de las segundas.

Y en cuanto á los demás, aun siendo naturalmente catalanes, como se hayan permitido escribir en castellano sólo, cual si ello fuese un crimen, se les condena al olvido y al ostracismo, se les desnaturaliza y arroja de la patria, negándoles el honor de ser inscritos en el libro de oro que trata de la literatura de su región. ¡Para que se vea cómo el *summum jus* es á veces la

suma injuria, y cómo esos rescriptos críticos que tratan de literaturas regionales sin la debida meditación, acostumbran á tener puntas de separatismo, sobre tener también otras muchas puntas de injusticia!

Semejante proceder es sencillamente un estigma, un *Inri*, con el que se marca á los que, siendo regionales, escriben en castellano, y este *Inri* ¡oh vergüenza! se lo deben, no á los catalanes, sino á los castellanos; que de Castilla son los autores de los trabajos á que me refiero. ¡Para que se vea por qué raros caminos se ejerce la justicia de Dios! Los más irreflexivos en acusar de separatismo á los demás, son los más prontos en armar celadas á fin de que, irreflexivamente también, se caiga en ellas.

Pero, volviendo á lo primero, es decir, á la manera de juzgar á los que escriben indistintamente en catalán ó castellano y tienen obras en ambas lenguas, ¿es así como deben ser juzgados, únicamente por sus trabajos en el idioma regional, callando ó cautelando los que han escrito en el nacional, como si producidos no fueran? ¿Así se examina á un literato, así se le estudia, así se falla, así se le enaltece ó se le condena, se le honra ó se le deshonra, tomando tan sólo en cuenta alguna ó algunas de sus obras? Á todo autor, cuando la crítica seria lo lleva á la barra de la opinión, se le juzga por el conjunto de sus producciones. De no hacerlo así, se comete la más irritante de las injusticias, si no es por parte del crítico la revelación prodrómica de

alguna morbosidad política, en cuyo caso ya todo queda explicado.

Con otra particularidad. Muchos de los literatos que son juzgados en los libros que á la vista tengo, lo mismo pudieran haber compuesto sus trabajos en catalán que en griego, pues que en ellos ni se trata de la región, ni de nada que de cerca ó de lejos le ataña y pertenezca.

Es más. Algunos no tienen de catalán ni la lengua, pues en la que usan ciertos modernos ó modernistas, ni yó la entiendo, ni creo que nadie pueda tampoco entenderla; de tal modo se han formado un idioma convencional cuajado de provincialismos, arcaísmos, neologismos y, sobre todo, de frases exóticas y vocablos puramente territoriales, aunque artísticamente presen-

tado todo con oropelesca vestimenta. Y mientras tanto, otros, como más adelante he de citar, por haber escrito en castellano precisamente sobre cosas de la región ó de su literatura, se ven proscritos y postergados.

Y lo que digo atinente á Cataluña, dígolo de las demás regiones, de todas aquellas en que se habla lengua propia.

También en estas historias regionales á que me refiero, y aún más singularmente á ciertos comentarios añadidos por una escritora ilustre, hay aquello de citar aisladamente una frase, un fragmento, unos versos incompletos, el párrafo ó las líneas de un autor, y por ello sólo juzgarlo.

Esto me recuerda lo de un famoso letrado, quien tenía por costumbre decir:

—Dadme una carta de amores, el sencillo billete de un amante á su amada, con la contestación de ésta, y hallaré fundamento y méritos bastantes para condenarle á él á un presidio y á ella á una galera.

Y ahora, confesándome y arrepintiéndome de haber dejado correr tan suelta mi pluma, vamos á lo único pertinente y que de estos libros importa para razón y fundamento de este comentario.

Pretendo demostrar por medio de él, reforzando así lo dicho con brevedad en el texto de mi *Discurso*, que se equivocaron las historias de literatura regional catalana, ó estuvieron deficientes por lo menos, al tratar de los precursores y orígenes del actual regionalismo de Cataluña.

Y como éste es asunto muy esencial para inquirir la finalidad que pudo tener aquel renacimiento literario, importa decir y aclarar algo que está confuso ó no bien definido, ó que tal vez se ha dejado aparte, intencionadamente, en tributo inhonesto á nepotismos literarios.

No hay que ir á buscar los orígenes y causas en trabajos aislados y efímeros de poetas más ó menos eximios que escribieron en catalán, coincidiendo con otros que hicieron lo mismo en Valencia y Mallorca por los años de 1840. No; todo aquello no significaba nada ni para nada montaba.

Aunque era yo entonces muy joven, casi un niño, pues que apenas si tenía diez y seis años, andaba ya metido en andanzas literarias con los estu-

diantes, mis compañeros, y recuerdo que á los que entonces escribían en catalán poesías sin calor ni color, sin pasión y sin luz, les llamaban *los inocentes*, nombre que también ahora, por singular coincidencia, se aplica á otro grupo de escritores catalanes.

Nada de todo aquello llegaba á la juventud ni al pueblo, como que ni lo sentía éste, ni tampoco los mismos autores de aquellas composiciones catalanas.

Esta es la verdad, y lo demás retórica.

Quienes realizaron el moderno renacimiento fueron, más adelante, los que alzaron la bandera de la libertad literaria y del pensamiento libre (no del libre pensador, sino del pensamiento sin trabas en el arte), los que lleva-

ron la poesía, la historia, la tradición, la leyenda al pueblo, los que bajaron al palenque dispuestos al combate.

¿Qué significaba aquella misma poesía *Á la Patria,* del ínclito Aribau, con ser como es tan alta y tan gallarda, si no llevaba intención alguna; si ni siquiera se apellidaba como luego se apellidó; si hubo de pasar muchos años poco menos que ignorada; si, como de ella misma se deduce y desprende, fué escrita solamente para felicitar en sus días á un protector y amigo?

Treinta ó cuarenta años después de su aparición fué esta poesía coronada en solemne sesión de Juegos Florales, y coronada, por cierto, con justicia; pero ni fué conocida ni tuvo resonancia hasta llegada la época del renacimiento, sin que pudiera ejercer en éste

influencia alguna, ya que por espacio de muchísimos años pasó inadvertida y desairada, con gran injusticia verdaderamente.

¿Y qué significaban también ¿qué? aquellas otras producciones poéticas, inanes y pueriles, *poesías de ninas y ninetas y fluviols sonants*, como dijo alguien, que de vez en cuando aparecían, si nada llevaban en ellas, si no despertaban un eco, si no tenían ambiente, ni horizontes, ni público; si eran voces aisladas que se perdían en la inmensidad del desierto, aun cuando luego, por eso de las afinidades políticas y de los nepotismos literarios, se haya querido decir y sostener lo contrario?

No, el público de entonces no se entusiasmaba más que por Espronceda, por Zorrilla, por García Gutiérrez, por

Víctor Hugo, por Alejandro Dumas, por todo aquello y por todos aquellos que bogaban avante, cruzando la mar del romanticismo y señalando en los obscuros horizontes la luz de una Jerusalén literaria.

Todo lo demás se perdía en el vacío.

Bullía entonces en Barcelona una juventud briosa, anhelante, desenfadada, que sentía algo, que preveía y predecía algo, que ansiaba lanzarse y que, incierta y atortolada, iba errante y vagabunda buscando un rayo de luz que diera calor á su entendimiento, satisfacción á sus deseos, expansión y clarividencia á sus ideas; juventud que llevaba consigo el ardor de la mocedad, la pasión del sentimiento, los alientos del combate, los rayos de futuras tempestades; juventud ansiosa de

emanciparse, con alientos de independencia, buscando forma y manera de encontrar algo, álgo que la libertase de la servitud literaria que le imponía Castilla y de los vientos huracanados que le enviaba Francia.

Al estado febril de los ánimos contribuía por mucho, como siempre contribuyeron en toda región y en todos tiempos, las ideas políticas, que son las que tienen el privilegio de impresionar, de sugestionar y de mover, y que son, también, las que casi siempre acompañan á las evoluciones literarias y artísticas.

Pasaron muchos años antes de que hallaran su centro y pudieran venir á común acuerdo, en una finalidad ajustada, todos aquellos hervores y raptos que respondían á sentimientos de glo-

ria, de aspiración, de esperanza y, sobre todo, de independencia literaria.

Era preciso encontrar un camino para aquellos alumbrados del arte, una válvula de salida para todos aquellos entusiasmos comprimidos.

Fracasó Ribot y Fontseré, poeta ilustre, con su *Emancipación literaria*, código preceptista en el que por algún tiempo se creyó haber encontrado un Real y una bandera.

Fracasó Covert-Spring (que así se apellidaba, traducido su nombre catalán al inglés), con su *Teresa ó la mujer del siglo XIX*, que quiso llevar al teatro, provocando en el público una manifestación de estrépitos y conflictos, como no recuerdo haber asistido jamás á representación escénica de mayor y más fiero tumulto.

Fracasó más tarde Milá y Fontanals con su *Fasque nefasque*. Y bien hubo de aquel fracaso, pues que entonces comenzó á emprender la senda, para él más conveniente y segura, que le llevó á ser, andando los tiempos, el amado y el maestro.

Fracasamos más adelante nosotros, Mañé y Flaquer, Coll y Vehí y yo mismo, con la revista de *El Genio*.

El camino de emancipación literaria no se encontraba, no aparecía, y quedó, como burbuja flotando al aire y evaporándose en él, aquella protesta temeraria y aquel reto incontinente que en las páginas del *Fénix* valentino, dirigiéndome á Vicente Boix, me arriesgué á lanzar un día intuitivamente á la literatura castellana, conminándola con el anuncio de que *Cataluña y Valencia*

se aprestaban á combatir con ella, en campo abierto, pendón contra pendón. Tan efímero y candoroso fué este reto en castellano, como inocentes y pasajeros habían sido todos aquellos otros versos en catalán.

El público continuaba indiferente á todas nuestras temeridades, arranques y propósitos. Por nada de cuanto le ofrecíamos se impresionaba, mirándolo todo con desdén profundo. Á nada respondía, y menos aún á los acentos que alguna vez que otra sonaban en catalán, perdiéndose en los aires. Si á los primeros con desdén, á éstos contestaba con rechifla.

Era renuente y también hostil á nuestros esfuerzos, cada vez más inclinado á todo lo que llegaba de Madrid y de París. Era en vano hablarle

del porvenir y de la patria, y de los vuelos y necesidades de la literatura catalana, la cual no era, en realidad de verdad, más que un pálido reflejo y menguada imitación de la castellana, pugnando inútilmente para librarse de la tutoría de Castilla y de la ingerencia de Francia.

Pero, por fin, llegó el día en que el público, es decir el pueblo, comenzó á tener necesidad de algo. Fué por sentirse ya preparado y predispuesto por todos cuantos le hablaban de Cataluña, de su historia, de su pasado, de sus tradiciones, de sus glorias.

¿Quiénes le habían preparado?

Pues no ciertamente los que le hablaban en catalán, sino en castellano. Y por cierto que todos le prepararon inconscientemente.

Tengo la seguridad de que ninguno de los que voy á citar, y muchos más que pudiera; ninguno —y éstos fueron, sin embargo, los verdaderos precursores, — ninguno pensaba ir adonde las cosas fueron. Alguno de ellos, por el contrario, antes hubiera roto la pluma que contribuir con ella á lo que vino.

Pablo Piferrer, por ejemplo.

Piferrer, literato de altos vuelos, insigne, hombre de méritos superiores, fué precisamente el adversario más tenaz que tuvo lo que hoy se llama catalanismo. No quería ni oir hablar de idioma catalán; reprobaba que en él se escribiera, y, sin embargo, con sus *Recuerdos y Bellezas* contribuyó como quien más, y contra su propia conciencia, á que la idea catalana se extendiera y tomara creces.

A la par de Piferrer, pero con mayor intensidad de influencia, hubo de contribuir poderosamente también al movimiento que se preparaba Francisco Pi y Margall con su *Cataluña*, que es la primera producción con que este autor apareció en la escena literaria. Esta obra ahondó en las masas mucho más que la de Piferrer.

Es de advertir que ya antes habían echado los jalones el venerable D. Próspero de Bofarull, con sus *Condes de Barcelona vindicados*, y el insigne Torres Amat, con su *Diccionario crítico de escritores catalanes*, á que siguieron luego después Juan Cortada con su *Viaje á Mallorca* y sus novelas de la Edad Media de Cataluña, su entonces popular y famoso *Bastardo de Entenza*, entre otras; Quadrado, con su traducción castellana

del Marsilio; Flotats y Bofarull (Antonio), con la traducción en castellano de la *Crónica de Don Jaime;* Illas y Vidal, con su célebre novela *Enrique y Mercedes ó el sitio de Barcelona en 1714,* que popularizaron en sus folletines todos los periódicos de Cataluña, y su drama *Un bara,* basado en tradiciones y recuerdos históricos del país; Jaime Tió, con su reproducción, continuación y notas del Moncada y del Melo, que fueron gran cartel de propaganda catalana, y con sus entusiastas dramas de asunto catalán *Generosos á cual más, Alfonso III el liberal* y *El espejo de las venganzas;* Luis Cutchet, con sus admirables estudios históricos *El Parlamento de Caspe* y *Cataluña vindicada;* Pers y Ramona, con su *Historia de la literatura catalana,* y el último de todos, entre otros

y otros, el que popularizó la leyenda de *Don Juan de Serrallonga* con el drama de este título, que corrió todos los teatros del Principado, viviendo aún, después de tantos años, en la escena catalana, y el que tuvo la suerte de reunir un día en asamblea literaria á toda la juventud catalana del porvenir, que en numerosa cohorte de jóvenes acudía á oir las lecciones de *Bellezas y glorias de Cataluña* que en castellano se daban, bajo los auspicios del Municipio barcelonés, en los antiguos salones del palacio de los Centellas.

Todas estas obras, y más que citar pudiera, se publicaron en castellano.

Fué entonces cuando algunos espíritus inclinados á romper vallas, leyes y trabas, se decidieron á seguir más acentuadas corrientes, lanzándose á es-

cribir poesías en catalán, á las que abrió camino, ya decididamente en forma moderna y de propaganda, la oda *A la Verge de Montserrat,* que obtuvo un éxito superior al que nadie hubiera podido imaginarse, éxito que podrá no ser justificado, pero que por ninguna otra obra de su género ha sido aún alcanzado. Se trató de encerrar en esta composición el lema de *Patria, fe y amor*, que debía ser luego el de la institución de los Juegos Florales; y aunque se publicó y ha seguido reproduciéndose siempre sin la *endressa* ó endereza final (por circunstancias que merecen respeto), todo el mundo sabía de memoria y repetía aquella endereza á una dama, que le daba carácter trovadoresco.

Y es que, al lanzarse á escribir poe-

sía catalana dichos jóvenes, intentaron hacerlo con cierta novedad que justificase su riesgo y su aventura, pues que eran entonces, en aquella sociedad influída por el idioma castellano y rebelde al catalán, toda una aventura y todo un riesgo.

En primer lugar, se trataba de escribir poesías que tuviesen color, ideas, sentimientos, luces y patriotismo, que no habían sabido encontrar los que en aquella época escribían en catalán, ya que sus composiciones, siquier fuesen bellas, ni habían salido del terreno del ensayo, ni traían consigo ninguna idea original, ni tenían interés y novedad, encerradas en el patrón y moldes de la vieja poesía castellana.

Y en segundo lugar, y principalmente, se tenía la pretensión (acertada-

mente inspirada por Luis Cutchet, el maestro de todos nosotros) de dar á la poesía catalana el corte de las antiguas provenzales, haciéndola, como eran aquéllas, subjetiva por un lado, es decir, con color personal y propio del autor, que se retrata hasta cierto punto en ellas, que cuenta á sus lectores lo que le pasa, lo que le apena, lo que le excita, y, por otro lado, sugestiva ó, como dicen los aragoneses, ensurizadora, es decir, atrayente, por ocuparse en cosas vivas, de actualidad, que impresionan al público y le interesan, lanzándole á seguir los movimientos de la opinión y enzarzándole en controversias y debates; que esto es lo que quiere decir la voz aragonesa *ensurizar*, que éstos eran el carácter, la significación y la novedad en literatura de la

poesía provenzal, y éstos los moldes que nosotros, yo el primero, quisimos dar á la catalana.

Entonces fué cuando, por primera vez, llegó la poesía catalana al pueblo, y éste respondió.

Pero aun así y con todo ello; con lo mucho que se repetían y declamaban por círculos, por cafés y por tertulias, aquellas composiciones catalanas; con todos aquellos libros y folletos que aparecían; con haberse ya caldeado la atmósfera y existir una agrupación de jóvenes entusiastas que iban por todas partes convertidos en apóstoles y propagandistas de la nueva doctrina; con tener aquella juventud hasta un periódico político diario (el de Luis Cutchet y de Eusebio Pascual Casas), que era su heraldo; aun así y todo, el buque esta-

ba en el astillero y no saltaba al mar. Inclinábase el público al movimiento, lo seguía con atención y también con simpatía, pero andaba receloso y una parte de él huraño.

Importa advertir que ya entonces, *sin saber cómo ni cuándo,* espontáneamente, como decirse pudiera forzando el vocablo, se habían ido formando entre los escritores catalanes dos agrupaciones literarias, que comenzaron teniendo el carácter privado de tertulias.

Llamaban á la una la de los *sabios,* y se reunía en un salón del primitivo Ateneo, cuando estaba muy lejos esta Sociedad de aquellas ínfulas y vuelos que había de tomar andando el tiempo. Autorizada aparecía la tertulia por la presencia asidua, bien pudiera decirse por la presidencia y jefatura, de D. Ma-

nuel Milá y Fontanals, y á ella habían ido á incorporarse Coll y Vehí y otros que se apartaron de nuestro campo, no sé bien si por error ó por desengaño.

Es de notar, que en este *retrospecto* —como diría si fuese académico americano de la República Argentina,—procuro no citar más nombres que de literatos ya desaparecidos, pues que á mi edad y en mis vejeces no quiero herir susceptibilidades. Verdad es que siempre cuidé de no herirlas, que ya desde joven procuré tener consideración y respeto á cuantos se ocupan de letras, bastante ingratas por sí solas y muy dispuestas siempre á dar desazones, sin que haya de venir cualquiera á echarle á uno su poquedad en cara y á la calle.

Llamaban á la otra tertulia la de los

bullangueros, y excusado es decir que ésta era la nuestra. Reuníase en el *Café Nuevo de la Rambla,* y la componían jóvenes de alma noble y franca, abierta á las inspiraciones de la fe y á los raptos del entusiasmo. En días señalados, acudían todos á una casa del Pasaje Bernardino, en cuyos hospitalarios salones se celebraban veladas literarias, que fueron, si no recuerdo mal, las primeras reuniones de esta clase que se dieron en Barcelona, causando gran novedad la cosa.

Aunque la concurrencia era de caballeros en su gran mayoría, iban también varias damas, entre quienes descollaban algunas que gozaban nombre y disfrutaban fama de literatas y poetisas.

Allí aparecía de vez en cuando la

discretísima Josefa Massanés, renombrada por sus virtudes, su modestia y su talento, aquella excelente poetisa Pepita Massanés, según familiarmente se la llamaba, que más tarde, en el ocaso de su vida, muertos sus padres, su esposo, sus amigos, sin hijos ni familia, se retiró á uno de esos hermosos valles que goza Barcelona al pie del Tibi-Dabo, entregada sólo á obras de caridad y beneficencia, viviendo poco menos que aislada y solitaria en su modesta casita, allí cautelada y reclusa como en una celda caliente sólo del amor de Dios.

Allí se presentaba siempre Isabel de Villamartín, con todos los esplendores y atractivos de su escultural belleza, con todas las excelencias de su alma hermosa, con todos los alardes de

su peregrino ingenio y todas las fiebres y alborozos naturales en sus entusiasmos de poetisa neófita; aquella Isabel que debía más tarde alcanzar en buena lid los primeros premios de Juegos Florales.

Allí también Madrona Renart, de quien no sé si llegaron á publicarse, ó se perdieron, las bellas composiciones que hubo de dejar escritas; gallarda dama, de buena sociedad y gusto exquisito, perteneciente á la familia de aquel Renart, autor de *La Layeta de San Just,* y lectora admirable, en cuyo arte no creo que otra dama alguna la aventajara, como no fuese la hermosa joven Montserrat Vives (hija de la célebre escritora María Mendoza de Vives), que acostumbraba á honrar alguna vez aquellas veladas en compañía de su

señora madre, y que leía las poesías, especialmente las catalanas, con todos los primores de la seducción y del encanto.

Ya todas esas nobles damas desaparecieron partiendo á mejor mundo, como idos son ya también y ausentes para siempre casi todos los que con su talento esclarecido concurrían á aquellas veladas para dar aires, según entonces se decía, á los entusiastas jóvenes que se presentaban con briosa temeridad, no siempre refrenada por la prudencia, á defender la libertad del pensamiento, la libertad de la prensa y la libertad del arte, de que entonces se carecía y por las cuales se pugnaba.

¡Ah! Los que ahora escriben con todas las facilidades y todas las independencias, sin más trabas que las im-

puestas por la consideración moral y el respeto público, de que algunas veces suelen abusar por convertir la libertad en licencia; los que ahora critican tan desenfadadamente desde su tribuna libre lo mismo á pasados que á presentes, no saben ni imaginar pueden siquiera lo que era para aquéllos el escribir con pluma sujeta al fiscal de imprenta, al censor de teatros y á la absurda ley que entonces regía.

Iba diciendo que han muerto ya casi todos los que concurrían á aquellas veladas literarias, y en ellas brillaron: Luis Cutchet, varón integérrimo, carácter independiente y libre, sostenedor de todo lo bueno en lo antiguo para enlazarlo con todo lo bueno en lo moderno; hombre de convicciones arraigadas, escritor purísimo, progre-

sista honrado y del temple y madera de aquellos progresistas de que ahora se burlan sus degenerados descendientes, mi maestro y maestro de todos: el que nos conducía, lo mismo en política que en literatura, por los caminos de la verdad, de la justicia, de la razón, del derecho, de la virtud y de la belleza, separándonos de toda escuela falsa ó viciosa:

Francisco Camprodón, el autor de *Flor de un día*, drama que vive y vivirá á pesar de sus defectos: la primera obra dramática para la cual los teatros catalanes aumentaron el valor de la entrada, tal era la concurrencia que atraía y tales los entusiasmos que provocaba: Paco Camprodón, según le llamábamos, que á veces ocupaba él solo toda una velada y quedaba para otro tanto:

Joaquín de Helguero, amigo del alma, á quien se apellidaba el poeta de las damas por la ternura y delicadeza de sus pensamientos y composiciones, que han quedado desconocidas, y que murió pobre después de haber ocupado altas posiciones políticas en la Administración del Estado, lo cual es su gloria póstuma:

Salvador Estrada, que en medio de sus rarezas y hurañías, de su testarudez clásica y sus escrúpulos gramaticales, era un hombre de recto sentido, guía experto, gran conocedor de los idiomas catalán y castellano, autoridad en ambos, pero sobre todo en el primero, y escritor correcto y sabio; Salvador Estrada, el que tuvo un duelo con Antonio Bofarull sólo por la mala aplicación de un acento circunflejo.

Eusebio Pascual y Casas, que comenzó sus campañas literarias en aquellas veladas y sus políticas en el periódico *El Conceller*, de donde luego salió para más altos vuelos y más ancho campo:

Luis Roca el leridano, el cantor de Nelly, el que trovaba á orillas del Segre, poeta dulce y tierno si los hubo:

Francisco de P. Franqueza, el de sangre almogavar y el de raza pirenaica, que llegaba de Gerona para leernos sus viriles cantos montañeses:

Manuel Angelón, que tiene título legítimo entre los precursores por su *Corpus de sangre* y por todas aquellas sus novelas de asunto catalán, populares en toda Cataluña:

Manuel Torrents y Serramalera, el diputado, que por sus largos años de

residencia en Francia sólo escribía en francés, composiciones por cierto admirables y hoy ya desconocidas, como una que recuerdo dirigida á su patria Moyá, — que al regreso de su emigración política encontró arruinada y casi desierta, — la cual concluía con este verso:

Moyá n'est plus pour moi que un vaste cimetière:

Puig y Llagostera, el famoso, el que un día tanto dió que hablar y decir en España y que entonces se ocupaba sólo de versos y de propaganda en favor de la juventud literaria:

Guillermo Forteza, el de peregrino ingenio y espíritu indomado, que en la primera reunión se presentó calzado el pie izquierdo con un zapato y el derecho con una bota, diciendo que por

tratarse de una velada literaria iba con un pie dáctilo y otro espondeo:

Y, en fin, entre otros muchos que no cito para no hacer esta lista interminable, Vicente Boix, que á veces se presentaba de repente, recién llegado de Valencia, para leernos algunas de sus bellísimas poesías y páginas de aquel *Encubierto* y de aquella *Játiva*, que tanto se popularizaron por Cataluña y por Valencia y tanto contribuyeron al movimiento literario que comenzaba.

En estas veladas y con estos concurrentes, que no se mencionan en esas historias regionales sin regionalismo, es donde nació y tomó forma la idea de los Juegos Florales, que me apresuré á iniciar en la revista de la Sociedad Literaria y Filarmónica, revista á la que

expresamente se puso el título de *La Violeta de oro* para desde el primer número convertirla en abogado de nuestra causa y heraldo de nuestra empresa.

Y así, así fué como se hicieron las cosas, así como nació y se desarrolló aquel movimiento, obra de todos y no exclusiva de personalidades determinadas (1).

Y así comenzó el renacimiento literario, y así acabaron por aparecer en Barcelona los Juegos Florales; así, buenamente, sin pensarlo, como obra de todos en general y de nadie en particu-

---

(1) No puedo menos de consignar aquí, aun cuando esto me robe simpatías — la verdad ante todo, — que dos mantenedores de los siete que constituimos el primer Consistorio de Juegos Florales de Barcelona, el Sr. D. Juan Cortada y yo, opinamos que en los certámenes se debía admitir también las composiciones que estuviesen escritas en lengua castellana.

Nuestra proposición no fué aceptada.

La Violeta de oro, es decir, la revista que pedía la restauración de los Juegos Florales, y que la alcanzó, estaba escrita en castellano.

lar, á manera de lo ocurrido con la nave *Princesa de Asturias* en estos mismos días que ocupo en escribir estas líneas.

Ya la nave, obra de todos, se alzaba airosa y gallarda en el astillero. Ya estaba conclusa y sobre las gradas; pero no avanzaba. Los maestros andaban desconformes, con regaños los unos, con profecías los otros, inquietos algunos, revueltos los más y todos azarados; pero cuando menos se esperaba y cuando nadie lo creía, el buque se puso en movimiento por sí solo, sin auxilio de nadie, y se fué tranquilamente al mar.

Desconociendo esto y otras muchas cosas, y desconociendo también el idioma, que conocerse debe muy á fondo para juzgar á los que le manejan, no se pueden escribir historias de *literaturas*

regionales, aun cuando sea por autores tan inteligentes y aun cuando aparezcan los libros con todas las licencias necesarias. Siempre les faltarán las licencias de la verdad y de la historia.

Porque la verdad acaba por asomar y por imponerse, aun cuando se la oculte. Y por lo que á historia toca, no basta saberla.

Hay que ir en ella.

4.º

PELIGROS DE LA EXAGERACIÓN

El regionalismo es bueno y santo cuando no se exagera, cuando no traspasa sus límites.....

No hay que exagerar nunca. La exageración lo destruye todo y lo mata, porque desde el primer momento traspasa los límites de lo justo, de lo verdadero, de lo razonable. Toma en seguida carácter de fanatismo, y el fanatismo provoca, en unos la compasión ó el desvío, y en otros el desdén ó la saña.

En buen hora que se escriba en ca-

talán. Así debe ser y así deben hacerlo, sobre todo los que tengan vocación y lo sientan, y sepan sacar de él y hacer brillar todo lo que tiene de bello, de esplendoroso, de varonil, de dulce y de gallardo.

Porque es así. El catalán es idioma maravilloso y excelente como pocos, y ya Cervantes, en su *Pérsiles y Sigismunda,* lo llamó «graciosa lengua, con quien sólo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable»; pero, confesarlo es fuerza, y así lo expuse ya por Noviembre de 1884 en plena sesión de la Real Academia de la Historia: el catalán no es hoy lo que fué en otras épocas; la gran mayoría de escritores y lectores españoles lo desconoce, y es por ende mal juzgado en los círculos literarios de nuestra nación.

Esto hace que no se estime y gradúe toda la importancia, riqueza y valía de nuestra moderna literatura catalana, que asombra á quien la estudia y penetra en ella. De aquí, por ejemplo, que ciertas obras de ciencia, de historia, de arte, escritas en catalán, no alcancen toda su fama, ni tengan toda la resonancia, ni consigan el fruto y la utilidad que debieran y merecen, siendo como son, por lo general, obras escritas con amor, pensadas con crítica, que obedecen á levantados propósitos, y que son archivo de comentos interesantísimos para el arte, para la ciencia, para la historia y para la literatura.

¡Si, al menos, los autores catalanes hicieran lo que los provenzales: publicar sus obras con la traducción castellana á la vista!

En buen hora que los poetas catalanes escriban en su idioma, pues por regla general, aunque con excepciones brillantes, el poeta necesita escribir en la lengua de su cuna y de su infancia, aquella en que aprendió á balbucear el nombre de su madre y á orar á Dios. En buen hora también que así sea, por la circunstancia de ser el verso catalán infinitamente superior al castellano, ya que por la concisión, sobriedad y riqueza de aquella lengua puede exponer mejor el pensamiento, que hay que desleir ó ampliar en castellano.

Son pocos, en verdad, los poetas catalanes que, escribiendo en lengua de Cervantes, hayan logrado adquirir fama y llegar donde llegan los de alto vuelo, mientras que hay muchos en Cataluña, Valencia y las Baleares que,

en su idioma, rivalizan con los más eminentes líricos castellanos.

En cambio, si esto sucede así con respecto á los poetas y á la poesía, ya no es lo mismo con la prosa y con los que la escriben. La majestad, la pompa, el orientalismo, la magnificencia, belleza y primores de la prosa castellana no tienen rival en ninguna de las lenguas que hoy se hablan; y si los catalanes no llegaron á sobresalir, más que por medio de contadas excepciones, en la poesía castellana, son muchos los que en la prosa se abrieron camino, llegando allí donde sólo llegan los elegidos y los maestros.

Quiere decir todo esto, y mucho más que decir pudiera, que por parte de mis paisanos, colegas y compañeros, los escritores catalanes, no debie-

ran llevarse las cosas á la exageración ni al punto extremo á que algunos las encaminan y llevan.

Dejando aun aparte muchas é importantes consideraciones, y atendiendo sólo á los intereses sagrados de Cataluña y á los no menos respetables de todo autor que sea digno de serlo, precisa tomar en cuenta que hoy hablan y leen el castellano millones de individuos entre la Península y América, mientras que el catalán sólo centenares lo entienden, y de éstos, de los que lo hablan, sólo una mínima parte sabe leerlo, y otra, más mínima aún, escribirlo.

Un ejemplo reciente puede citarse para demostración de lo que digo:

Hace pocos meses el digno é ilustre Sr. Presidente del Ateneo de Barcelona

quiso hacer en catalán el discurso que es de rúbrica y reglamento para inaugurar las tareas literarias de aquel Instituto. Fué la suya una brillante oración en honor y loa de Barcelona y Cataluña, de sus glorias y su lengua. Abrióse una suscrición pública para imprimir aquel trabajo, que bien lo merecía, y se tiraron miles de ejemplares que pródigamente se repartieron, enviándose principalmente á Centros, Ateneos, Casinos y Sociedades de los pueblos, ciudades y villas del Principado. Pues bien, á pesar de todo ello, el discurso ha quedado sin eco ni resonancia; lo cual ciertamente no hubiera sucedido, siendo como es tan notable, si se hubiese publicado en castellano, ó con versión castellana al menos junto al original catalán. También, á ser asi,

lo hubieran reproducido, en todo, ó en parte, los más populares periódicos de España, que de ello se vieron forzosamente privados.

En cambio, yo sé lo que pasó con el trabajo de otro autor, publicado hace algunos años, y escrito bajo la misma impresión, con la misma idea, la misma tendencia y el mismo asunto que el del Sr. Presidente del Ateneo, trabajo que éste debió tal vez recordar ó tener á la vista para redactar el suyo. Por estar escrito en castellano se hicieron cinco ediciones en Barcelona, cuatro en Madrid y veintidós en las Américas españolas.

Cataluña y sus intereses son los que de esto y por esto sufren. La víctima de la exageración es la tierra catalana, á la que se castiga queriéndola enaltecer.

No es momento éste para discurrir ni discernir acerca de los idiomas castellano y catalán. Ambos son mejores. Los dos tienen su historia y sus fastos, su abolengo y sus excelencias

Hubo, en tiempos lejanos, un momento histórico en que acaso, acaso, hubiera sido mejor y más conveniente que el catalán, ya entonces idioma literario, hubiese prevalecido sobre el castellano, que no lo era aún, como quizá hubiera sido mejor cien veces que la Corona de Aragón hubiese prevalecido sobre la de Castilla en ser cabeza de la nación, ya que ninguna mejor que aquélla podía ser entonces, por las circunstancias del momento y por razones históricas, el alma máter de España; pero no fué así.

Hay que aceptar los hechos consu-

mados, sobre todo cuando han creado intereses y cuando por sucesión de años y de siglos han venido á solidificarse. El Sumo Pontífice resolvió hace poco en este sentido una cuestión que amenazaba alterar la paz del mundo.

Discutirlos, evidenciar el error cometido para que en circunstancias parecidas ó semejantes pueda obrarse con mejor acuerdo, es la misión del sabio.

Desconocerlos, negarlos, oponerse á lo que no tiene remedio, empeñarse en lo imposible, es la tarea del extraviado.

Las cosas son como son, y el no tomarlas como son acostumbra á ser causa de ruina.

Yo de mí sé decir que tiene aun que nacer el que superarme pretenda en amor y servicios á Cataluña. Pues bien: yo conseguí para ella con mi conducta,

y por mi camino, lo que no hubiera ciertamente alcanzado con la conducta y por el camino que siguen algunos que alardean de ser, no más que yo catalanes, pero sí más catalanistas, que es el vocablo corriente, vocablo no bien definido y mal usado por los que, según parece, aspiran á ser más catalanes que el catalán, es decir, más realistas que el rey.

Tengo yo conciencia de que, valiéndome del idioma castellano, hice muchas veces sentir en catalán á castellanos, mientras que, valiéndome del catalán, jamás aquéllos hubieran dejado de sentir en castellano.

Hay que hablar, y guardar, y custodiar el catalán, pero sin intransigencia. La intransigencia no conduce á nada práctico. Los que se aislan viven

solos como la boya en el mar, sin ser útiles á sus semejantes, sin serlo á su región, sin ni siquiera serlo para ellos mismos. Por el camino del egoísmo sólo se va al campo del desierto, y todo, todo se pierde en soledad y desabrigo.

Como hay también, entendámonos, necesidad imperiosa y positiva urgencia de dar unidad y dirección á la lengua catalana, á fin de que termine la desazón en que vive y no suceda, por ejemplo, que lo que ahora aparece escrito en verso resulte mala prosa andando el tiempo, según lo que en futuras gramáticas, ortografías y léxicos se preceptúe tocante á vocales, apóstrofes y vocablos.

Lo primero, lo más urgente es fijar y limpiar la lengua, dándole unidad, y con la unidad la ley.

Como no se haga así, y pronto, en vez de dar nueva vida al catalán, le habrán dado muerte.

Podrán mis consejos no ser atendidos; pero de buena fe los doy á quien los necesita, aunque no me los pida.

Consejos desinteresados son, que otros no pueden darse cuando se tienen la costosa experiencia de una vida de setenta y dos años y un pie en el sepulcro, cuando ya para mí no existen auroras ni celistias matinales, sino crepúsculos y negrores vespertinos. Doy por vez primera estos consejos, síganse ó no, porque ayer he probado con toda mi larga vida que, sin amor para mí, lo tuve para todos, y porque hoy, viva mi conciencia y serena aún la mente, ausente el odio de un corazón donde sólo residen tristezas y añoranzas, des-

vestido de todo rencor y de todo amor vestido, ni otro pensamiento tengo ni otra cosa alcanzo á ver que el porvenir de Cataluña con el engrandecimiento de España.

5.º

LA LITERATURA CATALANA

Es hora ya de que no sea sólo en Madrid donde se repartan y distribuyan patentes de nombradia.....

Irradia y fulgura como la que más la literatura española, y á la par de la más alta se eleva sin estrépitos ni arrogancias; pero mayor fuera aún su foco luminoso y más fuerzas vitales tuviera, si la crítica ciente se prestara á comprender dentro de ella á las literaturas regionales, que tan españolas son como la castellana y tan valioso contingente aportan al acervo de la común patria.

Hora es ya, me parece, de que se dé cédula de vecindad ó carta de naturaleza, según llamársela quiera, á todas esas colectividades ibéricas que, en el seno de la madre España, alzan su voz y levantan templo y púlpito para reclamar un puesto de honor en la Asamblea general de las ciencias y progresos humanos.

Los catalanes, los gallegos, los vascos, con su idioma propio, por un lado; los aragoneses, los andaluces, los asturianos, los extremeños, etc., etc., por otro, cuentan con obras de valía y con autores de primera línea que tienen derecho á ser atendidos, á ser juzgados y, sobre todo, á ser inscritos en el libro de honor donde se registran los fastos literarios de la patria española. Estas literaturas se hallan en camino de pro-

greso y afirman su existencia al lado mismo de la castellana, hoy tan alta y tan valiosa.

La literatura catalana, por ejemplo, que es entre las regionales la que mejor conozco y más estudiada tengo, se cree con derecho perfectamente legítimo á escribir y hablar en su idioma regional, por ser el que mejor cuadra y conviene á su espíritu, á su tendencia y á sus intereses morales.

Pasan de quinientos, y más, los autores lemosines que han florecido en este siglo y florecen desde el período de renacimiento que comenzó á mediados del mismo, contribuyendo á él, juntamente con Cataluña, las Baleares y Valencia.

De estos quinientos, ¿cuántos hay que sean conocidos en Madrid y de ellos

se hable en la historia de la literatura española del siglo XIX? No pasan seguramente de diez ó quince. Y aun éstos no pueden ser bien juzgados, ya que las pocas traducciones castellanas por las que son conocidos, distan mucho de ser fieles y exactas. Verdad es que de esto último, y sea dicho aquí de paso, pues ya de ello hablo en otro lugar de este mismo libro; verdad es que los autores catalanes tienen su miaja de culpa en ello.

Y mientras esto sucede en Madrid, cabeza ya que no corazón de España, en países extranjeros no son solamente doce los autores lemosines conocidos y comentados; son cincuenta, son ciento, son muchos más todavía.

De doscientos autores modernos catalanes pasan las traducciones impre-

sas que he tenido á la vista y que se custodian en la Biblioteca de Villanueva y Geltrú, por mí creada. Las hay en francés, en alemán, en sueco, en húngaro, en italiano, en inglés, en ruso, en rumano, en provenzal, en portugués, en latín mismo.

En Suecia, traducidas por Lidffors y por Björkman, y en Alemania, por nuestro gran hispanófilo Fastenrath, se imprimen, y también se representan, obras dramáticas catalanas, al propio tiempo que con profusión circulan antologías de numerosos poetas lemosines, unas y otras totalmente desconocidas en Madrid.

En Francia son muchos los traductores de obras catalanas y muchos los que han escrito libros y artículos críticos para dar á conocer esta nuestra li-

teratura regional, rama poderosa y fecunda de las letras españolas.

Federico Mistral, Aquiles Millien, el barón de Tourtoulón, Teodoro Aubanel, Pablo Meyer, José Roumanille, Paul Arene, Leoncio Cazaubon, Pablo Marieton, Félix Gras, Matfre de Beaugé, Julio Ruelle, Contamine de Latour, J. B. Crouzillat, A. Tardieu, Mario André, Justino Pepratx, Sarran d'Allard, Alberto Savine y otros muchos, han sido en Francia los traductores, heraldos y preconizadores de esa nuestra literatura levantina, aquí, sin embargo, tan clásicamente ignorada.

En Alemania lo han sido Rosenthal y Fastenrath. En Suecia, Eduardo Lidfors y Göran Björkman. En Hungría, Szalay y Huszár. En Inglaterra, Bonaparte Wyse y Mac Carthy. En Flan-

des, Pol de Mont. En Italia, el ilustre patricio Marco Antonio Canini; Ernesto Rossi, gran artista que tradujo y representó tragedias catalanas; Luis Bussi, el prelado; Arnaldo Bonaventura, eximio poeta de Pisa; los sicilianos Portal, Cannizzaro y Savatini, y los napolitanos Cardona y Padula. En Holanda, Smit Klein.....

Y otros, y otros que no recuerdo en la precipitación con que escribo estas líneas, lejos, por el momento, del centro donde obran los antecedentes; sin contar con los muchos é insignes poetas y escritores americanos que han contribuído eficazmente á extender por aquellas apartadas tierras las obras de nuestra literatura catalana, que aquí, para mayor claridad, he de llamar indistintamente catalana, lemosina ó le-

vantina; pues que en ella comprendo la valenciana y mallorquina, que no quieren confundirse con la catalana, pero que responden á la lemosina.

Es realmente causa de duelo y de pena para nuestras letras el ver á esa literatura catalana, tenida tan en cuenta por los centros literarios de ambos mundos, poco menos que ignorada en los de Madrid, que hasta tienen de ella una idea falsa, donde sólo es conocido un corto número de esa alentosa cohorte de escritores, cuya gran mayoría sería aceptada con orgullo por cualquiera de las naciones más cultas.

Yo no soy, dicho sea con verdad, muy aficionado á la crítica, sobre todo cuando se ejerce por oficio, que entonces es industria, y no por voluntad ó vocación, que entonces puede ser vir-

tud. Suele suceder en el primer caso que acierte á tener el crítico algo del delator, y la crítica venga á ser por ende casi siempre injusta, muy á menudo estéril y muchas veces homicida.

Acaso estaban en lo cierto los provenzales de la Edad Media, cuando por única definición de la voz *crítica* consignaban en sus léxicos la de *sesrazó;* es decir, *sinrazón,* ó sea acto ejercido contra justicia y fuera de lo razonable ó debido. Acaso anduvo acertado también Catón el latino, cuando llamó á los críticos *vitiligatores*, que es algo como apellidarlos voceadores ó charlatanes públicos.

Pero, en fin, esto aparte, debo reconocer y reconozco, debo confesar y confieso, que la crítica de Madrid, por regla general, es levantada y seria,

contando con ilustres maestros; pero tiene una debilidad: la de la Puerta del Sol. Lo que no pasa allí, en ninguna parte pasa. No existe; no ha existido.

La crítica castellana de Madrid, no obstante lo que alcanza de alto y de noble, fija poco ó nada su atención en esos grupos de autores que viven á la luz del sol y bajo el cielo de España. Esto no es justo. Y, á más, es antipatriótico. Y, á más, es contrario á la unidad, ya que la unidad ha de ser la atracción y la justa correspondencia. Si la crítica es un magisterio, debe ser forzosamente justa, imparcial, benévola, tolerante y altruísta.

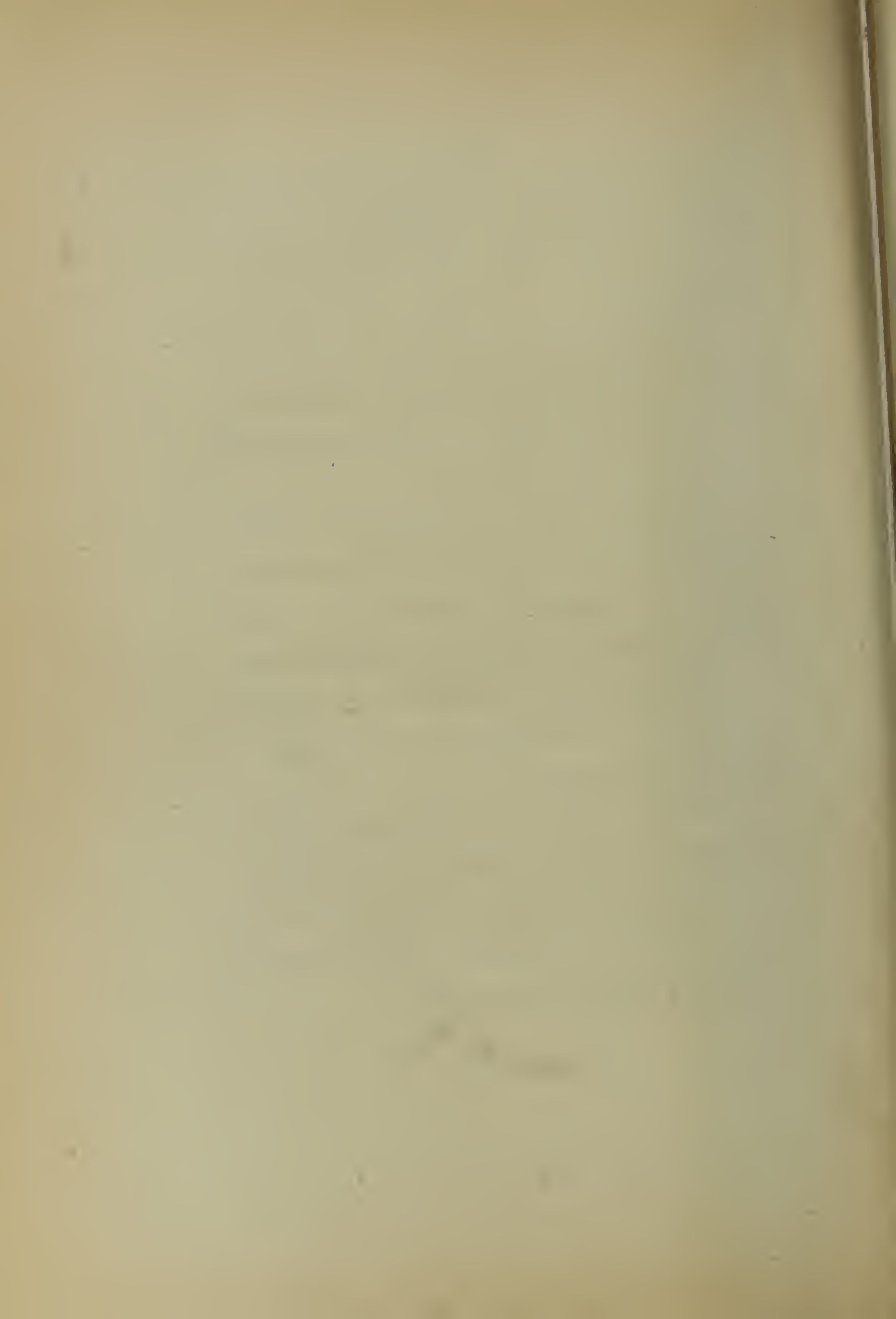
Cuando se cita á uno entre los demás, es uno de tantos, uno entre otros, uno entre todos los citados. Cuando no se le cita, cuando se le omite, inten-

cionadamente á veces, es uno solo, y uno solo es todo. Y acostumbra entonces á ser todo, sin quizá merecerlo y sin pensarlo.

Nada hay más expuesto y peligroso que la preterición. Y así es como con ella y con el desdén se abre camino al apartamiento y al desvío.

Estamos todavía á tiempo. No debe seguir Madrid por este camino, ni tampoco por el suyo las literaturas regionales, singularmente la catalana, que en determinados momentos extrema su actitud, actitud que en el fondo es más aparente que cierta.

Estamos todavía á tiempo, repito. Con un poco de buena voluntad por parte del centro y otra poca por parte de las regiones literarias, todo acabará en bien y en gracia de Dios.



6.º

HACER REGIÓN ES HACER PATRIA

Hay historias llamadas de literatura regional que no reconocen en la región más autores que los que escriben en el idioma propio de la misma, como si los demás fueran bastardos.

Felíu y Codina, maestro en lengua castellana, y también en la catalana, autor dramático, ilustre entre los más ilustres, es quien ha dicho y ha escrito que hacer región es hacer patria.

Y así como lo dijo y escribió, así lo hizo.

Felíu y Codina tiene acerca de la

región ideas claras y precisas. La siente. Es regionalista puro, de ley, de carácter, de temple, de convicción y de estudio. Predica con su ejemplo. Traza y señala un camino, pero se adelanta á todos y avanza á la cabeza de los demás.

Así ha de ser. Quien primero descubre un vado, debe arriscarse. Lo pasará con riesgo y con peligro, es cierto, pero lo enseñará á todos.

No es sólo Felíu uno de los más altos autores dramáticos de nuestra Cataluña en esta época, sino que es quien ha llevado la región al teatro castellano.

Encontró algo nuevo, algo que no era una tesis, ni un problema, ni un símbolo; algo que no era modernista, ni decadentista, ni impresionista; algo que él sentía profundamente, algo que era verdad, que era nacional al mismo

tiempo, y lo llevó á la escena. Pasó el vado.

Y el público respondió.

Las obras dramáticas de Felíu obedecen al concepto y al sentimiento que de la región tiene. Son el regionalismo y los Juegos Florales en el teatro.

Así el autor *regional*, como el público *nacional*, llenan y cumplen su misión.

Y es que Felíu y Codina, apareciendo como el poeta más *regional* en estas circunstancias, ha resultado ser el poeta más *nacional* en la escena española.

El autor habla al público de cosas que á éste agradan, con las que está familiarizado, que entiende y siente, que interesan á su corazón, á sus afinidades, á sus sentidos, y no le marea y embarulla con parábolas imposibles y problemas irresolubles.

Y el público, por su parte, va á las obras de Felíu tranquilo y sosegado, con ánimo de aprender y propósitos de gozar, no como antes, encelado, receloso y febril, más atento á las luchas de la sala que al interés de la escena, más dispuesto á la riña que al aplauso, y pronto á mezclarse en las contiendas y tumultos que parecían ser ya inseparables de todo estreno.

Del teatro de Felíu se sale como se salía en los buenos tiempos de Hartzenbusch, de García Gutiérrez, de Bretón, de Ventura de la Vega, de Ayala y de Tamayo. No se sale como de una taberna, rugiendo, aullando, liada al brazo la pañosa y pronta la mano á blandir el guadijeño.

Es Felíu el ejemplo mejor que puede presentarse del regionalista.

Ha escrito mucho en catalán, y volverá á escribir; es un mantenedor fiel de la lengua y de la región catalanas; pero es también un maestro en castellano y un apóstol de la patria española.

Pues bien: ¿no es triste y doloroso, y sobre todo injusto, que siendo autor tan eximio y que tanto honra á la región catalana, donde vió la luz y donde hizo sus primeras armas; no es triste, repito y pregunto, que en un libro escrito sobre el regionalismo catalán, se le cite sólo entre los del montón, y aun sólo por sus obras catalanas, desdeñando hablar de sus muchas obras escritas en castellano? Así se guarda silencio sobre su admirable trilogia de *La Dolores, Miel de la Alcarria* y *María del Carmen,* trilogia que ha venido á realzar la

escena castellana, convertida por un momento en una serie de equivocaciones y de éxitos dudosos.

Afortunadamente para Felíu, poco puede importarle esto. Conociendo su gente, bajó á la plaza para dar lecciones á la cabeza del toro. Su nombre está hoy por encima de todos los olvidos, de todas las infidencias y de todas las pretericiones.

Vino á Madrid á buscar el triunfo, y lo alcanzó manejando un idioma que no es el suyo y que no tiene ciertamente las facilidades y franquezas que ahora tan desdichadamente se conceden al idioma catalán, con el que hoy es sencilla cosa la de alardear de autor y de poeta, ya que cada uno se adopta la ortografía que quiere, inventa las voces que necesita, maneja los verbos

como le da la gana, y obra con entera libertad, mejor dicho con entera licencia, sin rey ni ley, según le place y acomoda.

Otros autores dramáticos catalanes hubieran podido hacer lo propio que Felíu, compartiendo con él la gloria, que gloria es, y superior, la de escribir á un tiempo en dos idiomas, cuando en ambos se es maestro y en ambos se consigue la codiciada láurea.

Entre varios que citar pudiera, nombraré uno: Pedro Antonio Torres. Este es un autor dramático de cuenta, sobresaliente y eximio, y también maestro en lengua castellana, que maneja como la propia, literato y poeta en ambas; pero no ha escrito para el teatro castellano. Y bien pudiera, que cierto tendría el éxito, como siguiera por

el camino hermoso que se abrió en la escena catalana.

No entra Pedro Antonio Torres en la especialidad de casos que me conviene aprontar (más bien hice de la ocasión virtud para honorar su nombre), como no entran muchos otros que citar pudiera, ni tampoco Angel Guimerá, gran autor, alto también y eximio, de merecidos éxitos en la escena castellana con sus obras dramáticas *Mar y cielo* (ninguna como ésta), *María Rosa* y *La Tierra baja*.

Tienen las obras de Guimerá el inconveniente, para lo que estamos tratando, de no aparecer como originales ante el público. El autor, que sólo compone en catalán, acude á otros para que le traduzcan, y el público asiste con el recelo natural de todo público

que va á oir una traducción, y no un original.

Y en verdad que Guimerá no necesitaría acudir á este recurso.

Portugués era Camoens, y sus sonetos castellanos son una maravilla. Portugués Melo, y con su libro inmortal se enseña á escribir y hablar el castellano, lo mismo que precisamente ocurre con un libro del catalán Capmany. Heredia es español, y hoy tiene asiento en la Academia Francesa, y ésta le elige para, en francés y en nombre de la literatura francesa, dirigirse á los soberanos extranjeros.

¿Y Marcial? ¿Y Quintiliano? ¿Y Lucano? ¿Y los padres de la Iglesia? ¿Y todos aquellos grandes latinistas, que ninguno era latino?

En esto de la lengua, si uno lo pul-

sa y lo mastica bien, acaba por adquirir el recelo de que pueda existir algo de mito.

Guimerá escribiría sus obras en castellano lo mismo que lo hace en catalán. Y si no lo hiciera así, entonces no sería lo que es.

Porque ya se entenderá, supongo, que, al hablar de estas cosas de manejo y dominio de una lengua, entiendo hablar sólo de espíritus superiores. No me refiero, ciertamente, al vulgo ni á espíritus vulgares.

Tuvo Guimerá una buena fortuna, la de encontrar por traductores dos almas nobles: José de Echegaray y Enrique Gaspar (otro gran regionalista de quien, por escribir en castellano, no se ocupan las historias regionales). Los dos, con esa hidalguía de alma que les

distingue, se han obscurecido para que sólo brillara Guimerá; pero la verdad es que éste tiene que compartir su triunfo con ellos, y alguna parte les toca (en mi opinión mucha), pues, como digo en esta misma obra y en su primer Comentario, el traductor resulta siempre un autor, ya que toda traducción es mejor ó es peor que el original, y en ningún caso nunca es éste. ¿Quién le dice al público que la obra original no es mejor... ó peor?

Pero, dejando ya descaminos en que hube de intrincarme, no sé si con fortuna, volvamos á los casos de especialidad para probar mi tesis, que es lo que me hizo citar á Felíu y Codina como uno de los tres ejemplos que presento en demostración de mi propósito.

Iba á terminar diciendo que lo he-

cho por Felíu imponiéndose, no fácilmente pueden hacerlo todos, que no todos cuantos van á Roma consiguen ver al Papa.

Hay quienes viven en provincia y de quienes, precisamente por escribir en castellano, nadie se acuerda. Los de la región no les dan plaza en sus antologías, porque no escriben el idioma de ella. Los castellanos los ignoran ó los desdeñan, porque no son de la parroquia.

¿En qué registro civil han de ir, pues, á inscribirse?

Citaré un caso. Pudiera citar muchos.

Luis Cutchet.

Todos le hemos conocido en Cataluña y todos le hemos amado.

Escribió principalmente en caste-

llano; pero como vivió siempre y murió en Cataluña. los castellanos no le incluyen entre los suyos porque no es de casa, y los catalanes tampoco porque escribió en castellano.

¿En qué antología, en qué florilegio, en qué historia de literatura española se irá con el tiempo á buscar su vida y sus obras?

Puede llegar así un día en que no tenga nacionalidad ni patria el autor de *El Parlamento de Caspe*, del *Sitio de Gerona*, de *Cataluña vindicada*, de tantas obras y tantos artículos de ciencia y de fondo como existen en revistas y periódicos, aquel que tantos servicios prestó á Cataluña y tantos á las letras españolas, mi maestro y amigo del alma, á quien todos respetaron en vida, á quien los sabios lloraron en muerte,

á cuya honrada memoria no puede ni debe ser ingrata nunca nuestra España.

En caso muy parecido está Juan Mañé y Flaquer, á quien basta citar sin adjetivo para decir quién es. Escribió siempre en castellano, nunca en catalán, y, no obstante su permanencia continua en tierra catalana, su nombre, con ser tan alto, no se lee en esas historias que se llaman regionales — irregionales debieran llamarse, — hoy tán en uso. Pero el caso de Mañé no es idéntico al de Cutchet. Mañé vive todavía — Dios conserve su vida para gloria de la patria, — y aun puede, si quiere, echar una cana al aire escribiendo en catalán.

Y vamos al tercer caso.

He citado ya el de un autor, Felíu y Codina, que, por haber escrito así en

catalán como en castellano, tiene nombre y personalidad en las dos literaturas y en ambas aparece.

He citado el caso de otro, Luis Cutchet, que por haber escrito poquísimo, casi nada, en catalán, aunque sí mucho en castellano, pero sin moverse de su región, sin ir á Madrid como Felíu, su nombre queda ignorado.

Voy á citar ahora el caso de otro autor catalán que, teniendo gran nombre en Madrid y en toda Europa, y siendo uno de nuestros primeros sabios y uno de nuestros más eminentes literatos, no tiene puesto en una historia de su región, si continúan escribiéndose según la usanza en moda.

El doctor Letamendi.

Basta nombrarle para que todo el mundo, el mundo literario y científi-

co, en España y fuera de ella, sepa quién es.

José de Letamendi, catalán de origen, de raza y de convicción, regionalista verdadero, en el sentido que debe darse á la palabra regionalismo según yo lo entiendo y lo practico, José de Letamendi no tiene puesto en una historia literaria de la región catalana.

Y, sin embargo, ha sido coronado en Barcelona. Y allí, en la capital de Cataluña, con estruendosa fiesta y en verdadera sesión capitolina, más que académica, se le elevó á los honores del Olimpo y de la escultura.

Pues bien, Letamendi, por haber escrito sólo en castellano y por estar en Madrid, figurará en los anales de Castilla, de España entera, de las demás naciones donde se presta culto á los sabios,

sea de donde fueren, pero no en los fastos de la región catalana, de que procede, de la cual es, á la cual se ha consagrado, á la que pertenece y pertenecer quiere.

Ilustre entre los ilustres, sabio entre los sabios, polígrafo entre los polígrafos, Letamendi no encuentra inscrito su nombre en las historias de su región consagradas á los hombres célebres en ella, según vemos que ahora se escriben. ¿No le basta ser catalán? ¿Hay que hablar y escribir en catalán para serlo?

Es decir, que el hombre que tiene abierto en vida, lo cual sucede á pocos, el Capitolio de la inmortalidad, no puede ver registrado su nombre en las páginas del libro de oro donde están inscritos los sabios y los literatos de la re-

gión que es suya y de la cual es gloria.

¡Ah! Querer que la literatura catalana no esté representada más que por los que escriben catalán; la gallega, por los que escriben en gallego; la de los vascos, por los que escriben en vasco; no citar en el código sagrado de los autores regionales más que á cuantos escriben ó escribieron en su idioma nativo; quitar de esta manera y con este desenfado la nacionalidad á los unos para dársela sólo á los otros, esto ya no es regionalismo, esto es separatismo.

7.º

EL REGIONALISMO NO ES PELIGROSO

El verdadero regionalismo no ofrece ningún temor...

No vale decir, como tengo oído alguna vez, que del regionalismo literario catalán pueden nacer peligros ó ciertas aspiraciones, al menos, contrarias á la unidad de la patria.

Triste patria fuera la nuestra si abrigarse pudiera este recelo.

Esto no puede, y es más, no puede pensarse, ni imaginarse, ni soñarse siquiera. Sólo el decirlo es absurdo. Ni hablar de ello se debe, como no se

habla, por ejemplo, de que la mar se seque ó las aguas de un río regresen á la cima del monte de que descienden. Nadie se imagina que esto puede ocurrir.

¿Qué peligro, ni qué complicación siquiera, ocurrió á Francia con la moderna literatura provenzal, revelada por Lamartine en la personalidad de Federico Mistral y aclamada por la crítica parisiense al elevar sobre el pavés á la trinidad literaria de Mistral, Aubanel y Roumanille, y con ella á toda esa falange de ingenios provenzales?

¿Qué ocurrió?

Pues ocurrió sencillamente que Francia tiene una estrella más en el cielo de sus escuelas literarias, y en sus congresos y gobiernos á los provenzales que han ido á París á afirmar

la unidad y la integridad de la patria francesa.

La verdad y la justicia me obligan, sin embargo, á confesar que una fracción de literatos catalanes no ha estado conforme en seguir el camino de los provenzales, que es el por mí seguido.

Éstos, los provenzales, que viven en la realidad de los hechos y de las cosas, demostrando con ello ser más prácticos que los catalanes, limitaron pura y sencillamente su acción y movimiento al terreno literario, sin apartarse de él una pulgada, y dentro del terreno literario, principalmente á la poesía. Sus obras las publican con la traducción francesa á la vista, con sólo lo cual han hecho hermanas las dos lenguas, francesa y provenzal: su *Gaceta,* es decir, su revista felibre (la *Revue*

felibréenne), la publican en francés é imprimen en París; los libros de propaganda que escriben, aquellos destinados á enaltecer las glorias de Provenza y á dar valor y fuerza á las cosas de la región, en francés y sólo en francés los escriben; y, finalmente, á París acuden para tomar parte en todo, habiendo conseguido con esta conducta, en determinados momentos, tener mayoría en el Gobierno, alcanzando así no pocas ventajas y no pocos beneficios para su región.

¡Ah, si los catalanes, en nuestra España, hubiesen hecho lo que ellos!

Este es el camino que debieran seguir los escritores catalanes todos, y que yo procuré trazarles mientras tuve alguna autoridad entre ellos, cuando acaudillaba mi grupo ó mi grupito.

No parece que ahora, por parte de una fracción — en realidad muy pequeña, — se piense así. Por esto algunas personas del lado de acá creen notar cierto recrudecimiento de intransigencia, algo parecido á lo que ocurrió cuando se quiso lanzar á los Juegos Florales por senderos obscuros y peligrosos.

Si fuese así, vaya esa fracción enhoramala. Se quedará sola (1).

La época actual no es la del 1859, cuando nos reunimos los grupos lite-

---

(1) Para no dar motivo á interpretaciones y dudas, me adelanto á declarar con toda lealtad y franqueza que esta alusión, como la que se lee en las páginas 108 y 109 de mi discurso, se dirige al Consistorio de los Juegos Florales de Barcelona que actuaba dos ó tres años después de la Revolución de Septiembre de 1868, el Consistorio aquel que rechazó y devolvió las condecoraciones de Isabel la Católica y Carlos III que, á propuesta mía, se había dignado otorgar S. M. el Rey D. Amadeo I á los poetas premiados aquel año, con lo cual, á más de una consideración al genio, se hacía patente la simpatía y el agrado con que el Rey de España y *los altos poderes de Castilla* (digámoslo una vez así para aquellos que creen que sólo Castilla es España) veían la institución de los Juegos Florales en lengua catalana.

rarios de Barcelona para crear la institución de los Juegos. Era aquel un período triste de tirantez, ó, mejor, de tiranía política, y no se nos concedía el derecho de hablar, ni el de pensar, ni el de escribir. Por reclamar estos derechos vi yo fusilar á tres jóvenes en el terreno donde se levantó después el gran Teatro del Liceo, de Barcelona. ¿Qué tienen que ver con éstos aquellos tiempos?

Posible es que alguno ó algunos soñadores ó ilusos quisieran tomar por cobertera la lengua catalana, á fin de que tras ella, arrebujada y de tapadillo, pudiera colarse la política. Posible es también que una fracción que reniega de la política, haciéndola y profesándola sin embargo, se deje acaudillar candorosamente por hábitos negros...

ó blancos, sin salirse en apariencia del terreno literario.

Pero, si esto fuera, los primeros no pasarían de ser unos lunáticos, y los segundos unos necios; porque así como se dice: «Dime con quién vas, y te diré quién eres», mucho mejor se puede decir y asegurar: «Dime lo que haces y piensas en literatura, y te diré adónde vas en política».

Yo he de confesar, por lo demás, que de todo esto de separación y separatismo, nunca, hasta ahora, había oído hablar. Y aun donde más se habla, no es en Cataluña, sino en Madrid, dándole en ciertos centros alcances que no tiene ni puede tener, ni nadie, en realidad, le quiere dar.

Toda idea de separatismo, tratándose de la Patria española, es un verda-

dero absurdo. Esto lo conocen todos, como todos saben que quien intentase esto intentaría un suicidio. Y nadie va al suicidio como no sea un desesperado ó un loco. Ni nadie, que no sea una de estas dos cosas, va contra el bienestar, el porvenir y los mismos intereses de la localidad que representa ó en que ha nacido.

El separatismo podrá ser, y es, en efecto, un crimen, políticamente hablando; pero, aun más que crimen, es una soberana necedad. Nadie que tenga un cacho de entendimiento puede tomarlo en serio.

En estos tiempos, en que la historia y el progreso humano abocan todas sus corrientes y las empujan ya no sólo á la unión, sino á la fusión; en estos tiempos, en que hasta los partidos polí-

ticos prescinden de sus propios ideales para aumentar sus filas, engrandecerse, unirse y compenetrarse; en estos tiempos, en que los estados de Italia se entienden para formar un solo cuerpo de nación, y los de Alemania para establecer un imperio, y los de Austria para constituir una patria común, y los Estados Unidos para agregar una estrella más al emblema de su confederación; en estos tiempos, en que la voz es conducida por un alambre para unirse á otra, en que el pensamiento y la palabra se enlazan para consolidarse perpetuamente en el tronco de un cilindro, en que se taladran los montes para dar paso á dos rieles que llevan pueblos enteros á fraternizar con otros pueblos; en estos tiempos, por fin, en que hasta los istmos se abren para que

puedan fusionarse los mares, ¿habría de aparecer en nuestra España una cabeza bastante destornillada para la formación de un estado liliputiense, que en el acto pasaría á ser merienda de blancos?

Esto es un absurdo.

En la historia, como en la naturaleza, hay leyes eternas é ineludibles; y así como los ríos van á la mar y la vida á la muerte, así el condado de Barcelona fué á Cataluña, y Cataluña á Aragón, y Aragón á Castilla, y Castilla á España, y España irá á Iberia.

La Patria española es obra de Dios.

Para nosotros todos es, y debe ser, lo mismo que la religión que profesamos y á la cual quisiéramos ver extenderse por todos los ámbitos de la tierra, cada vez más poderosa y prepotente.

¿Qué le importa á la religión que se rece en francés ó en chino, en alemán, en castellano ó en tagalo, mientras se arbole la Cruz como enseña y se rece á Dios?

Pues así es la Patria española. ¿Qué importa que se hable y se escriba en catalán ó en castellano, en gallego ó en vascuence, mientras flote la insignia de los colores nacionales y se rece en español?

No hay nación en el mundo más unida y más fuerte que España..... En estos momentos lo están demostrando claramente las dos guerras formidables que estamos sosteniendo con los insurrectos de Cuba y con los de Filipinas.

Sí; no hay nación más fuerte y más unida.

¿Y por qué?

Precisamente porque está dividida en regiones, cada una de las cuales tiene la conciencia de su fuerza, la fuerza de su razón y la razón de su derecho; precisamente porque cada una de estas regiones defiende lo suyo y luego, juntas, defienden lo de todas.

Y más no digo, ni diré en este punto, del cual no debiéramos ni ocuparnos siquiera, limitándome á sostener que el regionalismo no ofrece ningún peligro, pues no lo es ni puede ser el que haya algún espíritu extraviado y extrajudicial que pretenda sacarle de su quicio.

8.º

LAS REGIONES ESPAÑOLAS

En las grandes conmociones y epopeyas nacionales, vióse siempre así. Ninguna región rechaza su puesto de honor y de peligro en el combate. Cuando llegan momentos supremos, cuando aparecen las sangrientas luchas de la guerra de la Independencia, Aragón no es Aragón, Cataluña no es Cataluña, Castilla no es Castilla, son España...

Y no sólo se vió en la guerra de la Independencia. Después de ella, y durante lo que llevamos de siglo, se ha repetido varias veces.

Siempre que el honor de España ha estado comprometido en una empresa,

todas las regiones se han ofrecido, todas se han presentado, todas han acudido solícitas y espontáneamente, sin presión ninguna de arriba, prontas á los mayores sacrificios.

¿Quién no se acuerda, cuando la guerra de África, de los batallones regionales que allí mandaron, entre otras, Cataluña y las provincias Vascas?

Y ahora, ahora mismo, en los momentos en que se escriben estas líneas, ¿puede darse espectáculo más conmovedor y patriótico que el que ofrece España?

Estamos comprometidos á un tiempo en dos guerras crueles y terribles, en Filipinas y en Cuba, y allí han ido, á combatir por España y para España, voluntarios de todas nuestras regiones, y en todas ellas, ya para el empréstito,

ya para la suscrición nacional en favor de los heridos, ya para el Ejército, ya para la Marina, en todas se están haciendo costosos sacrificios, y la voz del patriotismo suena y se levanta por encima del más caluroso entusiasmo.

Por esta razón, insiguiendo en mi constante idea expuesta como tema de mi discurso, respecto á que el regionalismo es sano, es patriota y es español; por esta razón, digo, publiqué el domingo, 8 de Noviembre, en uno de esos números que el periódico *El Liberal* dedica al Ejército, las siguientes líneas, que encierran mi pensamiento y son oportuno comentario para lo que trata principalmente mi *Discurso*:

¡POR ESPAÑA Y PARA ESPAÑA!

Todavía, todavía la tierra se estremece al paso de nuestras huestes guerreras; todavía los mares se fatigan abriendo surcos por donde llevar á tierras apartadas y á remotos climas nuestros buques y banderas de soldados; todavía las naciones extranjeras, que con asombro nos miran y con respeto, van diciendo *Ahí está España*, al oir los estrépitos de nuestras armas y los tumultos de nuestros entusiasmos; todavía las proezas de esos militares que combaten en las maniguas, y las gestas de esas dos admirables luchas que sostenemos á un tiempo en distintos archipiélagos, serán argumento de poema y base de leyenda para Ercillas de futuras generaciones.

En estos supremos instantes de dolor y de tristezas, todas las regiones de nuestra Patria española se han unido en un mismo y solo sentimiento; calló hasta la voz de la pasión política, para que mejor pudiera repercutir

la del patriotismo por los ámbitos del país; ha brotado la fe en los corazones todos, y allá, allá van el astur valeroso de la Reconquista, el catalán heroico de las venerables y añoradas libertades, el aragonés de las glorias épicas, el vasco de las indomadas energías, el isleño de nuestra mar azul, el castellano de las grandes epopeyas medioevales, el gallego de los floridos verjeles y espacios luminosos, el andaluz de los cantares que llevan en ellos recordanzas ibéricas y gallardías árabes... Sí, allí van todos, en fraternal compaña, á verter y mezclar su sangre en el campo del honor por la que es gloria, y luz, y patria de todos.

Ellos serán los que con su fortaleza rescaten estas tierras benditas, que nuestras son, y nuestras seguirán siendo, porque á cobrarlas fuimos con nuestro valor y sangre, y porque á ellas llevamos la vida, la civilización, el progreso y las virtudes de la religión cristiana, con las legiones de nuestros soldados, las cohortes de nuestros misioneros y la sabieza de nuestros Códigos.

Ingratos fueron para nosotros esos rebeldes de Cuba, por la que tanto hicimos y nos desangramos; ingratos esos naturales del Archipiélago filipino, ¡ingratos y pérfidos!, para quienes España no tuvo más que amores, fijos sus ojos de madre y sus cariños de Patria en aquellas islas que surgen del seno de los mares, como canéforas antiguas, para ofrecer á entrambos mundos las maravillas vírgenes de la sepulta Atlántida.

Ingratos fueron y desleales. Bien que se lo dirán sus remordimientos y conciencia, si libran su vida, el día que, proscritos, errantes y vagabundos por la tierra, vayan de puerta en puerta, de todas rechazados, malditos en su propio hogar, que rociaron con la sangre de sus generosos protectores, malditos en la historia, que recordará eternamente su ingratitud, y malditos por las futuras generaciones, que, al par de su infidencia, proclamarán nuestra gloria.

¡Adelante las armas; adelante por España y para España!

Y también, insiguiendo la misma idea, *El Liberal* del 22 de Noviembre de este año 1896 publicó otro artículo mío sobre nuestras islas Filipinas, objeto continuo hoy de mis atenciones y preocupaciones, en cuyo fondo late el mismo sentimiento, móvil constante de mi vida y que aprovecho todas cuantas ocasiones se me presentan para exponer sin nebulosidades ni reticencias.

Dice así este otro artículo:

FILIPINAS POR ESPAÑA

Es muy de celebrar y aplaudir la idea patriótica que impulsó á *El Liberal* á dedicar un número á Filipinas.

Todo lo que hoy, y mañana, y siempre, se haga para dar á conocer nuestras islas Filipinas y llevar corrientes de simpatía hacia

aquellas preciadas tierras, es hacer luz y patria para lo venidero.

No hablemos ya de lo que allí por malaventura ocurre en estos momentos. Es una rebelión desatentada, que terminará, y terminará pronto. ¡Pues no ha de terminar pronto! ¿Quién duda de ello?

Pero quedarán en nuestros anales históricos un saludable y provechoso aviso, una gran enseñanza, y una altísima gloria para la Patria española, así como un padrón de ignominia para todos aquellos que tan miserablemente ingratos han sido para España, madre bondadosa, que tendió á todos sus brazos, y que al calor de su seno alimentó á quienes con tan negra maldad pagaron los beneficios de civilización y progreso que ella les diera con su amor y sus cariños.

Es un asombro, un asombro y una maravilla, el cuadro que hoy presenta España. Pocas veces, como hoy, aparecieron más de relieve las altas virtudes de nuestro pueblo.

Comienza éste por no regatear su sangre, que ofrece generosa y pródiga; altos y bajos se acercan todos á llenar las listas de la suscrición que se tuvo el noble pensamiento de iniciar para los soldados heridos y enfermos; potentados y humildes acuden en tropel á dar su dinero para un empréstito, que rebasa la línea de las sumas pedidas; de todas partes surgen voluntarios, de todas llegan ofrendas y ofertas; en todas, los cánticos de la Iglesia suben al cielo escoltados por las preces de todo un pueblo, que impetra los auxilios de Dios para el triunfo de nuestras armas; de doscientos á trescientos mil soldados cruzaron ya la tenebrosidad de los mares, en trasatlánticos nuestros, dirigiéndose á países remotos y á climas mortíferos, para ir á defender la integridad de la patria; los partidos políticos, aunque apasionados y revueltos siempre, ceden en sus luchas y apagan su voz para que nada turbe el despertar de España; la prensa periódica, con vuelos de hidalguía y revuelos de patriotismo, propaga

el entusiasmo, y las naciones extranjeras nos miran con asombro.

Así se fortifica y afirma la unidad de la Patria española, al amor de un sentimiento nacional. Así España, unánime y en vilo, sólo tiene hoy una voz, sólo persigue un objeto, movida por un solo sentimiento. Así vamos á las Antillas, donde nos llama la voz de la sangre; así á las Filipinas, llamados por la del alma; así iríamos á todas partes donde menester fuera, para recabar lo que el honor exige.

Diríase que hemos vuelto á los tiempos más heroicos y épicos de nuestra historia gloriosa.

España cumple con su deber.

Y en estos momentos, bien hace *El Liberal* en solicitar de todos que fijen su atención y sus miradas en las islas Filipinas.

Lo merecen y lo necesitan.

¡Ah! ¡Si llegase pronto el día ¡si llegase pronto! en que esos buques que ahora van con lastre de guerra, fueran con lastre de paz! ¡Si

como llevan hoy soldados llevaran mañana colonizadores y operarios!

Porque hay que pensar en el porvenir, cosa en que rara vez pensamos.

Hubo cierto día un general que mandó fijar un poste en el arranque de una carretera con un cartel, dirigido á sus soldados, que decía: *Camino de la gloria*. Así, en esos barcos que van al Archipiélago, debería arbolarse una flámula que dijera á los españoles: *Camino del porvenir*.

Hay que pensar, sí, y pensar seriamente, en Filipinas.

Ya todos tenemos conciencia, yo por lo menos creo tenerla, de lo que vale y significa aquel Archipiélago, sobre todo para un porvenir no remoto, ya que cada día va adquiriendo importancia, y ha de adquirir aún más todavía, desde que por los milagros modernos se abren los istmos, se unen los mares y se acercan las distancias.

Y como esto es así, y como Filipinas, téngase siempre muy presente, cuenta con ve-

cinos sospechosos á su alcance y pretendientes solapados á su atisbo, es por esto, y por mucho más aún, por lo que requiere atención constante, cuidados solícitos y clarividente intuición por parte de quien esté destinado á gobernar aquellas regiones. Todo es poco; la vigilancia y la acción deben ser continuas; el trabajo y la prevención incesantes. Un ministro, sobre el cual pesan otras atenciones apremiantes, que atraen y roban su tiempo, no puede consagrarse como es debido.

Yo no sé si es llegada ya la hora de encomendar esta misión á un centro especial, inteligente y perito, que funcionara bajo la sola, única é inmediata dirección del presidente del Consejo de ministros, que es, en mi concepto, quien por su alta autoridad y más gran responsabilidad, pudiera y debiera iniciar, inspirar, regir y llevar la política y la administración de aquellas islas.

No se olvide, como decía Laperousse, que Filipinas es un gran imperio, superior al que

mayor y más poderoso puede existir en Europa, y en el cual, puede añadirse, todas las naciones tienen fijas sus miradas para el porvenir.

Pero Filipinas, por razones de orden superior, que no pueden ni deben encerrarse en pocas líneas, Filipinas, ocurra lo que ocurra, está ineludiblemente destinada á ser siempre región española, sin que allí quepan independencias, ni autonomías, ni cesiones, ni antinomias, ni conquistas.

Españolas son aquellas islas desde que fueron descubiertas.

Si un día surgieron del seno de los mares, flotantes canastillos de flores, allá fué en la obscuridad de los tiempos; pero de las tinieblas de esta obscuridad salieron para ser españolas y aparecer entre ambos mundos por España presentadas.

Hasta sangre española contienen los frutos maravillosos que nacen en sus tierras, pues ni un solo palmo cuentan éstas que rociado no esté y fertilizado por aquélla.

Nuestro es todo ello, nuestro todo, en las plantas, en sus raíces, en los valles, en los montes, en los ríos, en los mares, en la tierra y en los aires. Allí hemos concentrado caudales de gloria, que jamás puede olvidar el mundo. Allí florecieron, y nacieron á la vida de los inmortales, y murieron para ser santos en nuestro Olimpo histórico, capitanes valerosos, arriscados marinos, magistrados integérrimos, gobernantes ilustres, sabios eximios, prelados venerables, misioneros ínclitos, honor y prez de España.

Pereciera España y acabara su luminosa estela de glorias y se olvidara hasta el eco de su nombre, si esto fuera posible, y allí, allí quedaría, sin embargo, en medio de la soberana majestad de los mares, el Archipiélago filipino, con toda su imperial y maravillante grandeza, para recordar que de España fué la gloria de su descubrimiento y de España recibió la luz de la civilización, que es trono y luminar de cielo. No tuviera más gloria, y sólo por esto España sería bendecida, y acla-

mada, y divinizada por las generaciones venideras.

Avanza ya el siglo XX, llama á nuestras puertas, y en él nuestro Archipiélago está destinado á ser uno de los más poderosos y más grandes emporios del Universo.

Filipinas será..., pero será, y sólo puede ser con España.

En medio de cuantos conflictos hoy tenemos, de las penas que nos embargan y negruras que nos rodean, allí, en Filipinas, aparece una luz... Al amor de aquella luz puede estar la vida de nuestra restauración histórica; allí el porvenir de nuestro comercio y nuestras industrias; allí la clave de nuestros mercados y la llave de nuestros tesoros; allí el secreto de nuestras fuerzas, y la fuerza que puede darnos asiento, voz, y voto de calidad, en los futuros Congresos europeos ó americanos.

Pero...

Y nada más, por hoy.

Fíjese en ello el presidente del Consejo de

ministros; fíjense los que lo han sido y pueden volver á serlo; fíjense los cabezas y mayorazgos de la política, y, sea cual fuere la opinión que tengan del profeta, no olviden la profecía.

9.º

LO DEL EXCLUSIVISMO

DE LOS JUEGOS FLORALES BARCELONESES Y LO DE CASTILLA CASTELLANA

> *Aquellos Juegos Florales... en cuyo seno latía el pensamiento patriótico de la Unión ibérica...*
> *Cataluña la catalana...*

A nadie debe sorprender esta frase de *Cataluña la catalana*, que con su cuenta y razón he deslizado en mi discurso para que se pudiera oponer á la de *Castilla castellana*, con que tanto ruido se metió en cierta época de mi vida.

Creo que al final de ésta, y con motivo de haberse permitido la prensa,

no sé aún por qué, dar el carácter de testamento literario á mi discurso de Calatayud, se me ha de permitir alguna explicación que creo pertinente.

Expresamente digo *Cataluña catalana*, ó *la catalana*, para señalar cierta faz de acentuado catalanismo que tomó Cataluña en una época reciente, la época ó la *década de las barretinas*, como la llamaron, parecida á otra, de mis mocedades, que se llamó *de los hongos* ó *chambergos*, porque con estos nos presentamos los estudiantes barceloneses en un día designado por causas que no son de este lugar.

En cuanto á mi frase de *Castilla castellana*, ya diré luego por qué y cómo la usé, así que haya escrito algunas palabras atinentes á los Juegos Florales de Barcelona, en cuya restauración quiso

verse no sé qué de horrores, cuando, según ya indico en el comentario número 3, nacieron por ley de los sucesos, y no motivados por nadie en particular, sino por todos en común, como resultado de un movimiento literario que de años venía preparándose en la capital del Principado.

Sí, yo aseguro por mi honor como caballero y por mi fe como cristiano que cuando comenzamos el renacimiento catalán, por medio de los Juegos Florales en Barcelona, siete hombres de buena voluntad, no tuvimos otra idea, ni más pensamiento nos alentó, que el de hacer oir la voz de la literatura catalana en el gran concierto de las literaturas ibéricas y el de restablecer la pureza del habla catalana sacándola del lodazal en que la sumergie-

ran los escritores callejeros y el abandono de los que no supieron velar por ella.

A ninguno de nosotros nos pasó por las mientes nada de todo aquello que luego han supuesto que nos había pasado, por ellas los que daban tortura á frases inocentes ó á ideas y versos mal leídos y peor interpretados, versos que estaban lejos de significar y decir lo que algunos, por error de entendimiento ó por venganza política, han supuesto que significaban y decían.

Ninguna idea, ni próxima ni remota, ninguna visión, ni sueño, ni delirio de absurdo separatismo, como luego se nos echó en cara, podíamos abrigar aquellos siete mantenedores que fundamos la institución y consistorio de los Juegos Florales de Cataluña, cuan-

do, precisamente, á lo que se tendía no era á separar, sino á unir.

No me cansaré jamás de repetirlo. Los Juegos Florales de Cataluña, por nosotros iniciados, lejos de tener aquella supuesta idea, llevaban en su seno una de engrandecimiento y progreso: la idea de la Península Ibérica, en el sentido literario, se entiende, por ser entonces muy popular y corriente aquella idea que iba labrando en el terreno político. Así lo dije ya y expliqué en la carta que dirigí á la eminente poetisa Doña Josefa Massanés de González, puesta como prólogo á la novela de Ventura Hidalgo, *Adriana Wolsey*, y que más tarde reproduje en mi obra *Epistolario*, tomo I, pág. 3. Así se explicó y se consignó también en las columnas del periódico liberal *La Corona de Ara-*

gón, que fundé y dirigí en Barcelona durante largo tiempo, teniendo como colaboradores principales á Vicente Boix, de Valencia y al aragonés Jerónimo Borao, todo lo cual, título y nombres, alejaba hasta la menor idea de exclusivismo.

Y por esto, como nada teníamos que ocultar, como nuestra misión era clara y patriótica, como jamás creímos que se pudieran torcer nuestras frases ni darles otro alcance y sentido que el propio, bajo el cual las concebimos y emitimos, no teníamos reparo en lanzarnos á temeridades y atrevimientos que nunca sospechamos que con el tiempo se pudieran desfigurar y echarnos en cara indigna y miserablemente.

Éste, y no otro, es el espíritu y también el verbo de ciertos versos catala-

nes míos de aquella época á que tanto han aludido mis contrarios, sin meditarlos y sin comprenderlos, dirigidos á Castilla, á quien se juzgaba entonces como opresora de España. Contra Castilla, que acababa de dictar la prohibición de escribir en catalán por medio de una orden del ministro Sr. González Brabo; contra Castilla, la opresora, iban dirigidos aquellos versos, no contra España, á nombre de la cual precisamente hablábamos y protestábamos los poetas catalanes de los Juegos Florales de aquel tiempo, los que nos valíamos de la poesía como de un medio para propagar la idea de regeneración política de España, á la manera que un día aquí, en esta misma Calatayud, San Vicente Ferrer se valió de su elocuencia para propagar una idea po-

lítica que él creía salvadora para la Patria.

Si hoy retrocediéramos; si hoy, abandonando las conquistas esenciales de la revolución de Septiembre, volviéramos á circunstancias tan tristes como aquéllas, siendo otra vez Castilla la opresora, yo volvería á repetir una y cien veces el *¡ay Castilla castellana!*

Y entiéndanlo ya así, de una vez para siempre, todos cuantos han combatido aquella frase, que yo considero afortunada, pero que ellos no entendieron, tomando equivocadamente á Castilla por España.

Pues qué, al decir Castilla, ¿se dice España?

¿Hasta tal punto hemos degenerado, que consentimos ya en que una provincia, sea cual fuere, encierre en solo

su nombre toda la gran nacionalidad española?

¡Cuántos y cuántos ataques he visto y he leído dirigidos á Cataluña! ¿Imaginé yo nunca que, hablando contra Cataluña, se hablara contra España?

Castilla es una región de España, como es otra Cataluña. Ni una ni otra, ni otra cualquiera, por sí sola, son España.

¿Cómo podía yo imaginarme jamás que personas tan conspicuas como las indicadas, y otras aún, cayeran en el inexplicable error de confundir los términos, de tan desdichada manera?

Y esto que, al publicar la poesía en cuestión, la hice preceder de una nota explicativa y terminante, que no podía dar lugar á duda, ni aun para los más ignaros.

Véanse mis *Poesías catalanas* en su sexta y última edición (Barcelona, imprenta de Espasa, 1892), y búsquense las páginas 119, 123, 152 y 277 del tomo segundo.

En estas páginas, por tratarse de la última edición de mis *Poesías catalanas*, se reproducen todas las notas y comentarios que se leen en las ediciones anteriores, al pie de las poesías *Las cuatro barras de sangre, La dama del murciélago* y *Delenda est Carthago*, que son aquellas donde hay el estribillo:

¡Ay Castella castellana,
si la terra catalana
no t'hagués conegut may!

(¡Ay Castilla castellana, si la tierra catalana no te hubiese nunca conocido!)

En estas notas dije terminantemente que estos versos no tenían ni debían tener más significación que la que el autor les daba. «No indican estos versos el odio, sino el dolor, decía. Castilla es juzgada aquí como representante de la centralización. Respeto sus altas glorias y sus títulos bien merecidos. No es, pues, en odio contra Castilla, hermana nuestra muy querida, por lo que se ha escrito esta poesía, sino en odio á la centralización, á la tiranía y al monopolio que hoy representa. El autor no es enemigo de la *españolización* de Cataluña, sino precisamente todo lo contrario. De lo que es enemigo, es de la *castellanización* de España».

En estas notas se dice también cómo fueron escritas las poesías en circunstancias especiales y extraordinarias, al-

guna de ellas en un momento de conflicto y estando ya el autor proscrito, cuando la industria catalana se hallaba por un lado amenazada de muerte y cuando, por otra, se iban agrupando elementos para la revolución de Septiembre, en que fueron derrumbados el gobierno, el trono y la dinastía.

Si los que más tarde, después de la revolución, hicieron de estas poesías un arma contra mí, atacándome cruel y duramente en la época de mi primer Ministerio; si aquellos primeros republicanos federales, que luego y por un breve período se apoderaron de los Juegos Florales de Barcelona, desatándose en injurias contra mí porque no quise aceptar sus ideas ni entrar por los caminos, es decir, los descaminos, de sus desdichadas aventuras; si, en fin y en

una palabra, todos aquellos adversarios míos, contra mí atumultuados, hubiesen sido hombres exentos de pasión, hubieran tenido en cuenta las notas y explicaciones con que acompañé desde su primera aparición mis poesías; hubieran tomado en consideración los momentos en que y para que se publicaron; se habrían fijado en las circunstancias subjetivas y en la índole de mis trabajos literarios, ya que soy quizá el más subjetivo de los autores catalanes, y habrían tenido á la vista todas mis obras, donde se proclaman y mantienen y afirman los sentimientos que ellos entonces por pasión política me negaban.

Hubieran así comprendido que el *¡Ay Castilla castellana, si la tierra catalana no te hubiese conocido nunca!* quería

sencillamente decir lo que todo el mundo desapasionado ha entendido, lo que dicen cuantos están y deben estar versados en descifrar empresas y leer entre líneas, á saber: *¡Ay Castilla castellana, que por empeñarte en ser castellana te olvidas de ser española!*

No es, pues, verdad, no lo es, como inconsideradamente se ha permitido decir uno de los autores aludidos, lo de que en mí «hay contradicción entre los cantos á la unidad de la nación italiana y los *aparentemente separatistas* en que se maldice el nombre castellano». *(Página 82 del libro á que aludo.)*

No es verdad. Fuí partidario, y sigo siéndolo, de la unidad italiana, como lo soy y fuí siempre de la unidad española.

Ni tampoco es verdad que haya yo

maldecido nunca el nombre castellano. En mi *¡Ay Castilla castellana!*, lo que lamento, no maldigo, es que, en aquellos *momentos históricos*, se castellanizara hasta el punto de quererlo todo para ella y nada para los demás. Por otra parte, debiera haberse visto todo cuanto yo digo de Castilla, en su honor y gloria, en muchas obras mías, antiguas y modernas, antes de pronunciar tan grave fallo.

No es verdad tampoco que me haya rectificado, según dice el libro más abajo. Por el contrario, me he ratificado.

Como no es cierto que tenga yo que rectificar referente «al espíritu antirreligioso de mis obras», ni nada tampoco relativamente á «lo repulsivo del fondo» en las mismas *(pág. 81)*, siendo aun

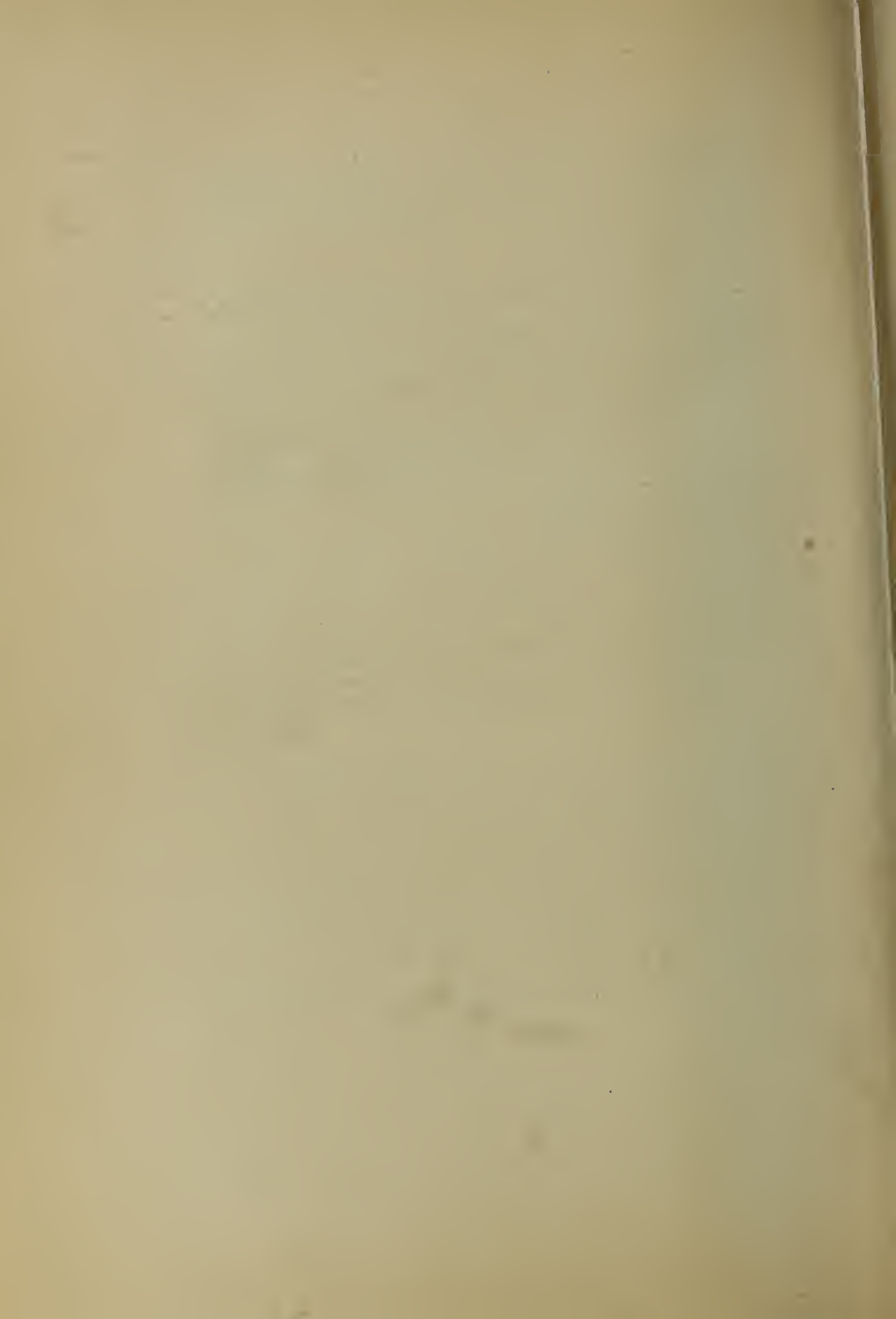
todavía más gratuito, con serlo esto tanto, lo de que en mis *Tragedias* «todo converge á la apoteosis del amor libre, tal como lo entendieron los autores paganos y provenzales, ó á la preconización de la libertad en sentido progresista» *(pág. 192)*, que es como si, tratando yo de juzgar á un autor, me limitara á enumerar someramente sus obras y luego dijera, por única razón, que todas convergían á la apoteosis de la gazmoñería mística y á la preconización de la crítica en sentido frailuno.

¿Sería esto serio en un crítico serio?

En estos nuestros tiempos de lucha y debate, el crítico que combate está obligado á probar lo que avanza y afirma, y no puede ni debe valerse, por única razón, de frases equívocas que no

cuadran á hombres de toga, propias solo de chicos de la prensa ó de escritores trashumantes.

No es esto digno de un autor crítico, formal y serio como reconozco que es el autor á quien me refiero y que no hay que nombrar, porque no soy, ni he sido, ni seré de los que echan reputaciones á la calle.



10.º

REFERENCIAS

Así lo dije ya y expliqué en la carta que dirigí á la ilustre poetisa...

La carta dirigida á la eminente poetisa Doña Josefa Massanés de González lleva la fecha de 21 de Septiembre de 1878; se publicó al frente de la novela de Ventura Hidalgo, *Adriana de Wolsey*, impresa en Madrid por el editor D. Abelardo de Carlos, y se reprodujo en mi obra, en dos volúmenes, *Epistolario.* (Madrid. Imp. del *Progreso editorial*, 1893.)

Reproduzco aquí los párrafos de referencia, que dicen así:

«Más tarde, cuando á impulsos de nuevas ideas desapareció el romanticismo, aquella á quien van consagradas estas líneas se alió á los que, con los Juegos Florales barceloneses, echamos los cimientos de esa briosa literatura catalana que hoy se presenta llena de vigor y de vida. No lo hizo, empero, lo recuerdo bien, sin antes advertirnos con perspicuo ingenio los escollos en que se podría tropezar, y hasta quizá el peligro que se pudiera correr.

Y en verdad que este recuerdo me obliga á detenerme en este asunto.

Precisamente en el momento en que estas líneas se escriben, el movimiento realizado en 1859 es discutido con calor

en la prensa, y llegan á mis manos opúsculos, revistas y periódicos de Madrid, de Barcelona, de Valencia, de Lisboa, de París, de Montpeller y Tolosa, debatiendo sobre los orígenes y tendencias del catalanismo, según le llaman unos á secas; del renacimiento catalán, como dicen otros; del provincialismo, conforme algunos lo denominan.

No creo llegado aún el instante de formar juicio sobre este movimiento. y es en vano que se pretendan torcer honrados propósitos y generosos sentimientos, dando valor á frases sueltas y á versos aislados de este ó de otro poeta, sobre todo si la idea de estos versos se ha explicado en notas, de las cuales quizá se prescinde intencionadamente al citarlos.

No, el movimiento literario de Cataluña, ni es idea separatista, como creen algunos, ni propulsor político, como aseguran otros. No ha llegado aún este movimiento á sazón, y por consiguiente no puede ser definido. Hay que esperar. Los escritores que le iniciaron viven aún en su mayoría, y es preciso que recorran todo su curso con las evoluciones naturales á todo curso de planeta, para que pueda juzgárseles. Es preciso asimismo que maduren todos los que tras de ellos han venido, para que, á su vez también, puedan ser juzgados. El movimiento literario catalán, en mi sentir, es hoy todavía un misterio, bajo el punto de vista que, quizá con atropellada impaciencia, quieren muchos examinarle. Por lo tocante á este concepto, está en

germen; se halla aún en estado de crisálida.

Sería sensible que impaciencias aventureras viniesen á desnaturalizar el carácter de una literatura que no debe considerarse sino como una rama fuerte, robusta, frondosa, del árbol de la literatura nacional. Todo lo que sea dar carácter de exclusivismo al catalán, es desnaturalizarlo; todo lo que sea querer hacer de él una lengua de muertos, es perderlo; todo lo que sea apartarle de la madre común ibérica, es matarlo.

Mal hacen los que llevarle quieren por esos caminos y derroteros. Los que predican el exclusivismo y lo practican, ¿cómo no comprenden que el exclusivismò es el aislamiento, la soledad, el vacío? Los que se esfuerzan en

hacer del catalán un compuesto de arcaísmos y frases territoriales ó desusadas, ¿cómo no conciben que se hacen ininteligibles, y que todo lo que no se comprende se rechaza? Los que quieren apartarse del movimiento de unión y de atracción, que llama á todos los hombres á un centro común y á todas las almas al seno de Dios, ¿cómo no ven que caminan al absurdo?

El absurdo no puede ser, y lo que no puede ser no es. Todo lo que no sea camino á la luz, á la vida, al progreso, es perfectamente inútil. Se obtiene sólo lo que consiguen, según la fábula, los desesperantes esfuerzos de Tántalo.

Yerran, pues, los que van por este camino, como yerran aquellos que, juzgando desde su punto de vista el movimiento literario catalán, creen ha-

llar en él corrientes pronunciadas de reacción, y también los que, por el lado contrario, notan en él marcados síntomas de federalismo.

¡El federalismo! Palabra es esta que ha costado muchas lágrimas y mucha sangre á España, siendo también causa y origen de daño para la literatura catalana.

Y, sin embargo, cuando ésta la usó por primera vez, fué en su verdadera acepción, en su alto sentido moral, levantado y noble; que para unir se comprende el federalismo; para desunir, nunca. Quien primero se valió de esta palabra en el seno de la literatura catalana, no podía llegar á imaginarse nunca que como bandera política pudiera levantarse un día, y como bandera política para ir á la desunión, á

la ruina, al cantonalismo, al desmembramiento de la patria.

Los que, con referencia á la literatura catalana, tanto han hablado de federalismo, han desnaturalizado por completo frases, ideas y pensamiento.

Jamás se habló de federalismo en el sentido literario, sino dándole el alcance de federación con la literatura castellana para más unión y fraternidad dentro de la patria común. Lo mismo precisamente que hoy, sin alarma de nadie, sostiene y pide la revista que con el título de *Cádiz* dirige, con habilidad de todos reconocida, la eminente escritora Doña Patrocinio de Biedma.

Jamás se habló de federalismo en el sentido político, más que en el de unión de España con Portugal por medio de un lazo federal que permitiera recons-

tituir la antigua nacionalidad ibérica y hacer que pudieran venir las Quinas á ocupar un puesto de honor en el escudo donde brillan las Barras, los Leones y los Castillos.

Hubo una época, poco antes de los Juegos Florales, en que la idea de la Unión ibérica se desarrolló con gran fuerza de vida y de sentimiento en Barcelona. Acababa de llegar allí una personalidad ilustre, un propagandista incansable de la idea, un catalán entusiasta, literato eminente y diplomático insigne, D. Sinibaldo de Mas. Durante su estancia en la capital del Principado se repartió con gran profusión, en crecidísimo número de ejemplares, el folleto por él escrito, con un prólogo del autor de estas líneas, para la propagación de la idea ibérica. Aceptado

el pensamiento por un grupo de hombres y escritores políticos, con él fué este grupo al campo de los Juegos Florales, llevando por delante su programa escrito, el cual se publicó y consignó en el proemio de una revista catalana que por entonces vió la luz.

«Vida de la provincia — decía este programa pasando á lo político, después de haber expuesto lo literario,— vida de la provincia dentro de la unidad política y constitucional de la nación. — Descentralización hasta donde sea compatible con la unidad. — Aspiración á formar un reino ibérico por medio de la federación de España con Portugal, pero nunca de otra manera que por la expresión legítima y pacífica de la voluntad nacional. — Predicación constante para que las provincias as-

piren á ser lo que merecen, adoptando todas y cada una el lema de *cada una para sí, pero todas para todas.*»

Los que profesaban estas ideas aceptaban, como otro de sus medios de propaganda, el movimiento catalán, y entraban en él de lleno, siendo éste el único grupo político de que yo tengo noticia que tomara parte en aquel movimiento literario, y siendo entonces tan sólo, y con este solo objeto (el de lanzar una idea de propaganda que pudiera unir á Portugal con España), cuando por primera y única vez se citó la palabra federalismo, recordando que por un lazo federal había llegado á su unidad la Corona de Aragón.

Quizá por no recordar bien esta circunstancia, que yo recuerdo, porque los viejos lo recordamos todo; quizá

por haber pasado desapercibida ú olvidada hasta para los mismos que escudriñan hoy minuciosamente todo lo que tiene relación con el movimiento catalán, es por lo que dos ilustres extranjeros, un portugués y un francés, Teiseira Bastos y el Barón de Tourtoulon, sin hablar de otros, han creído hallar en los comienzos del renacimiento catalán ideas que nunca existieron, propósitos en que jamás hubo de soñarse. La única vez que en la literatura catalana se habló de federalismo, fué en la circunstancia indicada y con el objeto mencionado. Aquel federalismo de unión, que obedecía á una idea de engrandecimiento para la patria común; aquel federalismo que sólo se invocaba como medio para el enlace de los dos reinos ibéricos, y que hasta se

apoyaba entonces precisamente en un lazo matrimonial entre las dos familias á la sazón reinantes, nada tenía que ver con el federalismo separatista y absurdo que, malaventuradamente para la patria común, debía predicarse ocho años más tarde, y por vez primera, desde los balcones de las Casas Consistoriales de Gerona.

Fué el Marqués de Albaida quien, el primero, al regresar de la emigración, pronunció en Gerona un discurso proclamando la república federal.»

FIN

DEL DISCURSO Y DE LOS COMENTARIOS



DISCURSO

DEL POETA PROVENZAL MARIUS ANDRÉ

LEÍDO EN LA FIESTA DE

JUEGOS FLORALES DE CALATAYUD



SEÑORAS Y SEÑORES:

En tiempos pasados, hace ya siglos, los poetas provenzales, aficionados á la vida errante y desdeñosos para todo menos para la gaya ciencia, iban de pueblo en ciudad y de casa en castillo llevando por doquiera los ecos y los goces de la canción trovadoresca, sin que nunca pudieran detenerles las fronteras de su país.

Á guisa de verdaderos enamorados de la luz y de las hermosas, les agradaba sobre todo venir á Castilla, á Cataluña y á Aragón cuando abandona-

ban la tierra circunscrita entre el mar y la Duranza; y aunque empleaban semanas y meses enteros en viajes que forzosamente debían de hacer cabalgando ó á pie, siempre les parecían breves los caminos, pues que los iban sembrando de estrofas armoniosas con las que recogían las sonrisas de las bellas y las coronas de la gloria.

Hoy el monstruo Progreso ha multiplicado lo que se llama el medio y rapidez de las comunicaciones. En un solo día se atraviesa una nación entera; pero ¡ay! los grandes navíos, rápidos como las aves, y los caminos de hierro, sólo parecen haber sido construídos para los mercaderes y traficantes, mientras que los poetas permanecen recluídos en sus casas.

La cortesía, la gentileza, el deseo de

respirar aires libres y las excursiones sin objeto determinado y á la ventura han ya desaparecido, y hace ya centenares de años que las afables relaciones entre Aragón y Provenza no son más que un vago recuerdo en la memoria. Este recuerdo, que diríase estar próximo á desvanecerse, vengo yo á avivarlo en vosotros.

Ya se me alcanza que para ejecutar tal tarea, hubierais deseado una voz más autorizada y melodiosa que la de un joven desconocido aún para la inmensa mayoría de vosotros; mas, puesto que yo soy el único de los poetas provenzales que hoy reside en la noble tierra de España que oyó las tensiones, los sirventesios y las albadas de Marcabrú, de Severico de Mauleón y de Pedro Vidal, sed benévolos conmigo,

¡oh señores de Calatayud y de Zaragoza!, y permitidme que, con palabra emocionada y fraternal, me presente ante vosotros para ofrecer un tributo de admiración y gratitud á vuestros antiguos reyes y un saludo cariñoso á vuestro pueblo todo.

Entre todas las regiones de raza latina visitadas por los trovadores, Aragón fué siempre la predilecta, porque era por excelencia la tierra de la cortesía, de la luz y de la libertad, y también la del valor y del heroísmo, siendo sin duda por esto por lo que es la comarca de España más famosa. Lo es también, porque, como afirma un cantar muy conocido, *aquí bajó la Virgen y aquí se canta la jota.*

Sus más grandes reyes, no sólo protegían y festejaban á los poetas, sino

que, poetas ellos también, trovaban en la lengua lemosina, que era entonces la lengua de la civilización. El primer trovador del lado de acá de los Pirineos fué un rey de Aragón, Alfonso II, el amante de una dama provenzal y el rival, por causa de otra, del terrible Beltrán de Born. El último que honró con sus trovas la parla y lengua de Oc fué también vuestro Pedro III, el valeroso conquistador de Sicilia.

Pero hay entre vuestros monarcas uno á quien, desde que lo hizo más popular aún de lo que ya era una admirable poesía de Félix Gras, nosotros llamamos en Provenza el Rey D. Pedro, como si hubiese sido el único de este nombre. Es el D. Pedro II que mereció de las crónicas y las historias los renombres de el *Noble* y el *Católico,* y éste

es el que, en comunión con vosotros y en comunión también con vuestros antepasados y los míos, quiero yo invocar y exaltar en esta serena fiesta de la poesía.

Cuando reinaba en Aragón y en Cataluña D. Pedro, la Francia no era como es actualmente una nación fuerte con provincias reunidas armónicamente. En el norte, fieros y crueles barones, que no se habían aún despojado de la barbarie de su origen germánico, retenían humillado y esclavo á un pueblo infeliz y reducido al silencio. En el mediodía, al contrario, del corazón de los plebeyos como de los labios de los señores, brotaban acentos de goce y de alegría al encontrarse en paz y en libertad bajo un cielo clemente y espléndido. Avignon y Tolosa señalaban á

Europa un camino próximo á verse alumbrado por la aurora del renacimiento.

Por esto las relaciones eran muy raras entre aquellas razas tan diversas, y los trovadores, que encarnaban el genio provenzal, con quien mejor fraternizaban era con la nación catalana aragonesa, donde encontraban el mismo desprecio para la barbarie, ó el mismo odio á los opresores y el mismo amor á la poesía y á las franquicias municipales, que ellos sentían.

Ahora bien: los príncipes del otro lado del Loire, codiciando hacía ya tiempo las riquezas, los fértiles campos y las ciudades del de acá, que los peregrinos les pintaban como la tierra prometida, empezaron á buscar un motivo para romper con el Conde de

Tolosa y los señores provenzales; y habiéndoles dado ocasión para ello la amenaza á la religión de Cristo, que decían ver en la herejía albigense, invadieron de repente el mediodía, con sus huestes, en formidable oleada, y la fuerza arrolló al ingenio.

Fué entonces cuando los trovadores, que eran los caudillos del pueblo, volvieron sus ojos, como en busca del astro de la esperanza suprema, hacia el espejo de gentileza y de cortesía, hacia la flor de los reyes y esplendor de la tierra, hacia el grano de buena espiga (que de todas estas maneras se le llamaba), hacia Pedro II, rey de Aragón y de Cataluña, aquel á quien el *Romance de Jaufre* loaba en estos términos: «Padre de prez é hijo de hidalguía, señor de buena ventura, humilde

y de leal linaje, que ama á Dios y le teme y le cree, y mantiene lealtad y fe, paz y justicia, por lo cual Dios le ama».

Ramón de Miraval, en nombre de todos, enviábale una conmovedora canción, que terminaba con esta endereza: «Canción, vé á saludar al rey de Aragón, que á todos domina en honra y prez, y dile que es nuestra sola esperanza é invítale á recobrar Montagut y Carcasona.»

Pedro *el Noble* oyó los lamentos de la nación hermana, y sin tardanza franqueó los Pirineos con sus valientes de Barcelona y Zaragoza. El gonfaloniero de la Iglesia, el que había ya merecido el sobrenombre de *Católico,* no titubeó un momento en abrazar la bandera que antes había sido de los Albigenses, los Hugonotes, ó, peor aún,

los nihilistas de la Edad Media. Bien sabía él que esta secta no llegaría á ser un peligro de larga duración para la fe cristiana en tierra de Oc, y que allí no podía progresar, pues que era anti-católica, antilatina, y por consiguiente, antiprovenzal; como sabía también que los extranjeros no habían visto en ella sino un pretexto para una guerra de conquista y de exterminio. Se levantó, no en nombre de la doctrina cáthara, sino en nombre de sus hermanos abatidos, en nombre de la libertad, en nombre de la civilización.

La causa tres veces sagrada fué vencida, á pesar de los esfuerzos heroicos de D. Pedro, que murió á manos de los Cruzados en los campos de Muret; y los últimos trovadores fueron á buscar un refugio en Aragón para

poder allí llorar libremente al noble monarca, que fué en su siglo el más alto representante de la idea latina. Algunos, para recordar su muerte, encontraron el secreto de la más alta poesía y de las más dulces estrofas, como Guillermo Magret, quien, colocándole en el Paraíso al lado de San Pedro, le dirigió este ruego extraño y misterioso: «Rey aragonés, legado de Romaña y duque y marqués y conde de Cerdaña, muy acertadamente evitasteis el escollo y limpiasteis el trigo. Hoy os halláis junto á San Pedro siendo rey con derecho coronado; y pues que Dios os puso allá arriba, acordaos de nosotros, que estamos aquí abajo».

Estos sentimientos — glorificación y lágrimas — tuvieron su expresión definitiva en dos poemas épico-provenza-

les, uno de los cuales es obra del poeta que preside esta fiesta; porque D. Víctor Balaguer, como vuestros antiguos príncipes, ha escrito páginas admirables en la lengua de las orillas del Ródano. Os citaré sólo dos de sus estrofas: «Enlutad vuestras cítaras, oh trovadores, y también vuestros cantos; enlutad vuestras vestiduras y también vuestros hogares; cerrad vuestro corazón á la alegría y los ojos á la luz, pues ha muerto aquel á quien jamás se le conoció rival en gloria. ¡Oh batalla malastrada! ¡Oh día de luto provenzal!»

«¡Oh Muret!, en tu campo perecieron el esplendor romano, los caballeros más nobles, y la flor de los capitanes, y la flor de los caudillos, y la antigua independencia, y la santa liber-

tad, y la vida de la patria, y el porvenir nacional.»

En cuanto al poema de nuestro *capoulié* Félix Gras, no hay fiesta poética entre nosotros en la que no lo declamemos con entusiasmo y recogimiento: «¡Llorad (dice la última estrofa de esta obra), llorad, damas y trovadores! Ha caído el Rey que por Tolosa combatía; cayó sobre la hierba florida — y concluyó el combate».

¡Ah señores! La caída del Rey Don Pedro sobre la tierra florida fué, no solamente el fin de un héroe, sino también el desvanecimiento del más hermoso de los sueños. ¡El Rey aragonés, vencedor, hubiera sido el jefe de una federación de pueblos, de Cataluña, Aragón y Provenza, que, conservando todos sus usos, sus leyes, sus franqui-

cias municipales y sus dialectos, hubieran formado una sola nación. Esta nación, pensamiento y objeto de toda la vida del heroico monarca, ¿quién sabe lo que habría llegado á ser con D. Jaime, conquistador de las Baleares, y con D. Pedro III, señor de la Sicilia? Hubiera sido para siempre la reina de la civilización y la señora del Mediterráneo; — y vuestra Virgen del Pilar la dulce y venerada soberana de la más hermosa provincia de Francia; élla, que irguió su altiva frente, diciendo que no quería ser francesa, cuando el gran emperador humillaba á la Europa entera!

Pero la realización de este sueño no estaba en los designios de la eternal sabiduría; y solamente lo que después sucedió puede consolarnos de *lo que*

hubiera podido acontecer. La Provenza debía unirse á la Francia, y ayudarla en sus gloriosas gestas; y Aragón enlazarse á Castilla, é ir con ella á plantar en el Nuevo Mundo el árbol santo de la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, aquella misma Cruz que, apareciéndose á uno de vuestros primeros reyes, le guió contra los moros por el camino de la victoria! Y este es el momento de repetir aquí lo que á los hermanos catalanes decía Federico Mistral, el príncipe de los poetas contemporáneos: «Ahora ya está claro, ahora ya sabemos que en el orden divino todo se hace para que resulte el bien. Los provenzales, con unánime entusiasmo, somos de la gran Francia, y vosotros, con buena voluntad, franca y lealmente, sois de la magnánima España».

Si en el orden divino todo se hace para que resulte el bien, ¡quién sabe qué puertas el porvenir se prepara á abrir ante nosotros! Fijemos nuestras miradas hacia el oriente de esas puertas, que ya, tal vez, no son ningún misterio para alguno de los iniciados; porque yo os lo juro aquí, á nombre del Rey D. Pedro; yo os lo juro, á nombre de Mireya, de Calendal y del Hada Esterella, Provenza no ha terminado su misión civilizadora y pacífica.

Sí, las añoranzas de lo pasado son estériles é injustificadas, porque los antiguos odios se han convertido en una armonía común y transformado en un amor sólido y leal desde que la Francia, de un lado, y la España, de otro, han llegado á ser lo que D. Pedro hubiese querido al crear su impe-

rio latino: la luz del mundo. Pero, ¡ah!, esto no es, sin embargo, un motivo para que olvidemos á nuestros abuelos, que fueron los mártires de una causa desdichada y santa. Nuestros héroes son nuestros santos, que velan por el desarrollo y progreso de nuestras respectivas patrias, sea cual fuere el destino hacia el que nos arrastre la mano del Todopoderoso, aun cuando haya sido contrario al que aquéllos deseaban.

Los aragoneses, los catalanes y los provenzales, que no guardaran en su seno la honrada memoria de D. Pedro el de Muret, serían los hijos feos y malos de madres generosas y bellas... Por eso, no es á los descendientes de Fivaller, de Juan de Lanuza y de los conquistadores de Mallorca y de Sici-

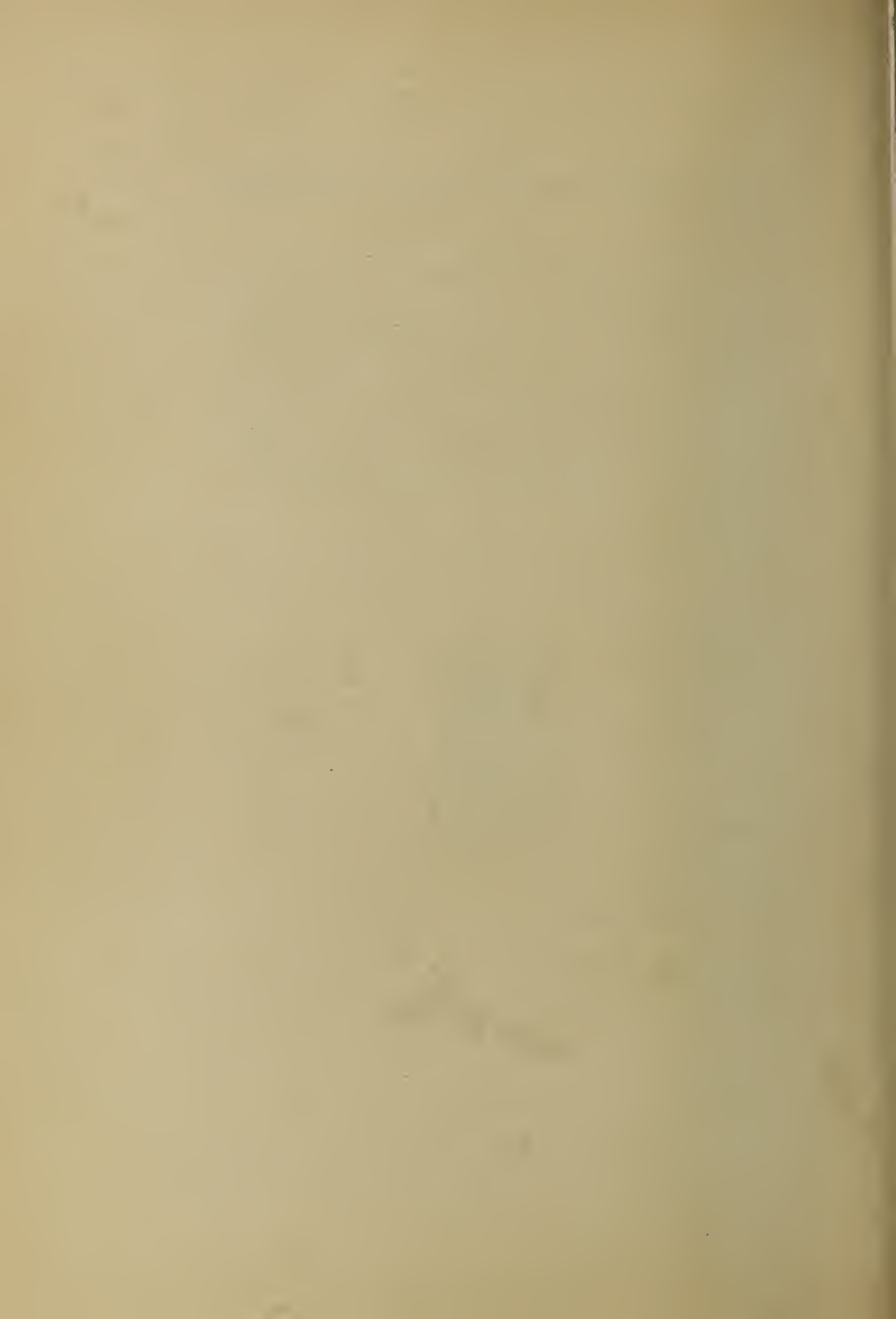
lia, á quienes es necesario prevenir contra semejante olvido, ya que el culto de los recuerdos todos vosotros lo tenéis, vosotros, los que habéis venido á este sitio, llamados por D. Víctor Balaguer, el poeta, el historiador y el hombre de Estado que, fundiendo tres patrias en un amor único, ha sido quien mejor ha sabido encarnar el antiguo espíritu de los trovadores.

Así, pues, seguro como estoy de hallarme en comunión con vosotros, terminaré elevando mi pensamiento á Pedro el de Muret, y repitiendo, en nombre de vuestro pueblo y del mío, la singular súplica de Guillermo Magret: «¡Oh rey aragonés, que estáis ahora sentado junto á San Pedro, y que por derecho fuisteis coronado; ya que Dios os puso tan alto, acordaos de nosotros,

que estamos aquí abajo, y protegednos!

Y daré, en conclusión, los tres vivas que debieron ser los suyos, cuando cayó sobre la florida hierba, puesto que resumían el gran pensamiento de su vida y de su reinado: ¡Viva Cataluña! ¡Viva Provenza! ¡Viva Aragón!





ÍNDICE

E S T E   L I B R O
escrito por empeños de honor
y cargos de conciencia, titulado
El Regionalismo y los Juegos Florales,
se imprimió por cuenta de la Biblioteca-Museo-
Balaguer de Villanueva y Geltrú en la Real
Villa de Madrid y en la imprenta de la
Viuda de M. Minuesa de los Ríos,
calle de Miguel Servet, 13.
Acabóse su impresión el 25
de Enero del año
1897.







BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER



VISTA GENERAL

DE LOS EDIFICIOS Y JARDINES QUE CONSTITUYEN EL INSTITUTO
DE LA BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER Y CASA SANTA TERESA
EN VILLANUEVA Y GELTRÚ

CATÁLOGO GENERAL

DE LOS LIBROS QUE SE VENDEN Á BENEFICIO

DE LA **BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER**

DE VILLANUEVA Y GELTRÚ,

MONUMENTAL INSTITUTO FUNDADO Y COSTEADO

PARA ORNATO DE LA POBLACIÓN

Y PARA SOLAZ, ESTUDIO Y UTILIDAD

DEL PÚBLICO

NOTA

El producto integro de las obras que figuran en este Catálogo se destina al sostén y fomento de la BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER *de Villanueva y Geltrú y de la* CASA SANTA TERESA, *sucursal del Instituto, situada junto á él, en sus mismos jardines.*

Se venden, juntas ó por separado, en la portería del Instituto ó dirigiéndose al Sr. Archivero-Bibliotecario.

La propiedad literaria de las obras del Sr. Balaguer pertenece á la BIBLIOTECA-MUSEO *de su nombre, generosamente cedida por su autor propietario.*

Este Catálogo anula todos los anteriores.

Villanueva y Geltrú 2 de Enero de 1897.

OBRAS COMPLETAS

DE

DON VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

Poesías catalanas. — *Un tomo, que es el primero de la colección,* **6** *pesetas.*

Contiene todas las poesías catalanas del autor, divididas en 6 libros. — *El libro del amor.* — *El libro de la fe.* — *El libro de la patria.* — *Eridanias,* ó sean los cantos que escribió cuando la guerra de la Independencia italiana. — *Lejos de mi tierra,* poesías escritas durante su emigración. — *Ultimas poesías.* Forman parte de este volumen las composiciones que el autor escribió en provenzal.

Tragedias. — *Un tomo, el segundo de la colección,* **8** *pesetas.*

Contiene las tragedias escritas en verso catalán por el autor, con la traducción castellana en prosa, por el mismo. Estas tragedias, señaladas entre las mejores obras del Sr. Balaguer, han sido traducidas al castellano, al italiano, al francés, al alemán, al húngaro y al sueco por distinguidos poetas.

Los Trovadores. — *Cuatro tomos, que son III, IV, V y VI de la colección,* **30** *pesetas.*

Preceden á este libro dos dictámenes, uno de la Real Academia Española y otro de la Real Academia de la Historia, que hacen notar la bondad y bellezas de la obra, habiendo merecido por esta causa que se publicase su primera edición subvencionada por el Estado.

Es la historia política y literaria de los trovadores provenzales, con la biografía de los más principales de entre ellos. Está algo más concreta y reducida que la primera edición publicada en Madrid por Dorregaray, en seis tomos con el título de *Historia política y literaria de los trovadores.*

Casi todo el primer tomo lo forma un *Discurso Preliminar*, en que el autor trata de los diversos géneros de poesía entre los trovadores, de lo que eran las *Cortes y Puys de amor,* del estilo y escuelas de los trovadores, de los juglares, de lo que fué la poesía provenzal en Castilla, León, Aragón y Cataluña. Al final del tomo IV está el índice alfabético, histórico y biográfico, de asuntos y personajes.

Es obra de amena lectura, de estudio y de consulta, en cuya traducción se ocupa hace ya tiempo el insigne historiador señor barón de Tourtoulón, á quien el autor ha cedido la propiedad en Francia.

Dicursos académicos y Memorias literarias.— *Un tomo, VII de la colección,* **7** *pesetas y media.*

Va precedido de un prólogo del insigne y malogrado escritor aragonés D. Jerónimo Borao.

Contiene: Discursos en los Juegos Florales de Cataluña, Valencia y Pontevedra, que versan principalmente sobre las literaturas catalana y provenzal; Discursos de recepción y de contestación en las Reales Academias Española y de la Historia; Dic-

támenes sobre asuntos literarios é históricos, por encargo de dichas Academias; Polémicas literarias; Memorias históricas y literarias; Proposición de ley á las Cortes para crear un ministerio de Instrucción pública; Estudios sobre el poeta Manuel Cabanyes y sobre Alfonso V de Aragón y su corte de literatos; Fundación de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, etc. (*Edición agotada.*)

El Monasterio de Piedra. — Las leyendas del Montserrat.—Las cuevas del Montserrat.— *Un tomo, VIII de la colección,* **7** *pesetas y media.*

Precede á este libro un dictamen de la Real Academ a de la Historia elogiando con especial recomendación *El Monasterio de Piedra,* que es historia y guía de aquel antiguo monumento y de aquellos encantadores sitios.

Las leyendas del Montserrat, las mismas que en su juventud publicó el autor, son la crónica de aquel famoso monasterio, libro traducido al alemán y al francés, y del que sólo en América se han hecho 20 ediciones.

En cuanto á *Las cuevas de Montserrat,* es la crónica y reseña del descubrimiento de estas célebres cuevas, emprendido y realizado por el autor en 1851 en compañía de algunos amigos.

Historia de Cataluña. — *Once tomos, que forman del IX al XIX de la colección,* **110** *pesetas.*

Esta Historia es muy popular en Cataluña, pudiendo asegurarse que en ella está el origen del movimiento histórico y literario de dicha región, habiendo sido fuente é inspiración para los modernos historiadores y poetas catalanes, según se desprende de un interesante dictamen y juicio de la Real Academia de la Historia.

En esta segunda edición, revisada, corregida y aumentada sobre la primera que se publicó por los años de 1860, el autor termina su obra con el siglo XVIII, pero inserta á continuación una serie de monografías y estudios sobre hechos y sucesos de Aragón y Cataluña, completando así su trabajo. Estas monografías, que forman casi tres voluminosos tomos, desde la mitad del IX hasta terminar el XI, son: *La guerra de la Independencia en Cataluña; Cataluña en los reinados de Fernando VII y de Isabel II; Pablo Claris; La heroica Puigcerdá; El conceller Casanova; Del bandolerismo y de los bandoleros en Cataluña; Las bodas de Felipe V; Bach de Roda; Historia de Sabadell; El asalto de Brihuega; Un episodio del sitio de Barcelona en 1705; Los últimos días del general Alvarez; De la soberanía nacional y de las Cortes en Cataluña; El castillo y los caballeros de Egara; El rey don Jaime y el obispo de Gerona; Las ruinas de Poblet,* con la crónica é historia de este monasterio; *Alí Bey el Abbassi.*

Las calles de Barcelona en 1863.—*Tres tomos, XX, XXI y XXII de la colección,* **30** *pesetas.*

Debe considerarse esta obra como complemento de la *Historia de Cataluña.* Va precedida de una *Noticia histórica de Barcelona;* contiene noticias interesantes sobre cada calle respecto á su nombre, sucesos en ella acaecidos, personajes, casas y monumentos; explica cómo se formaron las calles del ensanche, y termina el tercer tomo con *La primavera del último trovador,* interesante episodio en que se hallarán relatadas las principales tradiciones históricas y legendarias de Cataluña.

En el Ministerio de Ultramar. — *Dos tomos, XXIII y XXIV de la colección,* **10** *pesetas.*

Es la historia de lo proyectado y realizado por el Sr. Balaguer en la tercera época que fué ministro de Ultramar. Al frente de cada tomo se inserta una *Memoria* y á continuación los documentos justificativos, reales órdenes, decretos, proyectos de ley, presupuestos, etc.

El primer tomo abraza la época de su ministerio desde Octubre de 1886 á fin de 1887. El segundo tomo desde 1.º de Enero á 14 de Junio de 1888. *(Edición agotada.)*

Mis recuerdos de Italia.—*Un tomo, que es el XXV de la colección,* **7** *pesetas y media.*

Es un libro de palpitante interés, muy celebrado y aplaudido por los críticos, libro de historia, de viajes y de consulta.

Refiere el autor su primer viaje á Italia en 1859, cuando la guerra de la Independencia italiana, y habla de sus impresiones en el campo de batalla de Magenta, Palestro y Solferino.

En la segunda parte refiere su expedición á Italia en 1870 cuando formaba parte de la comisión de diputados españoles que fué á ofrecer la corona de España al duque de Aosta, Amadeo I.

Es obra de verdadero interés político, teniendo el carácter de Memorias contemporáneas íntimas en época determinada.

Novelas. — *Dos tomos, XXVI y XXVII de la colección,* **10** *pesetas.*

Contiene varias novelas publicadas por el autor en los años de 1850 y 1851, cuando dominaba la escuela romántica.

Estas novelas son, en el primer tomo: *La guzla*

del cedro ó los almogávares en Oriente; El doncel de la Reina; La espada del muerto. Y en el segundo tomo: *El del capuz colorado; La damisela del castillo; Un cuento de hadas; El ángel de los Centellas; El anciano de Favencia; Historia de un pañuelo.*

Tragedias. — *Los tomos XXVIII y XXIX de la colección,* **12** *pesetas.*

Nueva edición de esta obra, añadiendo la tragedia titulada *Los Pirineos,* que no figura en las otras ediciones; y así como en aquéllas se inserta el original catalán con la traducción en prosa castellana del mismo autor, en la presente se publican las traducciones hechas en verso castellano por ilustres poetas.

El primer tomo contiene *La muerte de Aníbal,* con las traducciones en verso de D. Teodoro Llorente y de D. Pedro Barrera; *Coriolano,* con las de D. Francisco Pérez y Echevarría y D. Jerónimo Roselló; *La sombra de César,* con las de D. Gaspar Núñez de Arce y Doña Patrocinio de Biedma; *La fiesta de Tibulo,* con la de D. Ventura Ruiz Aguilera; *La muerte de Nerón,* con las de D. Francisco Luis de Retes y don Enrique Sierra Valenzuela; *Safo,* con las del mismo autor y D. José María de Retes; *La tragedia de Lliria,* con las de D. Abelardo F. Díaz y D. Manuel de la Revilla; *La última hora de Cristóbal Colón,* con la de D. Angel R. Chaves.

El segundo tomo contiene: *Los esponsales de la muerta,* con la traducción en verso de D. Juan de Dios de la Rada Delgado; *El guante del Degollado,* con la del propio autor, y *Los Pirineos,* con la del propio autor asimismo. *Los Pirineos* forman una trilogía precedida de un prólogo que se titula: *Alma Máter.* Los tres cuadros son *El Conde de Foix, Rayo de Luna* y *La jornada de Panissars.*

Poesías catalanas. — *Los tomos XXX y XXXI de la colección,* **12** *pesetas.*

Es una nueva edición (la sexta de estas poesías), cuidadosamente corregida y aumentada con varias composiciones que el autor había conservado inéditas hasta ahora.

El primer tomo contiene: *El libro del amor,* que consta de 114 poesías; *El libro de la fe,* con las composiciones de carácter religioso, y el poema *La romería de mi alma.*

El segundo tomo contiene: *El libro de la patria,* con 28 poesías; el poema *Eridanias,* con los catorce cantos referentes á la guerra de la Independencia italiana escritos por el autor en Italia y en el mismo teatro de la guerra; *Lejos de mi tierra,* con las poesías todas que escribió el autor durante su emigración política en Francia, y *Ultimas poesías,* que contiene la colección de las escritas por el autor en estos últimos tiempos.

Todas las composiciones catalanas comprendidas en estos dos tomos llevan al pie la traducción en castellano, en provenzal, en francés ó en italiano, según la nacionalidad de los poetas que las han traducido, unos en prosa y otros en verso. Las más de estas traducciones van ilustradas con notas y datos de carácter histórico, íntimo y autobiográfico.

Los Juegos Florales en España. — Discursos y memorias. — *Un tomo, que es el XXXII de la colección,* **10** *pesetas.*

En la primera parte de este volumen, titulada Los Juegos Florales en España, se insertan todos los discursos pronunciados ó leídos por el autor relativos á dichos certámenes, viniendo á formar en su conjunto la historia de la restauración y progresos de estas fiestas literarias en nuestra patria. Y estos

discursos son: *Fraternidad literaria,* Barcelona, 1868; *La poesía lemosina y Saludo á Valencia,* Valencia, 1880; *La idea latina,* Granollers, 1882; *Las bodas de plata,* Barcelona, 1883; *Los felibres de Provenza,* Pontevedra, 1884; *La tierra catalana,* Reus, 1893; *Las glorias de Aragón,* Zaragoza, 1894. Precede á todo la *Memoria histórica* publicada al frente del tomo de *Juegos Florales* de Madrid en 1878. — La segunda parte, MEMORIAS Y DISCURSOS, contiene los discursos de recepción en las Reales Academia Española y de la Historia, otros trabajos leídos en varias sesiones de las mismas, y las Memorias *Las obras de Enrique Gil, Manuel de Cabanyes, Alfonso V de Aragón y su corte literaria, Castilla y Aragón en el descubrimiento de América,* memoria leída en el Ateneo de Madrid; *La mujer y el arte,* discurso pronunciado en el Círculo de Bellas Artes, y *El Ministerio de Instrucción pública.*

Epistolario. — *Dos volúmenes encuadernados,* **8** *pesetas.*

El Sr. Balaguer lo denomina *Memorias de cosas que pasaron,* y es así, en efecto.

Contiene varias y muy interesantes cartas particulares que despiertan interés y curiosidad, habiendo dicho la crítica que son modelo de literatura epistolar.

Para que pueda juzgarse de la importancia de este libro bastará citar algunos de los más selectos estudios que contiene:

Carta escrita á la poetisa catalana Doña Josefa Massanés sobre *el renacimiento catalán en literatura.*

Carta escrita á la señora marquesa de Villanueva refiriendo lo acaecido en Barcelona la noche del 25 de Julio de 1835 con motivo del *incendio de los conventos.*

Carta al ministro plenipotenciario de Venezuela en España sobre *el idealismo en literatura.*

Cartas al director del periódico *La Vanguardia* acerca de los usos, costumbres y solemnidad con que se celebra *la Nochebuena* en Cataluña.

Cartas al director del *Diario de Barcelona,* señor D. Juan Mañé y Flaquer, sobre cosas pasadas en otros tiempos, y dándole cuenta del hallazgo de una tragedia latina, escrita en memoria del triste suceso que ocurrió en Barcelona á Fernando *el Católico.*

Cartas á la señora duquesa de Medinaceli y Denia, sobre historia, recuerdos y tradiciones de la casa de Moncada.

Carta al Sr. Rada y Delgado, discurriendo acerca de la *cuna de Cristóbal Colón.*

Añoranzas. — *Un tomo encuadernado,* **5** *pesetas.*

Este volumen, escrito con el título de *Añoranzas,* para contribuir á que la Real Academia Española

aceptara esta voz catalana que no tiene traducción en castellano, viene á formar un tercer tomo de la obra *Epistolario,* y contiene varias *cartas* referentes á los recuerdos, tradiciones, leyendas, ruinas y restauración del monasterio de *Fres del Val* en Castilla la Vieja; otras cartas de excursión é impresiones de viaje por las orillas del Deva en las provincias vascas, y el poema *La romería de mi alma.*

Los Pirineos. — *Un tomo,* **3** *pesetas.*

Es una traducción en prosa castellana de la trilogia que, con este mismo título, escribió el Sr. Balaguer en verso catalán.

En Burgos. — *Un tomo encuadernado,* **5** *pesetas.*

Se ha recopilado en este libro todo lo que sobre Burgos y Castilla ha escrito el Sr. Balaguer.

Historias y tradiciones. — *Un tomo encuadernado,* **6** *pesetas.*

Es un libro de memorias, excursiones y asuntos de viaje.

Contiene la historia, tradiciones y recuerdos de *Medina del Campo, El Castillo de La Mota, Las ruinas de Fres del Val, El cuento del Cid,* en Castilla, y *La Cartuja de Montalagre, La danza de las morratxas, La torre de los encantados, Sitges la Blanca, El castillo de la selva,* en Cataluña.

A granel, LIBRO DE PASATIEMPO Y DEPORTE. — *Un volumen encuadernado,* **6** *pesetas.*

Obra muy interesante, de amena lectura, que contiene, entre otros estudios y trabajos, *La misa del diablo* (tradición aragonesa); *La velada en Vallumbrosa* (recuerdos de Cataluña); *La leyenda del monje* (tradición de Guipúzcoa); *La leyenda del conde Arnal-*

do, La leyenda del ruiseñor, La leyenda de la mujer de agua, La leyenda del Tibi-Dabo (tradiciones de Cataluña); *La leyenda del lago* (de Aragón); *La poetisa de la hiedra* (recuerdos de Provenza); *San Juan de la Peña* (tradiciones y recuerdos de Aragón); *El conde de Reus* (historia y anécdotas del general D. Juan Prim); *Cada rey su ley* (recuerdos de la vida del autor).

Celistias. — *Un tomo encuadernado, 4 pesetas.*

Es este un libro de poesías castellanas del que sólo se imprimieron 500 ejemplares. Diósele el título de *Celistias* para poner en uso y circular esta bellísima y expresiva voz catalana que, como la de *Añoranzas,* no tiene traducción castellana. Se imprimió este libro solamente para regalo á ciertas y determinadas personas y bibliotecas; pero quedan de él unos cuarenta ejemplares que su autor ha cedido á este Instituto para la venta.

Islas Filipinas.—*Un tomo encuadernado, 3 pesetas.*

Como el anterior, también este libro se imprimió sólo para regalo y propaganda. Se imprimieron de él 3.000 ejemplares y quedan ya solamente cincuenta, que el autor ha donado al Instituto.

Es libro que ha tenido gran resonancia, publicado para que España y los poderes públicos fijen su atención en aquellas ricas y preciosas islas, merecedoras de todo cuidado, toda simpatía y toda protección.

Instituciones y Reyes de Aragón. — *Un volumen encuadernado, 4 pesetas.*

Este libro, impreso con lujo, contiene: Un prólogo de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú; los discursos del Sr. Balaguer en Zaragoza sobre las instituciones y los Reyes de Aragón; un estudio so-

bre San Juan de la Peña, y un resumen de la prensa aragonesa con motivo de las solemnidades literarias celebradas en Zaragoza en Mayo de este año de 1896.

El regionalismo y los Juegos florales. — *Un volumen, 5 pesetas.*

Contiene este libro la reproducción del *Número extraordinario* que publicó el periódico *La Justicia* de Calatayud en honor del Sr. Balaguer; — el *Acta* de los Juegos Florales celebrados en dicha ciudad en Septiembre de 1896; — el *Acta* de la sesión celebrada por el Ayuntamiento en honor del Sr. Balaguer; — el *Discurso* leído por dicho señor en el acto de la fiesta, y los *Comentarios* á este discurso.

Aunque en escaso número, por estar poco menos que agotadas sus ediciones, quedan, sin embargo, en esta Biblioteca, algunos ejemplares de las siguientes obras del Sr. Balaguer, que se ofrecen á los bibliófilos y rebuscadores de libros raros, fuera ya del comercio:

Guía-cicerone de Barcelona á Tarrasa. — Barcelona, 1857. Un volumen, una peseta.
Esperansas y recorts (poesías catalanas). — Barcelona, 1866. Un volumen, 3 pesetas.
Poesías completas (con la traducción en prosa castellana á la vista).—La Bisbal, 1868. Dos tomos, 12 pesetas.
Poesías completas (en catalán). — Madrid, 1874. Un volumen, 5 pesetas.
Poesías completas (versión castellana). — Madrid, 1874. Un volumen, 5 pesetas.
Lo guant del degollat (monólogo en verso catalán). — Barcelona, 1879. Un folleto, una peseta.
Historia política y literaria de los Trovadores. — Ma-

drid, 1878. Seis tomos, 45 pesetas. (Algunos ejemplares que de la primera edición quedan.)

NOVELAS: *La espada del muerto, La damisela del castillo.* — Madrid, 1880. Un volumen, una peseta.

Poesías (castellanas). — Villanueva y Geltrú, 1889. Un volumen, 3 pesetas.

Los Pirineos (trilogía original en verso catalán y traducción en prosa catalana, por D. Víctor Balaguer, seguida de la versión italiana de D. J. M. Arteaga, acomodada á la música del maestro don Felipe Pedrell y de la obra de este último, titulada: *Por nuestra música).*—Barcelona, 1892. Edición de lujo, en un volumen encuadernado, 25 pesetas.

OBRAS DE VARIOS AUTORES

CEDIDAS GENEROSAMENTE PARA VENDER Á BENEFICIO DE LA BIBLIOTECA-MUSEO-BALAGUER

Víctor Balaguer, por Aniceto de Pagés. — Madrid, 1875. Un folleto, una peseta.

Estudios biográficos del ex ministro de Ultramar, excelentísimo Sr. D. Víctor Balaguer, por D. J. G. Ribó. —Madrid, 1876. Un volumen, 3 pesetas.

Discursos de los Sres. D. F. León y Castillo, D. V. Balaguer, D. J. L. Albareda y D. A. Romero Ortiz, sobre la política del Gobierno, en los días 13, 15, 16 y 17 de Julio de 1878. — Madrid, 1878. Un folleto, una peseta.

Vida política y parlamentaria del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, diputado á Cortes por Villanueva y Geltrú. Obra recopilada y publicada por el Comité Constitucional de dicha villa. — Villanueva y Geltrú, 1880. Un volumen, 15 pesetas.

Certamen literario de Villanueva y Geltrú, celebrado

con motivo de los festejos con que solemnizó esta villa la inauguración de los ferrocarriles directos de Madrid á Zaragoza y Barcelona, en la sección comprendida entre esta capital y Villanueva. — Villanueva y Geltrú, 1882. Un volumen, 5 pesetas.

Ensayos literarios (colección de novelas y artículos de costumbres por D. José M. López y López). — Sevilla, 1885. Un volumen, 2 pesetas.

Regina, por D. A. de Lamartine (versión castellana, por D. José Feito García). — Madrid, 1887. Un volumen, 2 pesetas.

Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América, por D. Eduardo Ibarra y Rodríguez, catedrático de la Universidad de Zaragoza. — Madrid, 1892. — Dos pesetas.

¡Acuérdate! (romanza), poesía de D. Víctor Balaguer, música del maestro D. Fermín M. Alvarez. — Madrid, 1890. — Cuatro pesetas.

Biblioteca-Museo-Balaguer: *Catálogo de la Colección Egipcia.* por D. Eduardo Toda. — Madrid, 1887. — Un volumen, 0,50 pesetas.

Una visita á la Biblioteca-Museo-Balaguer de Villanueva y Geltrú, por D. A. García Llansó. — Barcelona, 1893. Un volumen ilustrado, una peseta.

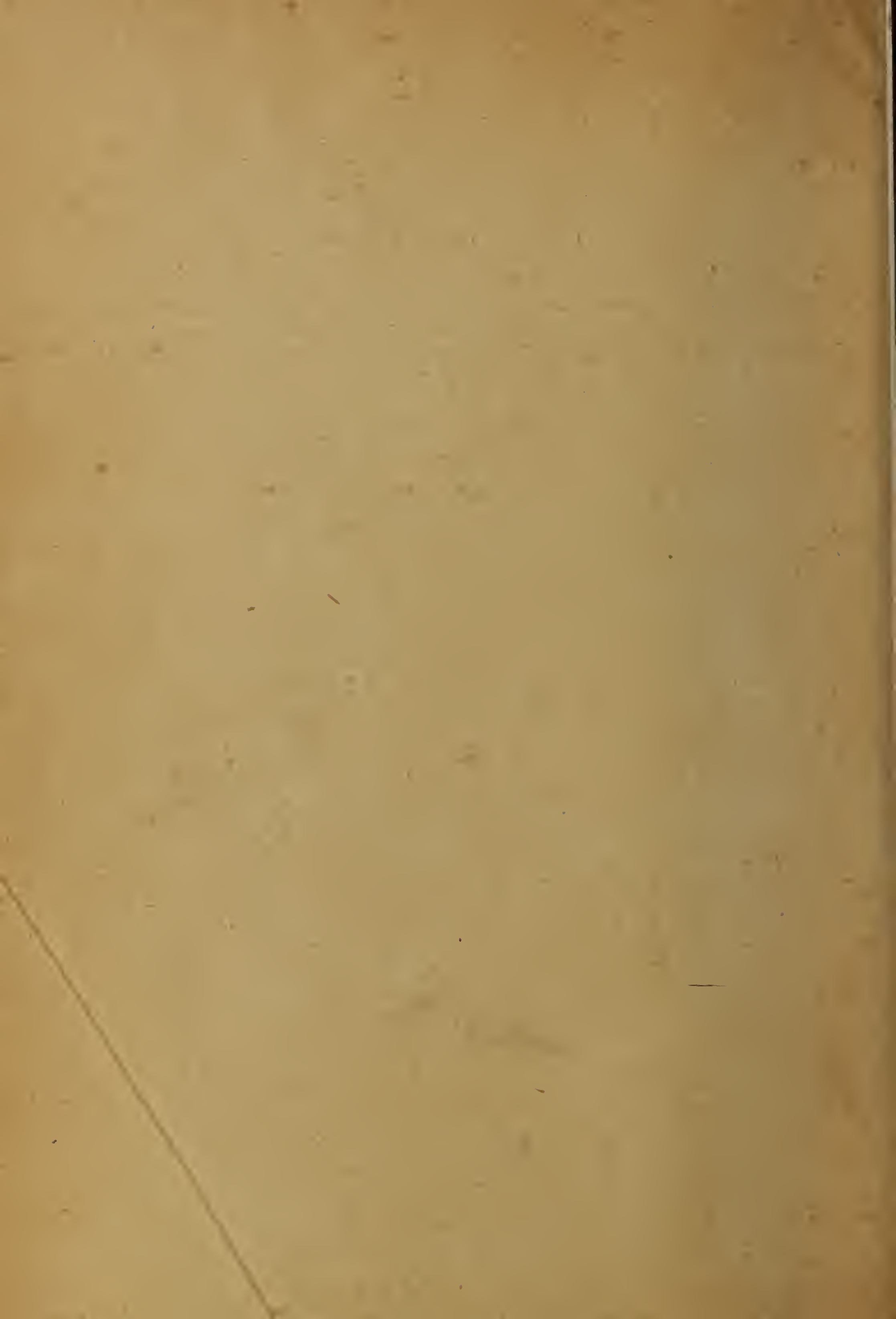
Villanueva y Geltrú y su Instituto Balaguer (Recuerdos de viaje), por D. Francisco Gras y Elías. — Madrid, 1895. — Un volumen, una peseta.



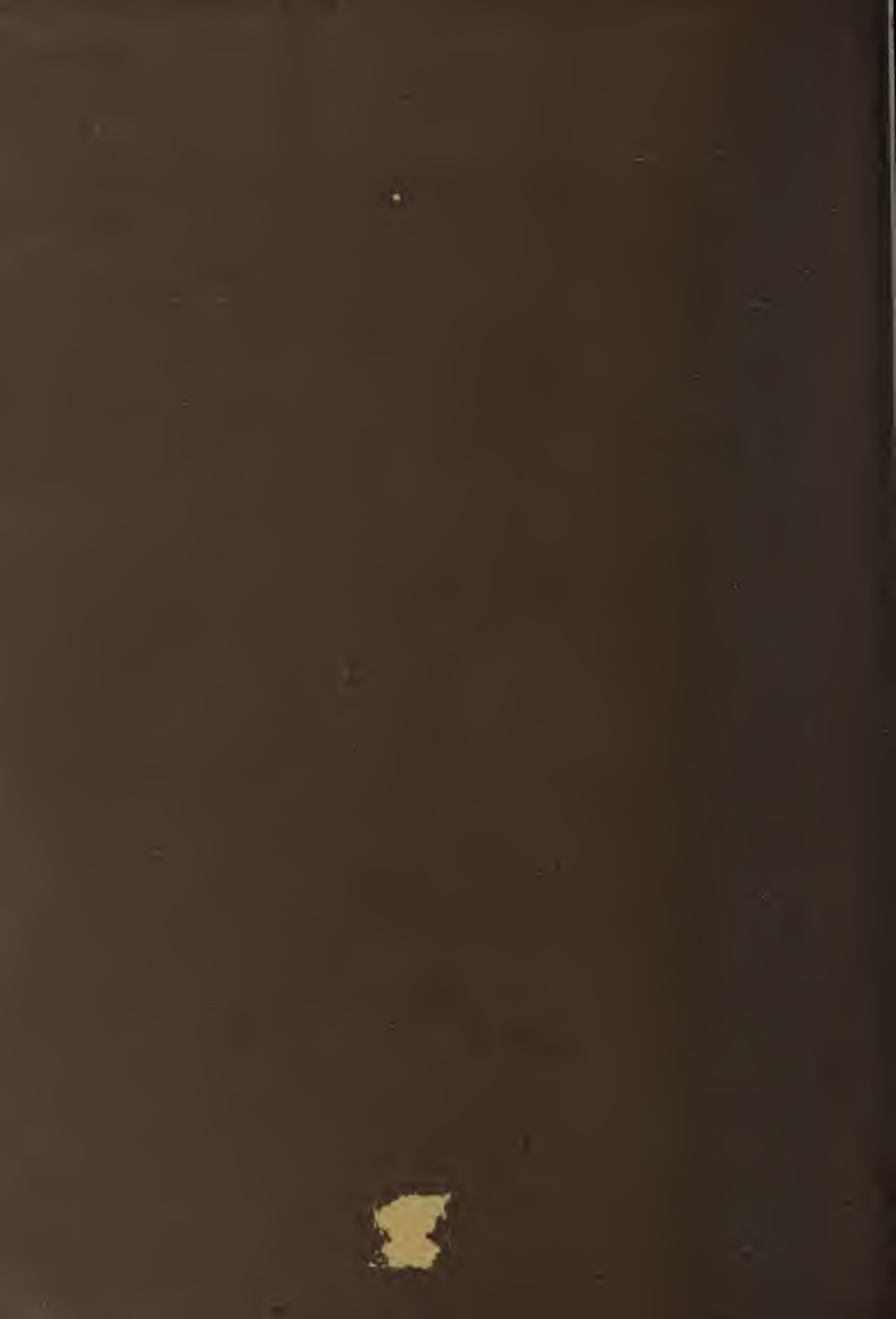
CASA SANTA TERESA
















UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 11 07 14 07 001 0